



HASTA ENCONTRARTE







Moviendo montañas

**Con amor, fe y esperanza te
seguiremos buscando hasta
encontrarte**



Agradecimientos

Agradecemos a todas las personas que acompañaron, acuerparon e hicieron posible de diversas maneras el proceso de realización de este libro.

Gracias a las personas solidarias que estuvieron presentes en las sesiones de creación y escritura.

A Clemencia, que ha acompañado con mucha fuerza y compromiso a AFADEM a través de los años.

A Soledad, que estuvo presente en cada sesión apoyando y cuidando a todas las y los compañeros. Agradecemos su compromiso y la calidez con la que acompaña a AFADEM.

A Reynali, que acompañó las sesiones y apoya de manera solidaria los espacios de escucha de las y los compañeros.

A Marisol, por ayudarnos a ordenar el desorden, y a visualizar el proceso de trabajo.

A Nina y Stephan, que se comprometieron y apoyaron en todo el proceso de sistematización. Agradecemos su cuidado y respeto hacia todos los materiales, audios y escritos que trabajaron.

A Gabriela, Mauro y Osiris, que compartieron su trabajo, tiempo y cuidado a las historias escritas y visuales. Por su compromiso, apoyo, consejo y solidaridad durante todo el proceso. Por su sensibilidad hacia la palabra, la vida y la lucha de todas las personas que escribieron este libro.

Índice

Prólogo

15

Valeria Molina Zapata y Aarón Andrade Valdivia

Introducción

La certeza de que de que tu hijo va a salir y va a regresar: Atoyac antes de la guerrilla, durante el terrorismo de Estado y ahora	25
--	----

Verdad, justicia, reparación: Historia colectiva de AFADEM	39
--	----

La fuerza, el dolor: Terrorismo de Estado en la década de 1970 y desaparición en la actualidad	49
--	----

Montañas invisibles	69
---------------------	----

Mis añoranzas

Muchas familias sin sus familias	83
----------------------------------	----

Contaron ocho soldados que les preguntaron CARLOS ACOSTA GÓMEZ	85
---	----

Como cosa de comer MARÍA ARGÜELLO VÁZQUEZ	87
--	----

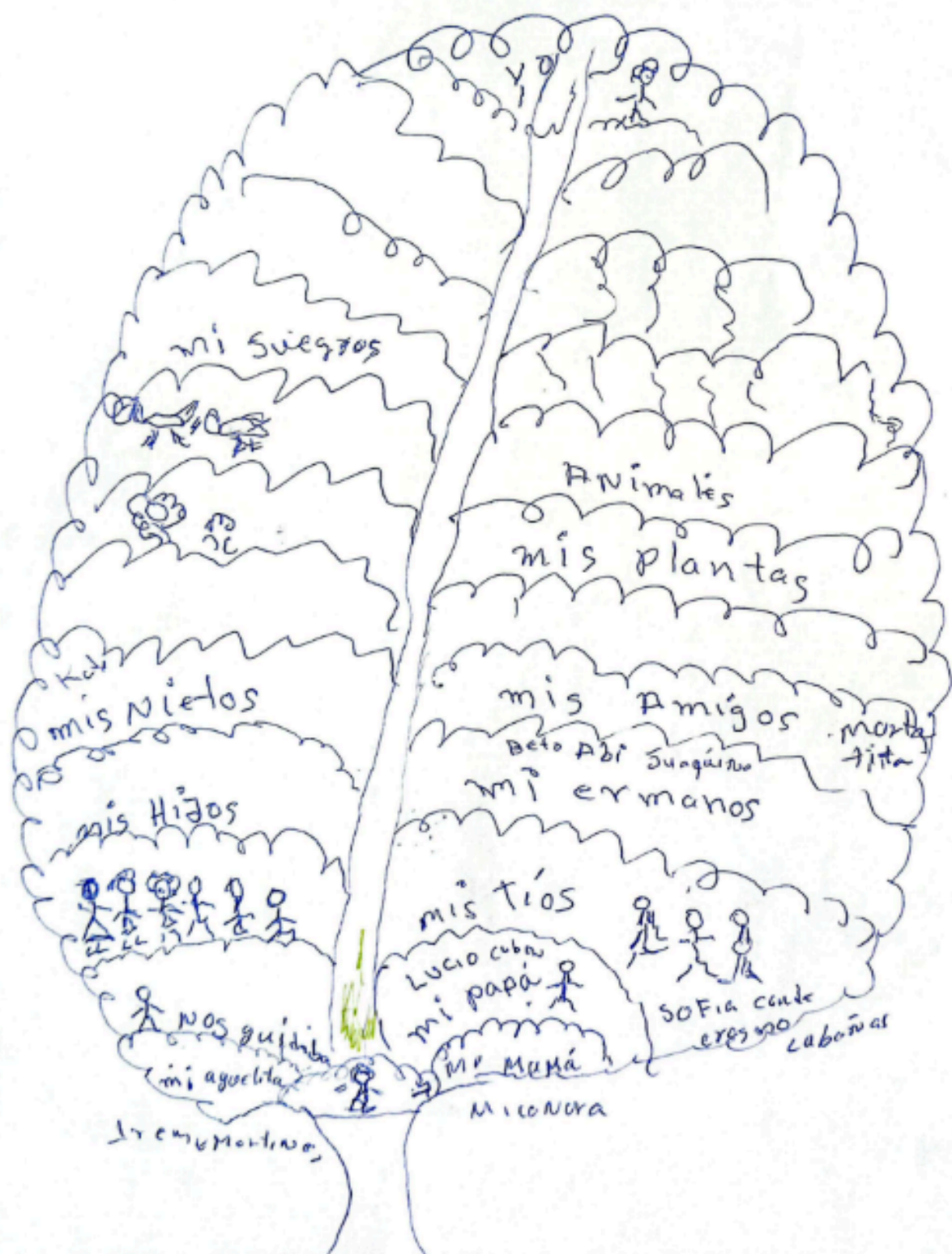
No decía yo nada, nada más decía cosas dentro de mi corazón	93
ALFONSO ARGÜELLO VÁZQUEZ	
El Campeón	105
BLANCA ESTELA VALDOVINOS GALEANA	
Encontrarlo aunque sea viejito	107
CLARA CABAÑAS ARROYO	
"Te vamos a llevar, Lucio Cabañas"	113
JOAQUINA CABAÑAS ARROYO	
El maletín que usaba para llevar el lonche, la libreta donde anotaba el trabajo y la lista de las personas que estaban a su cargo	121
GUADALUPE DE JESÚS DEL CARMEN	
Y solamente sueño	123
GUADALUPE DE JESÚS DEL CARMEN	
Ahora son ustedes	125
LORENZA DE JESÚS DEL CARMEN	
"Ya lo busqué mucho: no está"	127
MARGARITA FLORES REYES	
Que no desaparezca esta organización	131
MARÍA AMÉRICA FLORES REYES	

Yo siempre tengo la esperanza	133
VICTORINA FLORES REYES	
Me acuerdo de mi papá como un sueño que yo tuve	137
ALBERTO FLORES SÁNCHEZ	
Con esa tristeza de no saber nada de su hijo	149
NICOLASA FLORES VARGAS	
Otra vida y un pajarito	151
"Pues sigues tú, hija"	153
MARÍA DE LOS REMEDIOS GALINDO BATÁZ	
Hay familias muy nuevas que siguen buscando y que no saben todo lo que pasó antes	157
MARGARITA GARCÍA NAVA	
Los esperamos siempre	161
FLORENTINA GERVACIO BENÍTEZ	
Con ese caos, con esa incertidumbre	165
RODOLFO GÓMEZ JUÁREZ	
En el día hacía pan y en la noche hacía bolillo	171
MARINA GÓMEZ VALLE	
Son memorias que no deben de olvidarse	179
CLEMENCIA GUEVARA TEJEDOR	

Lo está esperando el tiempo que le queda	185
NARCIZO HERNÁNDEZ JAIMES	
Queremos respuestas buenas	195
MARÍA MAGDALENA HERNÁNDEZ NAVARRETE	
El proceso moral de lo que era la privación de la libertad de un ser humano	199
ANAU HERNÁNDEZ JAIMES	
Ella fue padre y madre	209
ARACELY HERNÁNDEZ JAIMES	
Ya andábamos con ese miedo	213
ESPOSA DE ISIDRO HERNÁNDEZ	
Estamos en búsqueda del tío que queremos	215
DELFINA JACINTO MESINO	
Peligrosísimo ese gobierno	219
EUFEMIA JAIMES HERNÁNDEZ	
Murió buscando a su hijo	231
BERNARDO MESINO ACOSTA	
El cerro de Amojileca	233
Hasta que regrese	235
ERMENEGILDA MESINO ACOSTA	

Mientras tengamos un soplo de vida	237
HILARIO MESINO ACOSTA	
Cuando pasó lo de la guerrilla, recuerdo que fue diferente	253
LUCÍA MESINO ACOSTA	
¿Quién va a seguir?	255
KARLA ALEJANDRA NOGUEDA RADILLA	
Decidió ir en busca de camarones	259
MARÍA DE JESÚS OLEA RADILLA	
Siguió buscándolo por donde quiera	261
GAUDENCIA ONOFRE CAMPOS	
Sin rodeos	263
EMMA RADILLA OCAMPO	
Le llevó un armadillo a mi mamá	265
MARÍA GUADALUPE RADILLA REYES	
Permanecer, seguir, estar aquí en búsqueda	269
TITA RADILLA MARTÍNEZ	
Nunca más aceptemos gobiernos autoritarios	279
MARÍA DE LOS ÁNGELES REYES ARGÜELLO	
MARÍA ISABEL REYES ARGÜELLO	

Le entregaron un pedazo de camisa	281
JOSÉ LUIS REYES CORTÉS	
Hay deseos truncados, impotencia de los acontecimientos	285
MA. GRISELDA REYES LARA	
En este país no hay pena de muerte	295
JOVITA RÍOS REYES	
Una forma muy fugaz que se revela en sueños	311
RUBÉN ROJAS DIONISIO	
Porvenir Limón	317
BALVINA SERAFÍN CASTRO	
Rollizo, moreno claro, de ojos negros y cabello lacio negro	321
REYNA DEL VALLE RADILLA	
Un alto pájaro negro	325



Prólogo

La Asociación de Familiares de Detenidos Desaparecidos y Víctimas de Violaciones a los Derechos Humanos en México (AFADEM) es una de las primeras organizaciones de familiares de personas desaparecidas en América Latina. Se fundó el 3 de octubre 1978, en Atoyac, Guerrero, uno de los lugares en que el gobierno mexicano comenzó a practicar la desaparición como táctica de contrainsurgencia y terror social, para combatir los movimientos guerrilleros, pero también cualquier intento de organización entre las comunidades para mejorar sus condiciones de vida. Entre las victorias de AFADEM se encuentra una muy importante: la modificación del artículo 1º de la Constitución mexicana, con base en una sentencia de la Corte Interamericana de Derechos Humanos, para incluir en él los derechos humanos y los distintos tratados internacionales en la materia con la misma jerarquía jurídica que la Carta Magna.

Se han impreso muchos libros sobre este colectivo, pero nunca se ha publicado uno escrito por sus propios integrantes. Este libro existe porque las compañeras y compañeros de AFADEM identificaron que era necesario contar las historias de sus familiares, de sus vidas y de su proceso de lucha, desde ellas y ellos mismos, con su propio puño y letra o incluso con su voz en el caso de quienes no sabían leer o escribir. Es un acto más de desobediencia al silenciamiento sobre el periodo de terrorismo de Estado que se vivió en esas décadas.

Contexto histórico y social de la desaparición

Como ya se expresó, la desaparición fue usada en México como un mecanismo de contrainsurgencia, represión y exterminio selectivo dirigido a personas con un liderazgo político y contra sus comunidades, en contextos rurales y urbanos.

En el continente fueron desaparecidos campesinos, profesores, estudiantes, obreros, periodistas, luchadores sociales, hombres y mujeres con la convicción de luchar para cambiar las condiciones en las que vivían. Muchas de esas personas formaron parte de guerrillas revolucionarias que luchaban contra el capitalismo y la miseria; otras tantas no lo hicieron, aunque sí pertenecían a las comunidades y territorios donde operó la contrainsurgencia.

La Doctrina de Seguridad Nacional de Estados Unidos fue el fundamento del Plan Cóndor en el Cono Sur dentro del contexto de la Guerra Fría (1945-1991); ésta fue una estrategia político-militar intervencionista que promovió dictaduras militares y procesos de exterminio en diversos países como Perú, Ecuador, Bolivia, Brasil, Paraguay, Argentina, Uruguay y Chile con la finalidad de ejercer un mayor control social y territorial. Esta doctrina se reflejó en México a través del apoyo a un fuerte poder militar que continúa operando hasta nuestros días, y de un gobierno represor y autoritario.

La Dirección Federal de Seguridad (1947-1985), agencia de inteligencia del gobierno mexicano, estuvo a cargo de la Brigada Blanca, un cuerpo policiaco y paramilitar que, junto con el Ejército Mexicano, la policía municipal y judicial estatal y federal, se encargó de los procesos de investigación, detención y reclusión de las

personas en cuarteles militares y centros clandestinos, además de la tortura, las violaciones, la desaparición forzada y el asesinato de miles de personas en el periodo de contrainsurgencia y terrorismo de Estado desde finales de los años sesenta a finales de los años ochenta del siglo XX.

Hay registros oficiales de, por lo menos, la desaparición forzada de ochocientas personas, principalmente en el estado de Guerrero, pero también en otras entidades, como Oaxaca, Sinaloa, Jalisco, Chihuahua y Nuevo León. En el informe final del Mecanismo para la Verdad y el Esclarecimiento Histórico se documentaron 8,593 personas víctimas de violaciones graves a sus derechos humanos en este contexto, y cientos de miles más afectadas por diversas formas de violencia estatal en todo el país.

Este proceso, realizado en total impunidad por el Estado y sus fuerzas armadas, ha causado un profundo dolor acrecentado por la falta de memoria, de verdad, justicia y reparación para las familias y comunidades que viven esa violencia de manera permanente hasta hoy.

Este periodo de violencia también fue constitutivo del proceso de desaparición masiva y sistemática de personas que vivimos actualmente, del cual son responsables las fuerzas policiales y militares regulares e irregulares, así como el crimen organizado y una amplia red de corporaciones transnacionales, legales e ilegales.

Los propósitos de las desapariciones en la actualidad siguen parcialmente relacionados con el exterminio selectivo de personas que desafían el orden social, de defensoras del territorio, defensores

de Derechos Humanos, periodistas, personas buscadoras y activistas sociales. Pero también se han diversificado sus fines: ahora se utiliza para el reclutamiento forzado por parte de cárteles, y para la trata de personas con distintos objetivos. Se ha complejizado el mecanismo de la desaparición instaurado por el Estado mexicano, y ha alcanzado niveles de crueldad inimaginables.

En este contexto, es muy importante el ejercicio de memoria sobre el proceso constitutivo de la desaparición en nuestro país, la cual surgió como un mecanismo de exterminio diseñado por el Estado y el poder militar.

Al mismo tiempo, es necesario insistir en que nunca se ha asumido una responsabilidad real al respecto de este crimen, que tenga como consecuencia evidente un proceso de justicia y reparación. Por ello, es igual de importante recuperar, resguardar y colectivizar las memorias de la lucha social que han mantenido las familias de personas buscadoras desde hace 50 años, que son memorias de dolor, de amor y de esperanza.

Escribir la memoria

Este libro se realizó a través de diversas etapas. En una sesión en 2024, quienes integran AFADEM imaginaron en conjunto qué es lo que querían escribir, cómo lo querían narrar y a quiénes querían compartirlo. A partir de esas preguntas imaginaron temas de los que querían hablar y partes de la historia que era necesario cuidar y compartir a todas las personas que se acercaran a leer.

Durante 2025 se realizaron diversas sesiones de trabajo con ejercicios de escritura creativa y de expresión plástica para poder trabajar sus memorias y reflexiones.

Partimos de recordar Atoyac de Álvarez: sus plantas y árboles frutales, sus sierras verdes, ríos, animales domésticos y del campo. Hablamos de una tierra de campesinos, familias que siempre se dedicaron a trabajar y a cuidar la tierra.

Las compañeras y los compañeros realizaron maquetas, dibujos, collages y retratos. Dibujaron recuerdos de sus casas y de cómo eran los cuarteles a donde llevaban a sus seres queridos desaparecidos. Todas estas expresiones forman un material de archivo de quienes cuidan la memoria y defienden la verdad de lo ocurrido.

Compartieron la historia de un territorio que fue cambiando y cómo el Estado, el Ejército y el mal gobierno fueron despojando a las comunidades en las que vivían o viven, al mismo tiempo que los talamontes derribaban los árboles de su entorno a través de los años.

Escribieron también sobre el terror de ver cómo el Ejército Mexicano o las fuerzas armadas se llevaban a sus familiares o al enterarse de que los habían desaparecido, y del dolor permanente durante toda una vida de lucha por memoria, verdad y justicia para sus familias y para el pueblo mexicano.

Sus historias dan cuenta de cómo la desaparición de sus familiares y el terror social rompen las relaciones de solidaridad y autonomía en las comunidades, y tiene impactos físicos y psicosociales permanentes; pero también de cómo la desaparición y el desplazamiento forzado destruye las condiciones materiales de

subsistencia de las comunidades al profundizar la pobreza y la desigualdad y trastocar completamente los planes de vida y los sueños de la gente.

A pesar de lo crudo de su contenido, las páginas siguientes conforman un libro lleno de amor y dignidad, un legado invaluable para las niñas y niños de Atoyac, de Guerrero y México, para las buscadoras y buscadores de América Latina y el mundo que siguen luchando por ver a sus seres amados de regreso. Este libro está hecho con la esperanza de encontrar justicia y de que las desapariciones se detengan.

Quienes se acerquen a él encontrarán, al inicio, el contexto de Atoyac de Álvarez y sus comunidades, así como la historia de la fundación de AFADEM en medio del terrorismo de Estado. También podrán leer un apartado donde sus escritoras y escritores le dedican palabras hermosas y llenas de cariño a sus *montañas invisibles*, es decir, a las personas que lucharon por justicia desde el inicio pero que han fallecido y que, aunque la gente no las pueda ver, permanecerán en la memoria de los pueblos como guardianas inmensas de quienes luchan actualmente, y de quienes lucharán el día de mañana.

Posteriormente, se encuentra un apartado que hace una relación entre las desapariciones y las formas de búsqueda y de lucha en los setenta y la actualidad. Es una sección pensada especialmente para dialogar con los colectivos contemporáneos, con los que han formado un vínculo de aprendizaje mutuo. Da cuenta de las cosas que han cambiado, como las innovaciones tecnológicas utilizadas para la

búsqueda (como los georradars) y de lo que permanece a través de los años: el deseo de buscar a quien se ama.

Pero el corazón de este libro se encuentra en los 48 relatos individuales de las personas que integran AFADEM: son historias en las que comparten los recuerdos de sus familiares desaparecidos, de sus rostros, sus trabajos y su cotidianidad, sus gestos de cuidado y amor, de dignidad y valentía para sacar adelante a sus familias y construir un mundo más justo para sus comunidades. Hablan de sus propias vidas, de las dificultades después de la desaparición y de la esperanza colectiva al hallar una organización como lugar de encuentro para luchar.

Tú, lector

Invitamos a las personas a quienes llegue este libro a que cuiden profundamente las historias compartidas, porque estas se inscriben en la lucha por la memoria como derecho y como una herramienta de defensa. No permitamos que las narrativas oficiales escondan la verdad. Lo que sucedió no fue un hecho aislado, sino sistemático, y constituye un acto vergonzoso. El Estado, el Ejército y el mal gobierno se han escabullido en la impunidad por años, mientras replican las estrategias de terror y violencia sobre el pueblo mexicano. Estos actores se han encargado de construir una dinámica de desgaste y violencia sistemática para las personas buscadoras que hoy continúan denunciando su responsabilidad por los crímenes de lesa humanidad que cometieron, y recordando la deuda que persiste

desde hace más de 50 años con las personas que fueron víctimas de ellos.

El terrorismo de estado hizo un daño profundo al pueblo campesino que luchaba por una vida digna. Las luchas por justicia social quisieron ser apagadas, les arrebataron seres queridos y les despojaron de sus tierras y animales. En todas las historias compartidas podemos mirar cómo, una y otra vez, frente a esas realidades, las comunidades y el pueblo optaron por hacer comunidad. Las familias en su lucha decidieron seguir caminando juntas, para cuidar la vida, sostener la lucha, exigir justicia y traerles de vuelta.

Existe una enorme deuda con las familias y las comunidades afectadas por la profunda violencia que se les infligió; hace falta un proceso de justicia restaurativa amplia ante el terrorismo de Estado. Es necesario el cese de cualquier complicidad con los perpetradores por parte de todas las autoridades federales, estatales y municipales y las fuerzas armadas militares y policiales.

Por todo lo anterior, este libro es memoria viva.

Valeria Molina Zapata
Aarón Andrade Valdivia

Introducción

**La certeza de que de que tu hijo va a salir
y va a regresar
Atoyac antes de la guerrilla,
durante el terrorismo de Estado y ahora**

Antes toda la gente de las comunidades éramos felices; estábamos pobres, pero felices con toda la familia. Trabajábamos en el campo aunque sabíamos que nos explotaban los caciques.

Los papás de uno y los vecinos hacían su milpa, sembraban chile, sembraban tomate pal gasto allá en la sierra, sembraban sus arroces y sembraban todo lo que se da en el campo, y se bajaba por el jabón, el aceite, entre otras cosas que allá no se daban, que son cosas de abarrotes, que es lo que no hay allá. Pero todos éramos felices; nuestros padres tenían sus trabajos, unos diferentes, unos en cafetal, otros en cañaverales, donde se hacía la panocha. Había muchas cosas que se comían del campo, como aves, que eran las chichalacas, palomas, iguanas, animalitos del campo; en el monte había venado, también había puercos y gallinas para hacer caldo, y se usaba el metate para moler el chile. En el río se iba a pescar, se agarraba un kilo, dos kilos de camarón para comer y vender, porque había mucho camarón antes, muchísimo.

Algunas familias no podían estudiar, se usaban huaraches y ropa de manta. En aquellos años se respiraba aire puro, no había contaminación, el río era limpio, las gentes lavaban en el río, era una cosa bonita que te inspiraba ir tan sólo del ambiente que se encontraba, porque en primer lugar se lavaba bien y por más ropa que llevara uno, terminaba. Y había señoras que se dedicaban a lavar ajeno, tenían su tendedero grande de piedra enorme, también en el alambrado de púa. Otras veces íbamos a bañarnos al río, estábamos en contacto con la naturaleza y estábamos más sanos.

Atoyac era alegre, en las casas hacían fiestas a la virgen. Era bien bonito porque todos nos conocíamos y podíamos comunicarnos por medio de los recados escritos y los bailes que se realizaban; otro medio que nos unía era el deporte, había juegos de pelota en las comunidades. Las personas que iban a dar a luz se aliviaban en casa, había parteras que sabían sacar al bebé. En la iglesia había muchos pajaritos que se llamaban Capichocho, y en el mercado había muchos comerciantes y fondas; se vendían tortillas de mano y se hacía la feria en el zócalo, la gente se transportaba en caballos y burros; quien no tenía, caminaba.

Una de las cosas más importantes es la seguridad, la gente podía trasladarse de un lado a otro, íbamos a la fiesta, caminábamos por el

playón y llegábamos al centro donde era la fiesta, entonces las chamacas sin ningún temor regresábamos a casa. Porque siempre nos faltan cosas, pero la seguridad, la certeza de que tu hijo va a salir y va a regresar, eso es una de las cosas más importantes.

Cuando ya el gobierno se queda, se apodera de la comunidad

Pues teníamos todo, ¿veá?Y cuando pasa eso del gobierno que desapareció a la gente y empezó a llevarse a los campesinos, pues todo fue diferente porque se quedaron solas las comunidades. Ahí cambia todo porque ya el gobierno mismo se come todos los animales que eran puercos, gallinas y fue la destrucción.Ya fue diferente a como era antes, porque antes podíamos salir, nos íbamos a bañar a los ríos, a los arroyos, nos íbamos a los pescados, había pescado en el río, camarón en los arroyos, muchísimos y pues nos hacíamos unos caldazos de camarones y fue muy diferente cuando ya el gobierno se queda, se apodera de la comunidad.

Empezamos a ver que la gente ya no se aguantó tanto. Pusieron a la policía, según nos estaban cuidando, pero se robaban los marranos y si te quejabas, te mandaban a matar. Eso causó que surgiera el movimiento guerrillero. No teníamos el valor de decirlo porque teníamos a nuestros hijos.

El gobierno, al ver que la gente se estaba organizando, empezó a hacer camino a las comunidades para meter sus tanques para ir sembrando el terror; era la forma de meter miedo a los campesinos. El gobierno para someter a las comunidades usó el terror para que los pueblos no se organizaran, que no protestaran, que fuéramos sumisos, y dejar que el caciquismo nos siguiera explotando. Llevaban helicópteros y bombardeaban los cerros. Mucha gente huyó y se aprovecharon de lo que dejaron en sus comunidades.

Durante el terrorismo de estado todo cambió, la represión se hizo sentir en todos los sectores de la población, ya que se militarizó la vida de los habitantes de las comunidades. Las comunidades fueron sitiadas, los militares se llevaban a los campesinos a la fuerza, los sacaban de sus casas, no tenían compasión de nadie, robaban los alimentos de las personas de las comunidades, abusaban de las mujeres, les hacían que les dieran de comer, los golpeaban, los torturaban, desaparecieron a muchas personas, señores, jóvenes, hasta niños, no les importaba el dolor de las madres.

Cometían tal injusticia sin clemencia ni piedad, dejando comunidades enteras sin el sustento, que eran los varones de las familias; se los llevaban al cuartel militar de Atoyac de Álvarez donde eran sujetos a tortura. Esto ocurrió durante 10 años en los que las

familias vivían aterradas por el temor de que algún miembro de la familia cayera en manos del ejército.

Todas las autoridades estaban coludidas y esto representaba un riesgo para quienes se atrevían denunciar, lo que provocó que muchas personas no hablaran de la detención y desaparición de sus seres queridos. Aun con el miedo, con el terror, había quienes buscaban a sus seres queridos; sin embargo, no había respuesta; por el contrario, las familias eran acusadas de ser familiares de los guerrilleros.

También en aquellos años, aquí llegó un "apoyo" para los caficultores. Se llamó Instituto Mexicano del Café. En ese tiempo en todas las comunidades cafetaleras, lo que fue el Plan del Carrizo, Santiago de la Unión, Río Santiago, San Vicente de Benítez, Paraíso, había "beneficios", así le pusieron: "beneficios", porque había la compra del café, o sea, allí reunían el café, lo cargaban y se lo traían aquí a Atoyac. Pero esa era una estrategia que utilizó el gobierno para poder saber de la participación de los cafetaleros con los grupos subversivos que había en aquellos años. Se ponía énfasis en esas comunidades porque bajaban todos los cafetaleros, y en las reuniones iba el comisario ejidal en conjunto con el gobierno involucrado, y ahí decían: "A ver, ¿y tú y dónde vienes? ¿Por qué? ¿A qué?", y se hacía ahí un listado de si eras cafetalero o no. Allí había muchos arrieros que

venían de diversas comunidades a llevar al café y después de ahí, con bestias, aquí a Atoyac. Esa fue una política muy corrupta, para atraer a las personas, y como había uno que los señalaba (la "madrina"): "este sí, aquel, aquel, aquel", o sea, ponían el dedo, vulgarmente, y a esos los agarraban. Entonces, ese Instituto Mexicano del Café trajo quizás productividad, pero también trajo desgracias.

También hubo muchos maestros desaparecidos, ya que ellos fungían como líderes de las comunidades igual que los comisariados, la mayoría eran maestros de Ayotzinapa que regresaban a la comunidad para apoyar a los campesinos. Después de la muerte del profesor Lucio Cabañas, como que se dispersó la guerrilla, pero los persiguieron y a muchos los desaparecieron aún en el 78, 79, todavía fueron perseguidos, detenidos y desaparecidos. Entonces no terminó la persecución con la muerte del profesor, sino que continuó la contrainsurgencia, porque se habla de que en Río Chiquito se instalaron ahí como por 10 años, y se comieron todo lo que tenían. Ahí era un pueblo muy próspero y la gente tenía muchos animales; eran muy trabajadores, y entonces ellos tardaron todo ese tiempo y terminaron con todo lo que los habitantes tenían, todas las cosas, todo estaba hecho pedazos, hacían unos hoyotes dentro de las casas que a las paredes les escarbaban, todo feo, no dejaron cosas buenas, el

gobierno sacaba a la gente de su casa, de que la sacaba, la sacaba. Se sufrió mucho ahí en ese pueblo. Ya mucha gente no regresó a la comunidad, entonces pues muchos pueblos quedaron desiertos. Mucha gente tampoco regresó porque se desplazó por el miedo, por el temor de que pudieran detener a otro de sus hijos o a otro de sus familiares. Hasta que ya poco a poco se calmó todo y ya regresaron, pero ya poquita gente, ya no eran todos.

Muchas personas optaron por huir de sus comunidades. La gente empezó a migrar, desplazándose a otros lugares fuera del estado, en algunos casos fueron perseguidos y los traían de nuevo al cuartel del estado, e incluso al campo militar número 1 de la Ciudad de México.

Ya nos sacan a los familiares, se vienen de los pueblos, con todos sus hijos, eran campesinos que tenían pues muchos hijos; las mujeres lavan ajeno, ellos trabajan en peonaje en el campo para sobrevivir, y es lo que sufrimos porque pues ya las tierras no se recuperaron, se vendieron para la búsqueda de los familiares desaparecidos, los que tenemos desaparecidos.

Ya cuando regresamos no se pudo hacer nada y es lo que a nosotros nos duele, pues, y que hasta ahorita no hay respuesta de nuestros familiares; incluso se sigue provocando el temor, por lo que muchas familias han dejado de buscar a sus seres queridos

desaparecidos. El gobierno se ha vuelto sordo, no nos ha hecho caso, hay casos más recientes que sí los han resuelto y los de nosotros van quedando en el olvido. Desde entonces aún no damos con el paradero de nuestros familiares, detenidos-desaparecidos en la época de los años setentas. Ese fue el cambio que hay.

Los árboles ya no son árboles: Atoyac en la actualidad

Después de los años 70 cuando la guerrilla se terminó y sufrimos la represión, después nadie se quería organizar. Entonces surge este grupo de gente que pidió que se formara la AFADEM para luchar por causa de la desaparición de los compañeros y por la presentación con vida de los desaparecidos. Y la lucha la seguimos cientos de compañeros pidiendo justicia en México, en el Zócalo de México, en distintas partes, en las cárceles... incluso fuimos golpeados.

Ahora en Atoyac hay universidad, preparatorias, escuelas secundarias, hay cines, hay comidas chinas, restaurantes, también hay autobuses, combis para transportarse con facilidad de un lugar a otra ciudad, hay alumbrado público, que eso le ayuda a las personas a comunicarse con sus familiares lejanos. Sin embargo, la situación sigue siendo grave para muchas personas, hay zonas de pobreza enormes. Hay hospitales, pero no hay medicamentos, no hay estudios. Aquí en la

comunidad se requiere de un hospital donde se lleven a cabo la diálisis, hemodiálisis, tienes que irte hasta Acapulco, tienes que irte hasta Zihuatanejo. Entonces, ¿por qué aquí no hay un hospital de esa índole? y sí sería importante, o sea, se requiere el apoyo social, de salud social, porque hay mucha gente enferma en las comunidades y sería importantísimo que aquí en la cabecera de Atoyac hubiera ese hospital, que construyan un hospital para todos los familiares enfermos de cualquier índole.

Porque sigue la pobreza y sobre todo la situación grave de los adultos mayores, la falta de medicamentos, la falta de sensibilidad de los funcionarios para tratar a los adultos mayores o a la gente más pobre. Eso es uno de los problemas graves, la falta de sensibilidad de quienes están al frente o en las instituciones atendiendo a las personas, porque son tratadas de manera indigna, entonces es necesario que haya la educación para la gente que trata con personas, para los funcionarios, para los trabajadores, es necesario que haya esa preparación, sensibilización para que traten a la gente como lo que es: un ser humano.

Donde quiera la corrupción ha hecho que los apoyos no lleguen realmente donde deben llegar. No son todos los campesinos, no es toda la gente la que recibe los apoyos necesarios. Sí es cierto que hoy

en día hay muchos apoyos para el campesino, para la gente de aquí, pero, ¿de qué es sirve si la carestía está muy dura? O sea, reciben \$6 000 pesos y va usted al súper se gasta \$1 500 para un rato, para una semana, o sea, que está muy dura la crisis económica.

Antes no había esos apoyos, pero el campesino sembraba, y el producto del café valía en aquellos tiempos y alcanzaba, y todavía había un excedente. Y hoy en día no hay el café, pero dan sus apoyos, y no alcanza para nada, por la misma situación de que todo está caro.

Antes las cosas eran más naturales, por eso hoy en la actualidad ves personas hasta de 115 años, 120 años, ¿por qué?, porque comían natural. Y hoy no, ya todo es artificial. Hoy en día muere mucha gente, porque hay muchos líquidos que le ponen al maíz, al frijol, a las hortalizas, el monteya no es como antes, le ponen líquidos para que se seque y todo está más contaminado; muchas enfermedades y más contaminación en todo, muchos basureros.

Ahorita en la actualidad ya no ves cafetaleros. ¿Por qué? Porque ya no hay café, parece que el mismo gobierno hizo o trajo enfermedades hacia la producción del café para que se extinguiera, se terminara el café definitivamente. ¿Por qué nomás de repente dice "se acabó el café, ya no hay café"?, que la roya, que el insecto, que no sé, y por más que le pongas, no da café. Entonces, pues ahora sí que

aventarían algo al ambiente en los cerros; como bombardeaban, pues me imagino que ahí echaban ese insecto para que se dañaran.

Oye, ve la sierra, los árboles ya no son árboles, ya están secos, ya no tienen vida, pues, para mí eso sería digno de hacer un estudio, una evaluación: ¿por qué no hay café? ¿Por qué no más de repente, en un abrir cerrar de ojos, se acabó el café?

Y nos vamos a remontar a la sierra, hoy en día vemos con tristeza cómo salen, cómo bajan esos camiones de que se están acabando el pulmón, los pulmones que quedan, no nada más para allá sino en la parte baja. Ya es poco las palmeras que hay, muy pocas, porque desgraciadamente las están derribando o por las plagas de contaminación que vinieron a dañarlas.

Con esa escasez, de esa tala inmoderada que hay, se están secando los arroyos. Allá en aquellas partes no se secaba el arroyo, hoy en día se seca. El río está contaminado desgraciadamente porque se hizo una presa en el año de 1977 y eso originó que esa agua, la poca agua que llega a nuestra comunidad ya la desvían para otros lucros, no sé, pero pues según para regar plantíos de mango.

También nosotros hemos visto pues que el agua se está retirando por la tala de los bosques; antes en los ríos, los arroyos, como en San Juan de las Flores, en distintas partes de la sierra, había pescado, había

camarones, había todo y pues a través de la tala del monte se secaron los ríos; ahora no tenemos ríos, los arroyos están secos, ya no tenemos nada para ir a agarrar camarón o pescado. Y ahorita con esa tala inmoderada, ¿qué nos espera para el día de mañana?

Ahora ya no podemos lavar en el río; eso cambió desde que llegó aquí el cuartel y se empezó a contaminar el agua. Los materialistas empezaron a negociar con las piedras donde lavábamos, ya no había piedra, ya la que iba tenía que llevar su arteza de palo, su carretilla y lavaba. Ahora ya es diferente, ya ahorita la gente es también muy inconsciente porque empezaron a tirar las vísceras de los rastros, ahí había mucha cochinada, y la gente cerca del río pues empezó a rebelarse, empezó a cerrar el paso hacia allá. Ahorita tienen puerta de herrería las entradas donde uno iba, ya no es fácil, ya es privado, porque los afectados eran ellos. Y ya pues se terminó ese tiempo, ¿no?, ese río bonito, y ahorita pues ya la mayoría tienen llave de agua, aunque no es potable, pero ahí va revuelta.

Las personas campesinas intentaban luchar por mejorar el pueblo, y eran desaparecidas por el gobierno, por eso en mi comunidad se vive en pésimas condiciones. Todo esto generó la lucha subversiva contra el mal gobierno de antes, pero también el de hoy, porque aún siguen pasando los atropellos, el mismo Estado sabe dónde está el mal.

Digo, la tierra siempre pues va a ser como todos nosotros, ¿verdad?, aunque seamos viejos, pero la tierra siempre va a ser fértil. ¿Cuándo terminará todo esto? Y bueno, por toda esa represión que ocasionó los cientos de personas desaparecidas, el Estado nunca ha hecho justicia, nunca ha respondido por los crímenes que cometieron en aquel momento y que siguen cometiendo.

Nosotros le diríamos a la sociedad que también, en general, se debería poner en nuestros zapatos. Muchos nos critican, necesitamos que la gente sea empática ante esta situación porque debido a que dejaron crecer al crimen organizado, que los dejaron hacerse poderosos y demás, hoy no pueden controlarlos, porque también sabemos que tiene que ver con las estructuras gubernamentales que están coludidas con ellos y hoy es imposible detenerlos.

Día a día, las desapariciones, los crímenes horrendos que ocurren y ante los que cualquiera puede estar en riesgo de ser desaparecido... son principalmente jóvenes quienes sufren de estas desapariciones. Y como sociedad tenemos que levantar la voz, que hablar, que decir y entender que cualquiera puede ser una víctima más, tal vez su familiar, su hijo, su padre, cualquier familiar puede ser víctima de esta situación y no estamos haciendo nada.

Verdad, justicia, reparación

Historia colectiva de AFADEM

Desde los inicios del terrorismo de estado, los familiares no sabíamos de nuestros familiares, hijos, papás, tíos y sobrinos. Al ver que no encontrábamos respuesta, nos empezamos a organizar para tener fuerza y voz. Así nació AFADEM, que cobijó a todas las familias que pasaban por una situación crítica e injusta.

El 3 de octubre de 1978 fue algo así como el nacimiento de lo que ahora es AFADEM, aunque entonces eran otras personas quienes estaban trabajando en esto, como la señora Josefina Martínez o el doctor Felipe Martínez Soriano, y venían varias compañeras, como Aurelia Pérez Cano, que fueron en un inicio muy importantes porque empezaron a hacer las listas de personas desaparecidas, y a hacer las fichas. En ese momento AFADEM se llamaba Comité Nacional Independiente pro Defensa de Presos, Perseguidos, Detenidos, Desaparecidos y Exiliados Políticos (CNI).

En 1992 se realizó un congreso en Atoyac y se decidió formar una organización filial del CNI, que se llamó Comité de Familiares de Detenidos Desaparecidos de la Costa Grande de Guerrero, donde Tita Radilla fue nombrada presidenta, y desde ese momento, estuvo al frente de lo que hoy es AFADEM. Ya teníamos un colectivo propio de la

gente de la Costa Grande de Guerrero, sobre todo. En ese momento también había comités similares en Chihuahua, en Michoacán, en Jalisco, en el Distrito Federal, en Morelos. Y pues ahora podemos decir que el único comité que sobrevive, de todos esos comités, somos nosotros.

En 1997 se hizo un congreso de la Federación Latinoamericana de Asociaciones de Familiares de Detenidos Desaparecidos (FEDEFAM) de la cual también somos parte. En ese congreso se decidió cambiar el nombre del CNI a Asociación de Familiares de Detenidos Desaparecidos y Víctimas de Violaciones a los Derechos Humanos en México (AFADEM), de la cual el Comité de la Costa Grande era una filial.

Hasta 1999 empezamos a hacer denuncias ya formales. Antes no sabíamos que teníamos que hacerlas; hacíamos marchas, hacíamos mítines, se hicieron huelgas de hambre, toma de embajadas, muchas muchas actividades, pero no se hicieron los procesos legales a los que se tenía que haber llegado. Fue hasta 1996 que fuimos a un periodo de sesiones de la ONU, y les dijimos: "queremos llegar a una instancia internacional". Entonces nos dijeron: "si ustedes no han agotado los recursos nacionales, no pueden hacerlo, no pueden hacer una denuncia internacional", y fue entonces que empezamos a hacer las denuncias.

En 1999 hicimos la primera denuncia aquí en Atoyac con seis casos, aunque, al final sólo fueron cinco, porque alguien no pudo estar ahí porque tenía cosas que hacer. Fue bien difícil que nos recibieran esa denuncia. Sin embargo, lo logramos, porque amenazamos con que nos íbamos a poner en huelga de hambre ahí adentro de la Fiscalía.

Y el mismo 29 de noviembre de 1999 pusimos nuestra primera denuncia colectiva ante la Procuraduría General de la República, que así se llamaba en ese momento. Fueron 11 casos del Rincón de las Parotas. Y bueno, les dijimos a los abogados que hiciéramos esa denuncia por esa comunidad para demostrar cómo el Estado reprimió a los pueblos; o sea, no quisimos agarrar uno de cada pueblo, sino mostrar cómo sólo en ese pueblo se habían llevado once personas. Y bueno, la hicimos.

Ahí pasaron varias cosas; por ejemplo, no nos las querían recibir. Amenazamos con llamar a la prensa; estábamos helándonos ahí afuera porque hacía mucho frío. No nos dejaban pasar y dijimos: "No, pues vamos a llamar a la prensa". Entonces ya fue que nos dejaron entrar, y pues nuestra exigencia fue de que no teníamos que ir todos allá a México, sino que teníamos que hacer que ellos vinieran para acá. Lo que conseguimos fue que fuéramos todos a Acapulco.

Fuimos tres veces a Acapulco con personas, pero parece que solo llevábamos una combi, o tal vez dos combis. Y era poquita gente la que

iba, y la gente estaba enferma y no había ahí nada, ni vendían agua, ni nada, entonces era muy difícil, por lo que les dijimos: "No. Tienen que ir ustedes a Atoyac". Entonces teníamos la oficina y ahí en un pedacito bien chiquito, ahí se estuvo recibiendo las otras denuncias; se juntaron 143 denuncias por todos, fue allá como en el 2000, 143 denuncias se juntaron entonces.

Y pues esas fueron las primeras denuncias formales que hicimos ante la Procuraduría General de la República en ese momento, pero estos se declararon incompetentes y mandaron nuestros casos a la Procuraduría de Justicia Militar; los mandaron allá y no nos avisaron. Entonces los militares nos empezaron a citar, y pues en ese momento nosotros no teníamos asesoría de nadie, nada. Nada más éramos nosotros. Y entonces Tita les dijo a los compañeros: "No vamos a ir, porque la Procuraduría Militar es la responsable de la desaparición de nuestros familiares y no vamos a ir". Entonces pues alguna gente sí tenía miedo; decía: "¿Y qué tal si caemos en responsabilidad por no acudir?". Entonces Tita hizo una declaración en la prensa de que no íbamos a ir a la Procuraduría Militar.

Después nos volvieron a citar a Tépán, y Tita les dijo a los compañeros: "No vamos a ir". Y entonces los periodistas llegaron ese día a la oficina y dijeron: "Vamos, doña Tita, vamos". Dice Tita: "Vienen

los perrones", los abogados de Mario Arturo Acosta Chaparro Escápita. Y dicen: "Vamos a ver qué cosa hacen." Y Tita dijo: "No voy a ir; vayan ustedes y luego me dicen qué pasó", y ellos querían ir para ver qué pasaba, y entonces Tita les dijo (porque los periodistas le preguntaron por qué no acudíamos): "Porque ellos son los responsables y no podemos ir a una institución responsable de la desaparición de nuestros familiares; jamás van a hacer justicia, y por más ignorantes que seamos, tenemos esa idea de que no podemos ir a esa institución".

Y pues de ahí se llevaron a otros familiares, los vinieron a traer con carros, hasta ambulancias, y se los llevaron a entrevistar con Acosta Chaparro, que estaba preso. Y fueron, pues, y dicen que los carearon. Pero dicen que en el careo él les preguntó, les dijo: "¿Y ustedes están seguros que yo desaparecí a sus familiares?". Y ellos: "Pues no", y, "¿ustedes me vieron?", "Pues no". Ellos no llevaban abogados ni nada, sino que los militares les dijeron que ellos iban a ser sus representantes. Entonces Tita les dijo, "Pues cómo eso, ¿no?". Y bueno, por falta de pruebas, Acosta Chaparro salió libre. Fue lo que pasó, desafortunadamente. Saliendo lo asesinaron, a Tita le habló Berenice y le dijo: "Hay que hacer un baile, mataron a Acosta Chaparro". Le contestó: "No, yo no estoy contenta de que lo hayan matado. Yo quería que pagara por los delitos que cometió. O sea, ya murió y ya no sufre".

La Comisión Nacional de Derechos Humanos (CNDH) en el año 2000 hizo otra investigación, para el *Informe especial sobre las quejas en materia de desapariciones forzadas ocurridas en la década de los 70 y principios de los 80*. Y en esa investigación, AFADEM fue un actor importante porque nosotros convencimos a la gente de que tenía que hacer la denuncia, porque la gente tenía desconfianza, ¿verdad? Y los compañeros empezaron a acompañar a la CNDH. Eran quejas, fueron quejas. Pero fue fundamental; bueno, éramos la única organización que existía en ese momento de familiares aquí en el municipio y hubo recomendaciones de la Comisión Nacional de Derechos Humanos. Fueron 532 casos; es decir, recibió 532 quejas.

En el 2001 nosotros ya teníamos una relación con la Comisión Mexicana de Defensa y Promoción de los Derechos Humanos (CMDPDH). Pero ellos nos dijeron que sólo podían llevar un caso, porque era demasiado caro. Y entonces se eligieron seis para proponerles; al último, después de casi 2 años, los abogados decidieron que el de Rosendo Radilla era el que se llevaría. Vimos de que él estuvo en el campo militar de Atoyac, y pues había testigos y habíamos reunido mucha información.

Primero lo presentamos a la Comisión Interamericana en la audiencia, en 2001, casi al mismo tiempo que nació la Fiscalía. Se hizo

esa audiencia y fue el fiscal, junto con otros seis representantes de México, del gobierno. Después de esa audiencia vino la Fiscalía Especializada para Movimientos Sociales y Políticos del Pasado (FEMOSPP) del 2002 al 2007.

Después se hizo otro congreso en 2003 en Acapulco, donde también se decidió que nuestra organización ya no se llamaría Comité de Familiares de Detenidos Desaparecidos de la Costa Grande Guerrero, sino que íbamos a tener el mismo nombre de AFADEM, es decir, que ya no íbamos a ser como un apéndice, como una organización parte de ella, sino que íbamos a ser el mismo AFADEM a nivel nacional.

Y pues hemos hecho, pudiéramos decir, de todo. En aquel momento yo recuerdo que íbamos a las marchas a México, y había otra gente intermediaria. A algunos no los conocía, pero eran los que decidían si íbamos a México a la marcha; ellos quizás tenían sus propios intereses. Así que hemos hecho alianzas con varias organizaciones, pero ha sido con el objetivo de lograr nuestras demandas, que son verdad, justicia, reparación, no más intimidación, no más desaparición. Ese es el objetivo central nuestro, pues: buscarles, encontrarles.

En el 2009 logramos tener la sentencia de la Corte Interamericana de Derechos Humanos (Corte IDH), que nos abrió muchas puertas,

porque todas las organizaciones querían tener ese nexo con nosotros, precisamente porque la sentencia fue algo muy importante. Ahí la CMDPDH era la que nos apoyaba en ese momento, pero también nos acompañaban la ONU y Amnistía Internacional; o sea, venían aquí, hacíamos cosas con Amnistía. También, otras organizaciones, como Brigadas Internacionales de Paz (PBI) y el Centro de Estudios Ecuménicos (CEE). Y muchas personalidades, como Carlos Montemayor. Ellos tenían esa relación con nosotros, incluso hicieron ese documento que le dicen Amicus Curiae, para la Corte IDH. Y después nació la Comisión de la Verdad (COMVERDAD) en el 2012; trabajó en Atoyac del 2012 al 2014.

Las labores de AFADEM continuaron y el 22 de septiembre de 2023 se hizo una diligencia de excavación en el Campo Militar núm. 1, con participación de familiares y sobrevivientes.

En agosto de 2024 también salió una sentencia del Juzgado Noveno de Distrito de Guanajuato por la falta de investigaciones en el caso de Rosendo Radilla, aunque la sentencia incluyó todo lo que pasó. Dijo la jueza que no sólo es Rosendo, sino todo lo que ocurrió alrededor de su desaparición. Entonces, no sólo es Rosendo, sino que fue el contexto de *terrorismo de Estado*. Así lo calificó, como terrorismo

de Estado. Esto que quiere decir que todos los casos quedan implícitos en esa sentencia y eso es muy importante

La sentencia fue atraída por la Suprema Corte de Justicia de la Nación, porque ocho instituciones se negaron a reconocerla; seis impugnaciones a la sentencia no fueron procedentes y nada más estamos peleando con dos instituciones (entre ellas, la FGR) para que se puedan hacer las condenas en contra de los perpetradores responsables y se pueda continuar con las investigaciones y tratar de que haya, al menos, la verdad; la verdad que también sirve para que los casos de reparaciones sean atendidos.

Gracias a todas y todos los compañeros de AFADEM, llegarán nuestras voces donde tengan que llegar. Hoy por hoy llegaremos todas y todos hasta el final.

¿Por qué los buscamos? ¡Porque los amamos!

¡Hasta encontrarles!

La fuerza, el dolor Terrorismo de Estado en la década de 1970 y desaparición en la actualidad

¿Cómo no darse cuenta?

A finales de los sesenta y en la década del setenta del siglo XX era muy evidente que sucedían desapariciones porque el ejército estaba cercando a las comunidades, o sea, eran demasiados. Se habla de 24 000 efectivos militares, según la Comisión Nacional de Derechos Humanos (CNDH). El pueblo no era tan grande, por lo que la gente podía comunicarse más rápido y se veía lo que estaba ocurriendo, lo que estaba pasando. Se sabía que la guerrilla estaba en la sierra, con el maestro Genaro y el maestro Lucio. Y entonces vinieron las primeras desapariciones, en el año 1967 y de ahí para arriba: más desaparecidos y más desaparecidos. En 1971 había ya varios. Ese año muchas personas fueron llevadas al campo militar número uno, pero algunos fueron liberados y se considera que quienes no fueron liberados en ese momento murieron en la tortura, porque ya nadie los vio. Era una manera terrible.

Pero, ¿cómo no darse cuenta de lo que estaba pasando si fue muy terrible? Era como si hubiera una guerra en contra de la población. La vivimos muy fuerte cuando ocurrió eso. Y también en ese tiempo,

para comunicarse, se hacían corridos que contaban las historias de lo que estaba pasando.

Las madrinas

Había personas a las que les decían madrinas y que andaban involucradas dentro de las filas de los grupos guerrilleros, y esas personas, con tal de que no les dañaran personalmente o a su familia, espiaban y señalaban a individuos por las razones que ellas consideraran.

Como el gobierno de esos ayeres tenía que dar resultados de lo que andaba haciendo en la sierra, a los campesinos los juntaban en las canchas deportivas de las comunidades, junto con las madrinas. Entonces ellos decían: “ese, aquel, el otro”, y ya el militar uniformado llegaba y aprehendía a las personas sin hacer una investigación, como ahora se hace. Ahora les leen sus derechos y tal; antes no, antes los amarraban como delincuentes.

Esa madrina estaba involucrada para que no lastimaran a su familia, o iba de por medio un dinero, porque a las madrinas les daban dinero, o les daban su golpiza porque también los cargaban a la fuerza. De todos modos, tarde que temprano, las sacrificaban, aunque ya hubieran entregado a muchas personas inocentes.

Había muchos motivos para que la gente se rebelara

El movimiento de Lucio comenzó por todo lo que venía pasando, pues antes llegaban los judiciales a las comunidades, se llevaban todo lo que encontraban, radios y todo eso, y nos decían: “Y dame la factura”, pero uno compraba y no le daban factura. Había muchos motivos para que la gente se rebelara.

Una vez llegó la policía a un valle que se llama Agua Fría; ahí desarmaron a todos los que llevaban rifles, escopetas y todo eso. Y nos dijeron que entregáramos todo lo que teníamos, hasta el taloncito para cuidar la milpa; no lo entregamos. Dijo entonces el comisario –porque hay gente que no entiende, piensa que el gobierno es un Dios, piensa que es el que hace y deshace–: “Si no nos los entregan, se los van a llevar presos”. “Pues que nos lleven”, dijimos. Se fueron a San Juan los policías y le dijeron al comisariado: “vas a reunirlos; mañana venimos y queremos que todas las armas estén aquí”. Entonces, al otro día, ya en la noche, en el barrio, que era grande, hicieron una reunión: “Compañeros, queremos que estemos todos juntos. Queremos saber si vinieron a que entreguemos todas las armas”. Y ya muchos dijeron: “¿Qué opinan?”. “Va a ser el pueblo el que va a decidir”. Y dijeron: “Todos mañana vienen con su machete y si llegan los judiciales, vamos

a responderles". Entonces llegaron al otro día temprano los policías, rodearon la casa del comisario, y la gente se reunió preguntando: "¿Qué quieren?". Respondieron los policías: "Nos llevamos al comisariado". "Se lo llevan... ¡pura madre!", respondieron. Sacaron sus machetes todos y los rodearon y los corretearon.

La gente ya estaba cansada de tantas violaciones que hacían en las comunidades, que iban a Santo Domingo y mataban a los cerdos y a las vacas que andaban ahí, le daban su balazo y ahí se la comían.

Entonces a ellos los mandaba el gobierno para vigilar y atemorizar. Por eso hubo muchos motivos cuando Lucio comenzó a organizar a la gente. Les dio consejos: que no entregaran la madera, que no nos dejáramos, pues. Así fue como la gente respondió. Eran más de 300 o 500 personas que se unieron rápido. ¿Por qué? Porque había un motivo para poder hacer el movimiento. Y eso fue después del 18 de mayo, cuando quisieron matar a Lucio en un mitin en Atoyac. Él ya no tuvo más remedio que irse a la sierra porque el gobierno lo buscaba.

Las personas también amanecían asesinadas, perdían la vida en la noche cuando la gente salía porque había toque de queda. Por ejemplo, en la en la cabecera municipal de Atoyac, a las 10 de la noche, ya la gente no podía salir. Y entonces en la noche nosotros

escuchábamos cuando iban corriendo detrás de alguien que había salido, y a veces al otro día decían que allá estaba un cuerpo tirado. Eso era lo que se vivía en aquel momento.

En las décadas de los años setenta y ochenta del siglo XX, el ejército reprimió a las comunidades, principalmente a Atoyac de Álvarez, donde en su mayoría eran campesinos. Ellos fueron detenidos, desaparecidos, torturados y ejecutados. Muchos pueblos fueron desplazados, lo que provocó dolor y sufrimiento a las familias, pues en muchos casos las mujeres se quedaron solas con sus hijos pequeños, y tenían la necesidad de salir a trabajar para poder alimentar a sus hijos y también a buscar a sus seres queridos. Desafortunadamente, la situación económica provocó que los hijos no pudieran estudiar. Este contexto también causó que perdieran su patrimonio: tierras, ganado, enseres, casas y cultivos. Todo ello generó la ruina de las familias perjudicadas; esta afectación permanece hasta la fecha, debido a que el Estado no ha cumplido con su responsabilidad de apoyar a quienes sufrieron el terrorismo de Estado.

Por otra parte, hubo lugares como en San Andrés, Río Chico y otros ejidos donde le dieron duro a la madera. Algunos de nosotros, que estábamos en la Organización Campesina de la Sierra del Sur (OCSS), luchamos desde 1994 para que se acabara la explotación de los

recursos, y el gobernador, al ver que éramos ya gente decidida a luchar para que no se talaran los montes, mandó a hacer una reunión donde se acordó que ya no iban a talar madera.

En cambio, después de que pasó esa reunión, los carros siguieron destrozando la tierra y llevándose toda la madera. Entonces la gente se organizó y fuimos a la sierra, donde tenían los aserraderos; allí les quemamos todas las maquinarias. En respuesta, ellos vinieron y nos pusieron una emboscada cuando veníamos a hacer una reunión en Atoyac sobre la desaparición de un compañero. Nos mataron a 17 campesinos y hubo más de 25 compañeros heridos: cuando venían bajando ellos a un pueblo que le llaman Atoyatil, ahí les tendieron la emboscada. Los culpables fueron la policía judicial y todo el aparato del gobierno. Después de los asesinatos, uno de los soldados brincó de la camioneta y empezó a tirar hacia el aire, para disimular que los compañeros venían armados, aunque no lo estaban. También los soldados le tiraron a la camioneta. Así fue como el gobernador que estaba antes, Rubén Figueroa Alcocer, pudo decir que la gente de la organización venía armada. Pero antes de que les pusieran armas llegó el periódico *El Sol de Acapulco* y vio que estaban desarmados y sacó fotografías. De esa manera, este medio de comunicación desmintió la versión oficial; dijo que era el gobierno el que había puesto una

emboscada y que los campesinos no llevaban armas. Pero Figueroa era compadre de Ernesto Zedillo, que entonces era presidente. Fuimos a México, a la Procuraduría de Justicia, y así nos cargaron por donde quiera: que allá no podíamos denunciar, que solamente aquí en Guerrero, y todo eso. Nunca se nos hizo justicia por los 17 compañeros muertos.

Entonces, pues la gente quedó espantada aquí en Atoyac.

Los ríos ya sin agua:

La desaparición en nuestros tiempos

Ahorita es la mafia la que controla todo el territorio de los bosques, y los comisariados. Y si dicen los del comisariado: "¡Se va a hacer!", y si no quieres, van a decir: "¿Pues quién no quiere?", y ya amaneciste muerto al otro día. Está difícil.

El gobierno anterior y el de hoy se dan cuenta de que el territorio no está bien, que están deforestando. La gente no está de acuerdo.

Supuestamente con este gobierno íbamos a tener justicia y es muy lamentable ver los ríos ya sin agua. Los comisariados no dicen nada; no dicen nada los diputados; no dicen nada los senadores; la gobernadora no dice nada. Es así aunque vaya uno y les diga. Y si te organizas, bajita la mano, te matan, como han ido matando a los compañeros. Está dura la situación.

Ahorita de nuestro dolor ya pasó un tiempo, pero la gente de ahora, ¡pobre gente! Las mamás, los papás que andan buscando... A los nuestros, bien que mal, los trajeron al cuartel; aquí los torturaron, aquí los mataron con hartas torturas. Pero sabíamos que aquí estaban, sabíamos que el gobierno los detuvo, que el gobierno los trajo aquí al excuartel militar, que el gobierno reunió a la gente en comunidades, en las canchas deportivas, y de ahí se los traían amordazados y aquí los bajaban. Traían a todas las personas que agarraban los militares de la sierra de Atoyac, los traían en helicóptero o en camiones y aquí los tenían detenidos, aquí los torturaban.

Son los mismos responsables de desaparecer a la gente en ese entonces y hoy día, porque es el Estado, es el gobierno. O sea, el gobierno ya no lo hace directamente, pero se vale del crimen organizado que dejó crecer, que dejó que fuera poderoso, más poderoso incluso que el gobierno, porque no lo pueden parar ya, o quizás no quieren. Pero es lo mismo, porque es la responsabilidad del Estado por acción o por omisión. Entonces les ha permitido y les está permitiendo hacerlo y, por lo tanto, es cómplice de lo que está pasando.

Por ejemplo, el gobierno le ordena a una persona que cometa el daño a la población civil, ¿y qué hace ese sujeto? Lo que hace es

agarrar por masas o individualmente; estos son los famosos levantones. Los agarran y la persona que lo atestigua nada más ve que llegó un carro y lo subieron o la subieron, y ya no aparece. Pasan quince o veinte días y pues está desaparecida la persona, sea mujer o sea hombre, estudiante o lo que sea, pero lo desaparecen. Entonces el gobierno lo que hace es decir: "Investigamos". Se hace la carpeta de investigación y se le da a conocer a la población, pero desgraciadamente la duda es esta: ¿lo hará? ¿Qué hace el gobierno? O sea, ¿sí va a investigar o no lo va a hacer?

En Guerrero no ha cambiado casi nada. El crimen organizado lo tiene la policía, la gente rica, los caciques de aquí de Atoyac. Ellos son los que vienen a cortar la madera, que es un tema muy difícil. La tortura es muy fea.

Muchos tenemos el valor de no caer en el juego del gobierno. Pero uno entiende a algunos compañeros a quienes sí los golpearon feo y sí los hicieron sufrir... Agarran a cualquiera.

Así están las cosas; ahora está más peligroso, porque el crimen mismo quiere estar en el poder. Ha habido muchas personas desaparecidas, muchas. Por ejemplo, los 43 de Ayotzinapa. A las 24 horas ya no había nada. Hasta ahora hicieron la investigación y dicen que no saben. Sí, hay detenidos, el actor intelectual, que dijo,

"¡desaparézcanlos!". Ese ahí está. Pero de ahí no pasa. ¿Dónde están los 43 jóvenes?

La señora presidenta y el actual gobierno dicen que están trabajando, pero no, eso es mentira. Las desapariciones siguen y siguen las 24 horas del día y a nivel nacional; ahora, en Chihuahua, en Sonora, en todos los estados del norte, hay problemas. ¿Qué hace nuestro gobierno? ¡Nada! En Atoyac de Álvarez también matan, "pero a ese lo mataron porque pues 'andaba con sus cosas'", como dicen, y luego le damos el tache y ya no hay investigación preliminar porque dicen: "A ese lo mataron porque andaba robando, porque andaba violentando, porque andaba secuestrando". Pero, ¿por qué lo mató alguien?, ¿quién es ese alguien? Pues el crimen organizado. El gobierno nada más va a acordonar el área y hace la investigación preliminar, fotografía, gráfica, y ya. Ya se cerró el caso, la carpeta ahí queda en archivo. Seguimos pasando lo mismo. Quizás ahorita son otros tiempos, pero es lo mismo.

Con las desapariciones de hoy día, se llevan a las personas y ya no regresan, no saben de ellas. Agarran una muchacha, se desaparece, otro niño o niña, se desaparece. ¿Por qué? No lo acabamos de entender. Digamos que hay otro tipo de negocios, también. Es posible que haya algún médico ahí que los está matando y está vendiendo sus órganos. Se han encontrado carros de niños muertos sin órganos,

porque es el tráfico de droga y de órganos. También queman carros y los queman con los choferes y todo.

Entonces la represión no ha cambiado mucho. El sistema tenía a los halcones para reprimir y a la guardia blanca, a los paramilitares, para someter al pueblo. Hoy prevalecen los grupos delictivos en el gobierno. El gobierno está coludido con ellos a cambio de protección para someter al pueblo. Y tienen control en la venta de drogas, la tala de árboles y, en general, en todo tipo de negocios. Ya el gobierno no tiene ni voz ni voto y los recursos de los municipios son controlados por los grupos delictivos. Por eso no hay avance en los pueblos y están marginados. Y así no hay ninguna prosperidad. Por eso en las desapariciones no hay justicia, porque todo lo tiene controlado el crimen y las fiscalías están coludidas.

"El camino ustedes lo abrieron"

Formas de búsqueda y lucha en la década de 1970 y en la actualidad

Las formas de búsqueda son diferentes en algunas cosas, pero iguales en otras. O sea, tienes un ser querido desaparecido e intentas salir a buscarlo a donde sea. En aquel momento, en los setenta, algunas personas buscaban de manera individual porque no querían involucrarse con quienes estaban organizados. Lo hacían por temor,

también, porque en ocasiones, cuando hay alguna organización o grupo que apoya, se endurece la situación, te ponen más trabas. Entonces, a veces por temor, algunas gentes no querían estar juntas con otras. Porque también había gente que decía que sola era más fácil que le entregaran a su familiar, que porque decía: "Pues uno no es tanto, ¿no?".

Entonces algunos lo buscaban de manera individual, pero luego nos empezamos a juntar a buscarlos. Ya había más fuerza, porque ya nos unimos y hacemos una presión con más gente, y eso te quita el miedo de luchar por tu desaparecido.

De la universidad de Guerrero, muchos apoyaban a los familiares; la gente intentaba pues moverse y se hicieron pintas en las bardas como una manera de visibilizar la situación.

No era como hoy porque hoy hay organizaciones de derechos humanos, hay instituciones de derechos humanos nacionales e internacionales que apoyan a las víctimas, hay periodistas, y ahora con las redes sociales, en el Facebook o el Instagram, por ejemplo, se suben las imágenes de quienes están desaparecidos con los datos y todo, y también es una forma de presionar. En aquel tiempo como que la gente estaba más desprotegida.

Hoy día los colectivos, a veces, se basan en testimonios anónimos para buscar, y qué bueno es cuando encuentran a las personas, aunque a veces no en la forma que quisiera su familia, pero al menos ya descansan, ya tienen su resto a donde llevarlo. Y en cambio nosotros en eso no avanzamos, no hemos tenido hasta ahora la paz de encontrar el ser querido. Queremos saber dónde está, dónde lo dejaron, qué le hicieron, qué tanto pasó. Actualmente una de las cosas que también ha sido básica para encontrar a las personas han sido los celulares; el seguimiento de las sábanas de llamada ha sido muy importante, por eso han podido encontrar a algunas personas hasta con vida. Eso también es una ventaja para los familiares de hoy. Qué bueno que hoy en día hay muchas pruebas o posibilidades de algo que uno ve imposible.

La ciencia también va avanzando, ahora usan los drones y también hay aparatos, equipos que estudian a cierta distancia de la superficie de la tierra si fue movida o no fue movida. Entonces ya uno va más certero, más seguro. Y ya con la información que trae el individuo, ya con eso va uno más seguro de que allí hay algo, de que allí vamos a encontrar algo. Y ya encontrando el lugar, la búsqueda se maneja de otra manera; pero en aquel tiempo era imposible todo eso. La única herramienta fuerte de la familia era el amor al ser querido desaparecido y el

compromiso de tratar de encontrarles, esas eran las herramientas que teníamos: la fuerza, el dolor.

Tampoco las familias hacían una denuncia ante una institución como la Fiscalía, que en aquel tiempo era la PGR. No se podía hacer porque no te aceptaban que pusieras un recurso legal o una denuncia; no te aceptaban. En algunas ocasiones, algunas personas también fueron desaparecidas por ir a tratar de poner una denuncia por su familia desaparecida. Eso en parte es la diferencia con nuestro tiempo: hoy las familias tienen el acompañamiento, tienen el apoyo tanto nacional como internacional de organizaciones y pueden hacer sus publicaciones, es más fácil difundir la problemática que están viviendo.

Es distinto también porque nosotros no tuvimos la posibilidad de venir a buscarlos, de excavar, de encontrar. Para nosotros eso no funcionó ni se hizo. No se podía realmente ir a excavar; hacer una cosa de esas era imposible. Hoy las familias han roto con eso. Y muchas de ellas nos han dicho: "Es que el camino ustedes lo abrieron. Y precisamente por eso, por todo lo que ustedes han hecho, nosotros hemos logrado avanzar más".

Era cosa ahora sí que de atreverse, porque cuando se hizo la primera excavación con los de Iguala, la primera excavación ciudadana, fuimos familiares. Se hizo en Iguala esa primera vez. Y nos atrevimos a

ir, o sea, fue el atrevimiento de la gente de decir: "No, pues vamos a probar". Y se hizo.

Entonces después salieron otros grupos y empezaron a hacer lo mismo. Pero de Iguala surgió la idea. De esa primera experiencia que se tuvo, de "Los otros desaparecidos", porque también los familiares de Iguala, como ya se había dado lo de los 43 estudiantes de Ayotzinapa, le pusieron a su movimiento ese nombre. Ellos decían: "Bueno, pero si no los busca el gobierno hay que buscarlos nosotros". Entonces fue que se hizo la primera excavación y funcionó. Ahí se inventó porque en ese momento, para buscar, lo que hicieron los compañeros fue cortar varas y sacarles punta. Así fue como se inventó lo de las varillas. Todo eso fue una práctica que se hizo en esa actividad de Iguala.

Hoy también se busca en las calles, también se busca en las cárceles, también se busca en los hospitales, con los indigentes en la calle ya se han encontrado personas. También en los centros de rehabilitación. Entonces, hay otras maneras de buscar porque existe la posibilidad, y también, a pesar de todo, existe la apertura del gobierno para poder entrar a centros de reclusión. Hemos visitado en varios estados las cárceles. Por ejemplo, con la Brigada Nacional de Búsqueda se va a las iglesias, se va a las escuelas y esa es una manera de buscar

porque las personas probablemente pueden tener información de que por ahí hay un entierro.

Cuando hemos ido a las Brigadas de Búsqueda en otros estados de la República, hemos aportado lo poco que nosotros tenemos de conocimiento. Porque estuvimos tomando talleres en un momento con el Equipo Argentino de Antropología Forense y con el Equipo Mexicano de Antropología Forense sobre cómo está la tierra cuando la remueven y sobre las etapas de descomposición que presenta el cuerpo. Entonces hemos aprendido y hemos aportado eso. Por ejemplo, cuando subíamos allá con los compañeros de Iguala, les decíamos: "Es que no pueden sacar los restos, se tienen que tapar y se tiene que poner tierra encima para que después venga la autoridad y los saque". Eso lo aprendimos con el Equipo mexicano y el argentino; hay muchas cosas que también hemos podido aportar cuando hemos ido con los demás compañeros. Y así es como se han encontrado en ocasiones algunas personas que están desaparecidas. Entonces hoy hay otras maneras de buscar.

Ahora hay más posibilidades de hacer búsqueda, pero también es más terrible la situación por el crimen organizado. Antes tampoco se cuidaba mucho el gobierno de que no vieran que ellos se llevaban a la

gente, si hasta se los llevaban delante de la familia o del pueblo. Pero hoy es demasiado lo que pasa.

Hemos aprendido mucho de los colectivos de la actualidad, porque la mayoría de ellos están estudiando, están aprendiendo; es impresionante cómo hoy esas familias están preparándose para hacer lo que están haciendo. Eso no lo hicimos nosotros, quizás porque no tuvimos la posibilidad. Pero, por ejemplo, también de aquel momento al norte del país, las mamás, las hijas que eran grandes, se prepararon y se hicieron psicólogas, se hicieron abogadas, estudiaron. Aquí no hubo la posibilidad. La situación era distinta.

Una de las cosas importantes es que con las sentencias que salieron, por el caso de Rosendo Radilla de la Corte Interamericana y, sobre todo, por el amparo de la jueza novena de distrito en Guanajuato, las autoridades han cambiado el trato hacia nosotros. Ahora hasta nos preguntan; incluso en la última reunión que tuvimos con el fiscal, Alejandro Gertz Manero, nos dijo: "Si hay casos relevantes, uno es el caso de Radilla y, por supuesto, los casos de AFADEM que llevan ustedes". El Ministerio Público que lleva el caso dice: "No voy a empezar de cero por esa sentencia, porque esa sentencia me está diciendo de más de 300 militares que estuvieron aquí, me está dando quiénes murieron, quiénes están vivos, domicilios... O sea, me está

dando una información importantísima”. Eso nos dijo y no sólo eso, también la jueza dijo: “Tienen que hacerse monumentos o memoriales en todos los lugares que fueron sitios de exterminio, sitios de tortura”. Hay muchas cosas que la jueza puso en esa sentencia que son bastante importantes y que ahorita tienen trabajando a los ministerios públicos.

Ahorita nosotros estamos pidiendo más cosas. Por ejemplo, ahorita estamos pidiendo que nos acumulen todos los casos de AFADEM en el de Rosendo Radilla para que todos tengan la misma repercusión y no un solo expediente, y lo van a hacer. Entonces, los casos que dejaron en el estado de Guerrero también los van a atraer; o sea, eso ya es un hecho. Entonces, sí se ha avanzado y ha sido precisamente por los fallos internacionales, porque a nivel nacional no se ha avanzado tanto, sino que por lo internacional y por esta última sentencia de 2024 de la jueza novena de distrito de Guanajuato, que salió tan buena.

A las personas que hoy tienen a su ser querido desaparecido, ¿qué las mueve? También las mueve el amor a ese ser querido, y hacen todo lo que tengan que hacer. Pero en aquel momento era más combativa la gente, o sea, más aguerrida, pues iban hasta con palos. Íbamos a las marchas a gritar, a golpear las puertas de los funcionarios porque no nos recibían.

Hoy los reciben, pero igual no les resuelven. El que ha cambiado también su método es el gobierno, su manera de tratar a la gente. En un tiempo nos recibían todavía los del PRI, o sea, entrábamos tres, cinco personas y nos daban el cafecito, hasta nos daban el besito y platicábamos, pero nunca hubo respuesta. Y después con este gobierno de MORENA, casi no nos ha recibido, no nos quiere recibir el ejecutivo federal, porque finalmente las otras instituciones sí lo han hecho, pero igual no nos resuelven. Sólo nos reciben para que el tiempo vaya pasando y librarse, que se acaben sus seis años y ya, adiós. Y empiezan los que llegan después con la misma política.

Ahorita el gobierno está muy duro para nosotros. Ni atiende ni apoya. Te da largas. Y mientras tanto, ahí estamos, llenando el zócalo de pancartas y de todas formas, no te atienden. No es un gobierno que apoye al ser doliente. Tal vez sí te dan una audiencia con una comisión de cinco o veinte personas y te dicen: “¿Sabes qué? ¡Ve allá! Te vamos a recibir”. Y nos quedamos a ver qué resultados hay, pues lógicamente esperamos resultados positivos, pero a veces nada más nos reciben y dicen: “¡Retira el plantón y da fluidez a la circulación!”... Uno sólo quiere a su desaparecido.

Quienes han buscado o quienes hemos buscado, en su gran mayoría, somos mujeres. Hemos hecho marchas en las calles con

pancartas y gritamos: "¡Vivos se lo llevaron y vivos los queremos!". Hacemos mítines; en otros momentos hicimos huelgas de hambre, y todo lo que hemos podido para hacer presión. También hacemos comunicados de prensa y volantes con apoyo de otras organizaciones a nivel nacional e internacional. Igualmente hemos recabado testimonios de personas. Hoy hacemos excavaciones en la tierra con ayuda de la gente ya grande que sabe más o menos dónde fueron las torturas, dónde los tenía. Sabemos dónde podríamos encontrarlos y por medio de una máquina moderna se podrían encontrar esos restos. Además, se toman muestras de ADN de los restos encontrados. También participamos en las actividades de otro tipo en el colectivo. Y seguimos luchando, eso nos ha distinguido, nos ha caracterizado, porque no nos rendimos después de 50 años de lucha.

Montañas invisibles

En el largo camino de la búsqueda, muchas y muchos integrantes de AFADEM han fallecido. Sin embargo, su lucha y su empeño ha construido un legado inmenso, firme y permanente. Es por eso que las consideramos montañas invisibles, porque podemos obviar por momentos que también construyeron todos los logros de AFADEM, pero su ejemplo, sus enseñanzas y valentía siempre estarán en el paisaje de nuestra resistencia. Por esta razón, quienes hemos escrito este libro, dedicamos las siguientes páginas a recordarlas. Esto es lo que hemos creado pensando en ellas.

Es para ti, mamá

Alfonso Argüello Vázquez

Mamá, recuerdo que luchaste hasta lo último, lo que más pudiste. También quiero decirte que quedé yo en el lugar tuyo, luchando como tú me lo dijiste.

Como tú me lo dijiste, es nuestro deber. Espero que estés sin preocupación, pues yo sigo en pie de lucha, hasta que Dios me dé resistencia. Y aquí voy a estar apoyando, en compañía de todos. Te doy las gracias, mamá, por haberme dejado al frente tuyo.

Desde este mundo

Anaú Hernández Jaimes

Mis compañeros que caminaron sin rumbo, caminando aún desde donde se encuentren, desde este mundo continuamos luchando siempre, con todo el corazón. Te doy gracias por haber dejado tu gran legado, siempre te recordaremos; yo, hasta el final de mi existencia.

Mariposas

Clara Cabañas Arroyo

A mis amigas que ya no están:

Ustedes fueron como unas mariposas que andaban en pueblos y ciudades, buscando a sus capullos, pero el destino que les tocó fue no poder seguir sus sueños de encontrarlos y de decirles cuánto los quisieron, amaron, pero aquí se quedaron los hijos y padres y amigos, para seguir buscando hasta encontrarlos.

Mamá Juana

Hilario Mesino Acosta

Mamá Juana:

Te escribo esta carta recordando tu sufrimiento en busca de mi hermano Alberto, que fue desaparecido por un delito que no cometió. Te quiero decir que todos tus hijos sufrimos también. Mi papá y amigos recuerdan cómo lo buscaste en distintos lugares, sufriste hambre y sueño, hasta que también te fuiste para siempre. Quiero decirte que tu hijo e hija y nieta te seguiremos recordando y seguimos luchando para saber de tu hijo Alberto.

Ricarda

Margarita Flores Reyes

Mi hermana Ricarda falleció. Ella luchó mucho buscando a mi papá Marcelino Flores Zamora. Estamos luchando hasta encontrarlo.

Estoy tranquila por ti

María de los Remedios Galindo Batoz

A mi mamá, Genoveva Batoz Martínez, y a mi tía, María del Refugio Galindo Romero:

Querida madre te extraño mucho, pero estoy tranquila por ti, porque sé que donde estás, estás bien; ya no sufres por tus enfermedades y por la ausencia de mi padre. Espero que en el cielo se hayan reunido y estén felices. A mi tía Pulla, como le decíamos de cariño, le agradezco mucho por el tiempo que buscó a mi padre hasta que Dios la llamó al cielo. Gracias, tía Pulla.

Recordando a mi hermana querida

María Griselda Reyes Lara

María del Rocío Reyes Lara:

Hermana, te sigo recordando, como si tu partida fuera el día de hoy; me duele porque todo quedó inconcluso, sin haber logrado lo que tú querías, que era saber de nuestro padre y obtener verdad y justicia, pero le pido a Dios que me permita más años de vida para seguir luchando por nuestro objetivo. Siento tu presencia junto a mí, dándome ánimo; sé que ahí donde se desaparezcán mis fuerzas, Dios me las renueva. Tu lucha seguirá en la mía. No estás físicamente, pero siento tu espíritu; a veces me ruedan las lágrimas, pero también al recordarte siento alegría por lo que vivimos. No has muerto, porque estás en mi corazón. Te recuerdo con mucho cariño. Dejaste una huella en mi ser: ese amor de hermana incondicional. Si Dios te devolviera la vida, te escogería de nuevo como mi hermana.

Te ama,
tu hermana.

A mis compañeras

María Magdalena Hernández Navarrete

A mis compañeras, que siempre andábamos juntas:

Uno las extraña; se fueron con la esperanza de encontrarles, y mis abuelitas, con la esperanza de ver a sus hijos, que nunca regresaron. Todas éramos conocidas, son muertas recientes y éramos compañeras.

Mi mamá ya se fue, murió;
una las extraña a todas.

Gracias

Marina Gómez Valle

Te agradezco mucho, mamá, María Valle Nava, que me enseñaste este camino de buscar a mi hermano Esteban. Aquí estoy, mamá, te vuelvo a decir que te agradezco; aquí estoy con Tita, una gran amiga que tuviste cerquita de ti. Le agradezco mucho a Tita que está aquí, firme, en la lucha con nosotros, luchando por saber dónde están. Tenemos que tener en cuenta que ella está enferma y aún así aquí está firme. Cuando ella va a viajar, le digo a mi hija y nos ponemos a orar. A mí me da tristeza porque ella va y lucha y lucha y ahora yo ya no puedo ir con ella a acompañarla. Le agradezco mucho a la compañera Araceli Castro, a José Luis y su sobrino, que sé que no la dejan sola. Siempre le damos las gracias a Dios porque ella no le teme a nada. Esperamos en Dios que nos digan dónde están. Gracias a mi hija Lucina.

Que les recordemos

Narcizo Hernández Jaimes

Les agradezco que lucharon tanto tiempo y que ahora que ya no están, les recordemos; ustedes abrieron el camino. Especialmente a nuestros padres, que no los tenemos, les seguimos buscando. No descansaremos hasta hallarlos; nos hacen mucha falta.

Nosotras seguimos

Victorina Flores Reyes

A mi hermana Ricarda Flores Reyes:

Te extraño mucho. Donde estés, espero que te encuentres bien; nosotras seguimos luchando por saber de mi papá, Marcelino Flores Zamora.

A ellas y ellos que han partido

Tita Radilla Martínez

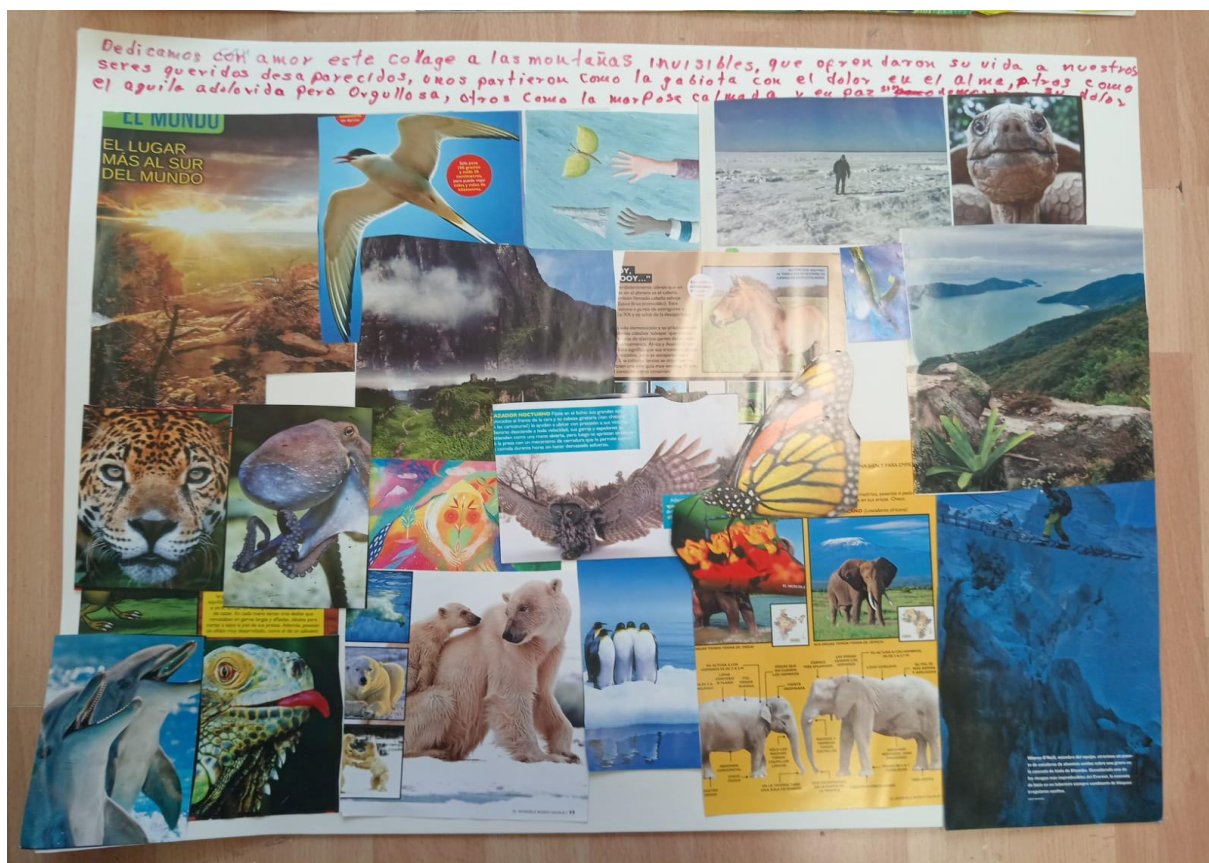
Montañas invisibles,
llenas de amor y dolor.
Hiciste hasta lo imposible
para encontrar a tu amor.

Nunca, nunca te rendiste
hasta tus últimos días,
y partiste hacia el ocaso
sin lograr lo que querías;
hoy tu lucha no termina
porque tu ejemplo quedó.

Los seguiremos buscando
con entereza y amor.

A las personas que ya no están

Dedicamos con amor este collage a las montañas invisibles que ofrendaron su vida en busca de nuestros seres queridos desaparecidos. Unos partieron como la gaviota con el dolor en el alma. Otros como el águila dolorida, pero orgullosa. Otros como la mariposa, calmada y en paz.



Los animales de esta imagen nos representan a todos, porque son fuertes: el tigre es el animal más poderoso de las montañas; el oso, la iguana, los delfines, los elefantes, también son muy poderosos. Estos animalitos nos representan.

Quienes ya no están nos dejaron esa fuerza; ellos están representados por los caballos, porque nuestros familiares eran campesinos.

Todas las Montañas Invisibles se fueron con ese dolor que también nosotros heredamos y que estamos heredando a nuestras generaciones, a nuestros hijos, a nuestros nietos, porque eso sigue heredándose en la familia.

También por eso se ve un puente y se ven las personas que van pasándolo, luchando por justicia, luchando por el pueblo para llegar a la luz. Además, ahí están unas manos que quieren alcanzar algo; son nuestras manos que están ahí queriendo alcanzar la verdad y justicia, a nuestros familiares, a nuestros seres queridos.

HILARIO MESINO ACOSTA
TITA RADILLA

Nuestras montañas invisibles

Agustina Pacheco Ramos
Amelia Reyes
Andrea Radilla Martínez
Ascensión Rosas Mesino
Calixta Vázquez
Carmen Galeana Fierro
Conrado Barrientos Radilla
Dionicia Benítez Rebolledo
Dominga Cabañas
Enrique Parra Rivera
Fidelina Gudiño
Fidelina Jiménez García
Francisca García Fierro
Francisca Reyes Castro
Genoveva Batáz Martínez
Guadalupe Mondragón López
Justina Juárez Bello
Leonarda Benítez Zamora
Leonarda Vázquez Aguirre

Longina Benítez Zamora
Margarita Cabañas Ocampo
María Arzate Torres
María del Refugio Galindo Romero
María del Rocío Reyes Lara
María Inés Lara
María Isabel Juárez Bello
María Trinidad Bello Lozano
María Valle Nava
Paula Alvarado
Ramona Ortiz Cabañas
Ricarda Flores Reyes
Romana Bello
Rosa Santiago Galindo
Severiana Mesino Acosta
Sixta Radilla Castrejón
Teófanés Martínez
Victoria Martínez Neri
Victoria Romero

Mis añoranzas

Muchas familias sin sus familias

Cuando mi padre fue desaparecido por el gobierno, yo tenía 12 años. Vivíamos en un lugar que se llama San Jerónimo, que está como a 20 minutos de Atoyac. Vivíamos allá cuando mi padre desapareció, pero yo nací aquí en Atoyac.

Al principio, vivimos en la Sierra del Paraíso, de ahí nos fuimos a Atoyac y al final nos fuimos a San Jerónimo. Mi padre regresó a trabajar al Paraíso (la sierra). Ahí es donde fue desaparecido por el gobierno.

Tengo malos recuerdos de ese tiempo porque se lo llevaron y quedé huérfana de padre, junto con un hermano que ya falleció. Al quedar huérfana, mi madre tenía que luchar para trabajar, para sostenernos y mantenernos, porque ya no teníamos papá. Entonces, fue muy difícil.

En ese tiempo, por donde quiera veías gobierno; por donde quiera se veían las camionetas del gobierno correr para un lado y otro. Esa fue la época que yo viví. Fue muy... ¿cómo le dijera?, muy lento ese tiempo.

Yo estaba chamaca, pero ya me daba cuenta, por lo que uno ve en las calles y por los comentarios de las personas mayores; sabía que,

para los campesinos, para los que trabajaban en sus tierras y su campo, era muy difícil por el gobierno.

Estaba Lucio Cabañas y cada campesino que hallaban, pues se lo llevaban. A ellos no les interesaba si estaban con Lucio. Había campesinos que no, por ejemplo, mi padre. Mi padre fue campesino y él nunca estuvo con Lucio Cabañas; él trabajaba las tierras de sus patronos. Yo nunca vi que él anduviera a su lado.

De la misma manera, yo no puedo decir si los campesinos andaban o no andaban con Lucio Cabañas, lo único que sabía era que él protegía mucho al campesino. Eran los comentarios que se oían: que los apoyaba. Yo no sé si económicamente o no, pero él los apoyaba, según decían.

El gobierno se le fue a toda esa gente, a toda la gente humilde, a toda la gente trabajadora, a toda la gente que tenía su territa.

Se llevaron a mucha gente inocente; mucha gente inocente se fue en esos tiempos.

Tocó vivir esa violencia, esa violencia de ese tiempo.

Y muchos quedamos sin nuestras familias, sin un padre, sin sus hermanos... se quedaron muchas familias sin sus familias a causa de esa violencia que hubo.

Contaron ocho soldados que les preguntaron

Carlos Acosta Gómez, hijo de Macario Acosta Serafín

Mi nombre es Carlos Acosta Gómez y el de mi padre es Macario Acosta Serafín, desaparecido el día 14 de agosto de 1974 en el camino real a Atoyac el Nanchal en el punto denominado La Laja, a las 9 de la mañana.

Él iba a su trabajo en compañía de mi hermano José Acosta Gómez. En ese punto que ya mencioné, empezaron a encontrar soldados que empezaron a preguntarles sus nombres. Contaron ocho soldados que les preguntaron; uno meneó la cabeza en son de aprobación y le reportaron al jefe.

Siguieron caminando y enseguida les volvieron a preguntar el nombre y ahí fue donde detuvieron a mi papá. Les quitaron los machetes y a mi hermano le dijeron que se fuera, que luego llegaba él a la milpa. Mi hermano iba a poner trapos alrededor de la milpa y a traer leña, pero llegó a la casa con la novedad de que habían detenido a mi padre los militares.

Desde ese mismo día empezamos la búsqueda yo y mi jefa (mi madre) María Luisa. Fuimos a preguntar al cuartel por él y nos dijeron

que ahí no estaba; nos regresamos tristes y en octubre fuimos a México con una comisión de 20 personas en donde pusimos la primera denuncia ante derechos humanos. Desde entonces se han hecho numerosas denuncias: la segunda fue en Acapulco, en el Palacio Federal ante el fiscal de ese lugar, y después en el año 2001, ante la PGR aquí en Atoyac, con la ayuda de AFADEM. Hasta este momento no hemos tenido resultados.

Como cosa de comer

María Argüello Vázquez, esposa de Preciliano Medina Mojica

Hacían estiba de panocha

Mi papá era cafetalero, era cañalero. Hacía lo que aquí se le dice la panocha; allá en la Ciudad se le dice piloncillo, pero nosotros aquí estamos acostumbrados a que es la panocha. De los trabajos de mi papá, pues se alimentaban varias personas, porque él tenía cañales grandes, tenía a mis hermanos y estaban todos en común: trabajaban una semana cada uno de sus moliendas. Y hacían estiba de panocha e iban a comprar a diferentes lugares; la traían aquí a Tecpan, otra poca a Atoyac.

Había varios cañales y pues de eso trabajaba la gente campesina; sus cafetales, sus milpas, y todos tenían sus animalitos. No toda la gente tenía ganado, pero muchos eran ganaderos; otros nada más andaban con sus animalitos: puercos, gallinas... Era lo que tenían en sus trabajos y de allí todos comían, y muchas personas comían de uno mismo, como de mi papá, que les daba trabajo a varios campesinos. Tenía dos cortadores de caña y tenía el calderero que atizaba la caldera.

La estoy contando y sigo

Cuando la guerrilla, yo fui una que participé, pero pues digo que nosotros no nos andábamos haciendo males que, dijéramos, andábamos asaltando, secuestrando, matando... no. Nosotros luchábamos por una causa justa, por la gente pobre; lo que pedíamos es como ahorita: mejoras para el campo, que hubiera carretera, escuela, salud, que hubiera apoyo para el campo. Eso era lo que pedíamos.

Y no era como dicen que acusaban al maestro Lucio. Mal, pues. Pero había otras organizaciones también; había una organización que hacía cosas que no debería de hacer. Es como sucede ahorita con los grupos que hay, hacían cosas malas y se le echaba la culpa al maestro.

Y el maestro era muy honesto y luchaba por la gente pobre y eso nunca se me va a olvidar; a mí no se me va a olvidar que nos dio buenos consejos. Agarramos experiencia de él, así que yo me siento orgullosa del maestro, y aquí estoy. Sobreviví; la estoy contando y sigo.

Yo en 1974 era muy joven, tenía 16 años, y ahorita, a esta edad que tengo, aunque son muchas las cosas que yo recordaba, ya las estoy olvidando. Hay veces que me pongo a pensar por las noches: esto, lo otro, pero ya después también se me olvida por el tiempo: el tiempo que hemos sufrido, que hemos luchado.

Yo pues todavía me siento luchadora contra los caciques, las gentes que nos hicieron tanto daño. Ahí está Luis Echeverría de Álvarez, que solicitó al gobierno extranjero de los Estados Unidos ayuda para combatir una guerra a la que le pusieron la "guerra sucia", pero yo nunca he aceptado que es una guerra sucia, porque la guerra sucia la hicieron ellos, el gobierno; no nosotros. Nosotros fue limpio, porque luchábamos contra los ricos para que vinieran los apoyos para los pobres.

Y también están los del gobierno principal de los años 70 y todos los presidentes que salieron de esa época; sólo estos dos últimos presidentes que han estado, López Obrador y Claudia, yo siento que han hecho cosas más buenas para nosotros.

Nosotros ya no lo vamos a ver, pero esperemos en Dios que acaben con la gente corrupta, que tanto daño nos hicieron.

Como cosa de comer

Sí, así me voy a morir, con esos ideales, y espero que algún día los descendientes de nuestra familia se sientan orgullosos por quienes han luchado. A nosotros, como luchadores, había personas que nos tenían o nos tienen coraje todavía. Es como todo ahorita: están todos contra los dos presidentes.

Es lo mismo que nosotros cuando luchamos antes, pero nosotros no tuvimos otros apoyos de gente que nos fueran metiendo comestibles, por ejemplo; quizás le hubiéramos aguantado más al gobierno, quizás hubiéramos luchado más y hubiéramos logrado otras cosas para los campesinos.

El gobierno es muy pesado cuando uno no tiene las armas, como con nosotros, campesinos que no tuvimos escuela, no tuvimos preparación. Aunque entre nosotros había preparados, esto no fue suficiente para combatir el gobierno, porque tenía muchas armas y era muy pesado: llegaba a las comunidades, intimidaba a la gente, violaba a las mujeres, se sacaban los hombres, se los llevaban, los desaparecían y hacían lo que ellos quisieran. Hablo de todos los niveles de gobierno, del judicial, policial, todo era malo de gobierno.

Fue un terrorismo de Estado en ese tiempo, y los que sufrimos vivimos de milagro. ¿Por qué?, porque nos cambiamos los nombres, nos cambiábamos de lugar, huíamos... nos buscaban como cosa de comer y siempre logramos escabullirnos. Somos varios sobrevivientes.

El gobierno hubiera investigado bien; yo estoy de acuerdo en que nos hubiera agarrado a nosotros los que participamos, pero no a los padres, los hermanos que no se metieron en nada. Había casos en los que nada más participaba uno de la familia, como en el mío. Nadie de

mis hermanos ni mi papá fue guerrillero, ni mis hermanos. Y así hay muchos compañeros que nada más ellos decidieron irse sin permiso del papá, de la mamá... sus familias no tenían culpa. Hubieran buscado a la persona, y no llevarse a los parientes. No todos teníamos la culpa.

A ver, a Rubén Figueroa no se le mató, al contrario, se le cuidaba, se le daba de comer. A la secretaria se le daba de comer, y a todos los que andaban, los cuatro que eran Luis Cabaña, Pascual Cabaña... se les daba de comer y se procuraba que fuera más bien que a nosotros, porque se mataban las palomitas para hacérselas a ellos. Se buscaban los huevitos de aves, de paloma, de chichalaca, los que fueran para prepararle a la secretaria. Y nosotros comíamos lo que chupábamos: sí, hojas, lo que sea que hubiera en el campo para sobrevivir.

A ellos, en ese tiempo que vivieron, no los dejaron morir de hambre, y todo para que después vinieran y arrasaran con toda la familia o cualquier persona, nada más porque decían: "esos fueron guerrilleros", y sin serlo, porque a veces en las comunidades también había personas que no se llevaban bien con aquel otro y ya decían: "Mira, aquel fue guerrillero". El gobierno arrasaba con todo, con todos y eso fue lo que no hizo bien el gobierno.

Lo que me duele es que el gobierno no investigó, arrasó parejo. Fue como un crimen de Estado que hizo el gobierno y eso no se vale,

porque, digo, por más delincuente que sea la persona, hay cárceles. Los hubieran agarrado, los hubieran castigado, quizás.

Pero ahora, si los mataron, ¿por qué no se lo entregaron a su familiar? Ahí lo hubieran dejado, que su familia supiera que están muertos, y no estuviéramos todavía en esto. Cada quien hubiera enterrado a su familiar y pues ya se acabó esto; pero no, el gobierno es malo. Es malo porque no investiga y culpa a veces a inocentes, y a los culpables los hacen de grado dentro del gobierno: están arriba. Y muchos que ya murieron, a los que ascendieron más, eran generales, como eran estos que venían aquí a la Ciudad de los Servicios y que asesinaban a los campesinos. A esos, llegando a la Ciudad de México, los ascendieron, les dieron cada vez un grado más alto, más alto. No hace muchos años que murió el general Acosta Chaparro, Quirós Hermosillo, todos esos que participaron en las ejecuciones.

Nosotros por luchar éramos delincuentes, nos perseguían, nos buscaban como cosa de comer, nos cazaban. Es lo que yo recuerdo.

**No decía yo nada,
nada más decía cosas dentro de mi corazón**

Alfonso Argüello Vázquez, hijo de Francisco Argüello Villega

Mi nombre es Alfonso Argüello Vázquez, y el nombre de mi papá es Francisco Argüello Villega. Nació un 4 de octubre, pero no recuerdo bien el año. Tenía como 80 años cuando se lo llevaron, el 29 de octubre de 1974.

Mi papá era un señor grande. Su cabello era lacio; sus labios, gruesos, la nariz chata y ojos cafeses. Usaba mucho el pantalón de mezclilla, la camisa cotona (que le nombran también de mezclilla) y sus huaraches eran de raya, de esos que se cruzaban nada más. Él compraba la correa y los hacía; los acomodaba; era lo que usaba, también su sombrero... Y ese era su modo de vestir. Su piel era morena, él era moreno claro. Sus ojos eran bien cafés.

A mi papá le gustaban los frijoles, el arroz; todo lo que sembraba era lo que le gustaba comer. Sembraba en su milpa. En la milpa sembraba jícama, arrozal, tomate, picante (siempre tenía su palanca de picante), su palanquita de tomate, no nos faltaba nada. Le gustaba criar marranos, y a mi mamá le gustaba criar harta gallina;

nunca nos faltaban las gallinas y harto huevo. Todo era abundante y todo se perdió.

Teníamos bestias, teníamos unos siete u ocho burros, y caballos con los que se jalaba el molino para moler la caña. Eso era todo.

Le gustaba a él comer sus frijoles sancochados. Cuando había frijol tierno, le gustaba el ejote tiernito con un pollo, calabaza nada más en caldito, hervida y guisadita en blanco, así con su chilito. Era lo que comíamos nosotros. A veces, mis hermanos agarraban un jabalí o un venado y nos lo comíamos. Pero en ese tiempo mis hermanos mataban a pocos animales porque había muchas cosas que comer en el campo. Cortaba el soyate¹ que hay en el mes de diciembre y enero. En diciembre la mata de soyateecha un cachito, nosotros le nombramos becerrito, ese se corta y se hierve. Ya que está hervido, se descascara y se le quitan los bracitos, ¡es una cosa tan sabrosa! Está un poquito amarguito, pero es bien saludable. Mi mamá lo guisaba

¹Soyate es una palmita con harta espina; es como un palo rollizo, le salen pencas y se le cortan para hacer escobas o escobetas. Da cachitos cerca del cogollo, en los meses de septiembre y noviembre, y esos se comen hervidos, machacados con picante. También es medicinal, sirve para el dolor de estómago.

con huevo y picante. Comíamos cosas del campo, todo lo que era del campo.

A mi papá nunca lo vi que peleara con mi mamá. Bueno, del momento que yo ya crecí, nunca. Siempre estaban contentos, nunca andaban discutiendo y a lo mejor lo hacían en otra parte para que uno no oyera, ¿verdad?, pero nunca lo vimos nosotros.

Mi mamá, cuando teníamos trabajo, se levantaba temprano, ponía su olla de café porque éramos muchos y luego, aparte de eso, hacía su olla de atole blanco. Eso era de todas las mañanas: su café y su olla de atole grande.

Cuando trabajábamos la caña sacábamos la miel, y en una tina le echábamos cosas de olores, por ejemplo, cacahuete o queso seco molido. Se batía y ya se hacían los piloncillos. Son panocha. Nosotros, entonces, eso lo comíamos con atole blanco. Se hacían de vainilla, de cascarita de limón, de cáscara de naranja, de vainilla, de todas esas cosas. De varios olores se hacían los batidillos. Les nombramos nosotros batidillos. Son parecidos a la panocha, nada más porque quedan blancos. Ahora que si lo echa al molde, se deja un rato y ya se cuaja y se voltea, le nombramos poche. Mi papá las hacía. Hacía un molde de barro y ahí echábamos la panocha; ya que se cuajaba, que

ya estaba fría, nada más volteábamos el poche y ya quedaba la panocha formada, maciza, dura... ¡Una cosa! A mí me gustaba eso. Yo sé moler la caña, sé cómo se saca la panocha, todo eso yo lo aprendí. Todo lo que mi papá aprendió, lo que él sabía, yo lo sé. Todo yo lo sé.

Mi papá era campesino, tenía cañales grandes. Molíamos en ese tiempo hasta seis mil gabazos de panocha, aquí le nombramos panocha, pues, pero su nombre en otros lados es piloncillo. Era a lo que se dedicaba él además de hacer milpa, sembrar frijol. Todo lo que se daba en el campo, lo sembraba: arroz, calabaza, de todo sembraba en la milpa y toda la cosecha la bajaba a Técpan, aquí a Atoyac. Por este tiempo, en Semana Santa, ya estábamos por terminar de moler, pero muchísima panocha se cosechaba.

Mi mamá tuvo varios hijos. Fueron dieciséis hijos, pero se murieron unos pocos chiquillos, chiquitos pues, y otros estamos vivos, siete hermanos vivos con mujeres. Apenas murió uno, tiene como unos 5 años que murió. Con mi mamá estábamos todos nosotros, todos sus hijos. Yo era el único más chiquillo, pero pues ya me ocupaban en el campo para arrear las bestias en el andén. Yo era el arreador de bestia y sacaba la punta de la caña que troza uno, la

amontonaba para dársela a las bestias en las noches y ya tempranito se levantaba uno a pegar las bestias en el andén, en la tranca, le nombramos nosotros, donde está el molino, para sacar el caldo, para moler la caña, pues. Era a lo que nos dedicábamos.

Siempre había militares por donde quiera. Muchos militares había, se la pasaban en los pueblos, en los barriecitos. Llegaban unos, estaban dos días o un día, y luego se iban, pero estaban los otros llegando. En cualquier parte de los caminos, en cualquier vereda, en cualquier filito de la sierra, ahí estaban los militares. Se iban esos soldados también, aunque estuvieran en el monte, llegaban otros y nunca estaba el camino solo. Cuando se llevaron a mi papá, pues fue en el año del 74 o 75. Fue ese mismo año que se llevaron a todos los de Río Chiquito.

Cuando se lo llevaron, estábamos almorzando tempranito dentro de la casa, me acuerdo. Eran como las siete de la mañana y llegaron unos helicópteros, de por sí había muchos soldados en el barrio, y de este lado del arroyo donde nosotros vivíamos también había hartos soldados. Entonces, entraron unos soldados y le dicen a mi papá: "¿Sabes qué, abuelito? ¡Queremos que nos acompañe!, el general lo manda a traer para hacerle unas preguntas nada más y hoy

mismo regresa aquí a su casa". Y dice: "No tenga usted miedo; nada más es para hacerle una pregunta". Entonces ya no nos tomamos ni el café, nomás le alcanzó a dar un traguito a su café y yo también al mío.

Así que me vine con él hasta donde pasamos el arroyo, hasta donde estaban los helicópteros. Yo me le pegué a mi papá. A mi papá lo llevaban adelante y luego detrás de él iban tres soldados, y detrás de esos tres soldados iba yo. Luego, detrás de mí, iban otros cuantos soldados. Llegando donde está el helicóptero, que me agarra un soldado y me da una sacudida, pues yo estaba chamaco en ese tiempo, de unos 13 años. Me agarra y me da una sacudida y me tumba lejos; y yo le dije su grosería. Mi papá alcanzó a ver y me dijo: "¡Hijo, regrésate! Al rato me van a traer". Me regresé.

El que se llevó a mi papá yo lo conocí bien porque estaba acampando allí, se iba y regresaba. Aunque había más soldados, se iba con los soldados que estaban allí, llegaban otros y él regresaba de nuevo con más soldados. Siempre allí. Ese fue el que se metió a la casa. Recuerdo su nombre, le decían Claudio, era sargento. Le decían Claudio y él era grande, cuerpo doble, usaba su cabello como apache, y usaba un paño. Siempre así andaba y era rara la vez que le vi una cachucha. Sí uniformado de soldado, de guacho, pero la gorra

poco se la veía. Era narizón, tenía un colmillo de oro y era caralarga, afilada. Era seguro. Me acuerdo bien de su voz. Yo seguido me acuerdo de su voz.

Cuando se llevaron a mi papá, todavía estuvo Claudio varios días allí. Yo chamaquito me iba a trozar la leña, allí a la milpa, porque quedan muchos palos, se secan y los prepara uno para la leña. Me iba y me acompañaba, no me dejaba solo, yo creo que me andaba vigilando. Siempre cuando yo me ponía a trozar leña decía: "Te voy a ayudar a trozar leña". Le respondía: "No, yo puedo". Se iban él y otro, pero yo notaba cómo me andaban viendo. No decía yo nada, nada más decía cosas dentro de mi corazón. Lo recuerdo bien, le decían Claudio, el sargento Claudio.

Mi mamá, cuando se llevaron a mi papá de Fincas Viejas, que es municipio de Técpan, anduvo buscándolo. Desde ese momento, mi mamá al otro día hizo el viaje. Mis hermanos se quedaron allí. A los tres días de que se lo llevaron ella se bajó aquí a Atoyac y se reunió con las compañeras. Venía al cuartel; no la dejaban entrar y se regresaba. Tardaba unos ocho días. Mis hermanos se bajaron a donde había familia, y yo me quedé solo, lo que se dice solito. Allá me iban a acompañar unos vecinos, unos chamacos que mandaban sus mamás

para que me acompañaran. A veces yo bajaba con mi mamá y luego bajábamos otra vez aquí al cuartel y no nos daban razón de nada. Pero ella fue la que inició la lucha con las compañeras y se unió a doña Tita, al grupo de todas las mujeres, y se iban a buscar a los desaparecidos mexicanos.

Cuando regresó, mi mamá me dijo: "Hijo vamos a irnos para que no te quedes solito". Dejábamos gallinas, marranos, todos los animales solos. Llegamos a Atoyac, con amigas de ella y más mujeres que se acompañaban; llegamos con una señora que se llama Agustina Tabarez, de aquí de Atoyac.

No nos dieron noticia de mi papá, de nada. Había unos helicópteros que pasaban y se paraban aquí, se sentaban y entonces las señoras, las mujeres de los soldados, nos dijeron que eran los heridos que traían del gobierno, de los que lastimaban. Traían heridos y muertos. Los bajaban allá, de aquel lado, y nunca nos dejaron pasar, así que nos íbamos, regresábamos a casa a cuidar hartos animalitos. Y ya yo me quedaba otra vez solo allá mientras mi mamá seguía buscando. Había veces que me pasaba hasta tres días sin comer nada. Había únicamente unos perros que me acompañaban. Los perros aullaban en la tardecita, se oía nada más la aulladera. Alrededor de la

casa había palo de guayaba y eso era lo que comía yo: guayaba, las frutas de los palos que daban guayaba ahí. A veces me mandaba de comer la amiga de mi mamá; me daba tortilla y frijolito con huevito.

Desde ese momento todo se perdió, todo lo que teníamos. Mis hermanos los mayores vendieron los terrenos grandísimos que tenían para buscarlo, porque para ir a México pues necesitaban dinero, y así se acabó todo. De todo lo que se vendió les dieron el dinero y se acabó buscándolo, y pues hasta la fecha no se ha encontrado. Yo soy el que sigo buscándolo.

Una vez fuimos a México. Mi mamá iba con varias amigas, allá en México, y una señora que se llamaba Rosario. Entonces fuimos con todas las amigas de mi mamá, las mujeres que también tenían familiares desaparecidos. Fuimos al palacio de la Procuraduría General de la República. Allá preguntaron al licenciado que estaba ahí. Lo primero que vio en la lista que tenían fue a mi papá, que era Francisco Argüello Villegas. Dijo: "Este señor que se llama Francisco se agarró en un enfrentamiento", dice, "peleando". Entonces yo le dije: "Eso que usted está diciendo es pura mentira, porque yo soy su hijo, y a mi papá se lo sacaron de adentro de la casa", le digo, "lo mandó a traer el general para hacerle unas preguntas y que lo iba a regresar en la

tarde, y ya no lo regresó, pero eso sé que usted está diciendo pura mentira". Y Luego: "Y así sacaron a mucha gente de sus casas que no eran guerrilleros. Mi papá ya era grande, ya tenía 80 y tantos años, 85 años", le digo, "¿Dónde cree que lo iban a agarrar peleando? Nosotros nos dedicamos al campo, a trabajar. Teníamos cañales. Así como agarraron a mi papá, agarraron a mucha gente que iba a su trabajo y ustedes están diciendo que son gente de Lucio", le digo. "No, son pura gente campesina que agarraron, que iba a sus trabajos". El licenciado me quería tragar nomás con la pura mirada. Entonces le dije nuevamente: "Ustedes le ponen aquí lo que ustedes quieren, pero todo eso es mentira". Yo estaba chiquillo, me acuerdo.

Algunas veces iba yo a México y algunas veces no. Mis hermanos también iban y cuando lo hacían, pues yo me quedaba. Me daba alegría porque pensaba yo que cuando regresaran ellos iban a decirnos que sí lo encontraron. Yo pensaba: "a lo mejor ahorita que ya van ellos lo van a encontrar donde lo tengan detenido"; eso me quedaba pensando. Ya después siempre iba con mi mamá a buscar a mi papá; entonces nos unimos con todas las demás personas.

Desde allí mi mamá siguió la lucha, aquí con doña Tita. Primero se unían las mujeres, iban a México. Mi mamá se llamaba Leonarda

Vázquez Aguirre. Después que ella murió, quedé yo en lugar de ella, buscando. Sigo yo en la lucha. Hemos ido a varias partes de México y hasta ahorita pues no se ha encontrado nada de restos.

Yo me he sentido así como cuando se llevaron a mi papá. Siento una tristeza grande de que se lo llevaron y sufrí mucho porque todos mis hermanos se bajaron a las partes donde había familia. Se fueron y quedé solo. Fue muy triste para mí porque yo en ese tiempo estaba chiquito: tenía 13 años. Tantito sentí alegría cuando vi a gente que iba a verme, del mismo barriecito, allí a mi casa donde vivía mi papá, donde vivíamos todos. Mis hermanos están regados por donde quiera, pues era una tristeza grande. Y luego el gobierno me veía solo ahí y me hacían preguntas: “¿Y tú por qué estás solo?”. “Se llevaron a mi papá”, decía.

Mi hermano, el mayor, fue a México y también fueron varios hermanos a México, pero pues dejaron de ir también por falta de recursos. Entonces nada más era mi mamá la que iba con las demás mujeres, y yo era el que iba con mi mamá porque yo era el más pequeño... soy el último. Ya que falleció, yo quedé en su lugar porque me pidió que cuando ya no pudiera ella, me quedara yo. Me dijo: “Porque tú fuiste el que estuviste con tu papá cuando a él lo

sacaron de adentro de la casa y tú debes de seguir la lucha cuando yo ya no exista”.

Ahorita nos empezamos a ver con doña Tita. Me siento alegre de que estamos unidos, organizados con todos. Y es todo, no sé cómo explicarme, pues yo no tengo palabras.

No sé hablar, pues, porque pues no tuve escuela. Cuando se llevaron a mi papá, tenía tres meses que me habían echado, iba a una escuelita de Conafe. Y ahí aprendí lo poquito que pude, pero ya se lo llevaron todo; todo se destruyó. Yo trabajaba para hacer las milpitas para que comiera mi mamá, para comer nosotros. Porque ya los demás hijos estaban con hogar, tenían sus mujeres y nada más yo con mi mamá. Mi mamá se la pasaba de pura gira y yo me quedaba y a veces me iba con ella. Por eso le digo que fue triste para mí, pero aquí estamos en lucha todavía. Mi nombre es Alfonso Argüello Vázquez y busco a mi papá que se llama Francisco Argüello Villegas.

El Campeón

Blanca Estela Valdovinos Galeana,
hija de Heriberto Valdovinos Nario

Mi papá fue desaparecido en el año 1977, y se lo llevaron el día 13 de diciembre a un costado del mercado Perseverancia de Atoyac. Él madrugaba todos los días para ayudarle a mi mamá a abrir su fonda a las cinco de la mañana.

Mi mamá vendía comida y al terminar se venía a la casa. En una de esas, caminando, se encontró con una señora y ella le dijo que buscaban a mi papá. Siguió caminando y al pasar por esa calle, estaba un coche negro; se bajaron y lo subieron al coche; eran del gobierno vestidos de civiles quienes se lo llevaron.

Mi papá era alto, delgado, con pelos de mechita, moreno claro, ojos negros y estatura de un metro ochenta. Tenía un huerto de café en un lugar llamado El Venado en el Municipio del Paraíso, Guerrero. También le gustaba jugar basquetbol en distintas comunidades como Samandre, El Rincón, Río Santiago y San Vicente de Jesús. Le decían El Campeón, era buen canastero.

Mi mamá, en paz descanse, trabajó duro para sostenernos y sólo estudiamos hasta la primaria. Mi mamacita nunca se volvió a casar, estuvo siempre cuidándonos. Hace cinco años falleció con la ilusión de

encontrar a mi papá; siempre lo buscaban mi mamá y mi abuelita Gabina Nario. Ella se iba a las huelgas de hambre en el Campo Militar número 1 y los soldados contestaban groseramente que se fuera porque también las iban a meter presas.

Hoy en día ya crecimos con un padre perdido. Somos cuatro hermanos, Sarita, Adán, Blanca Estela y Heriberto, que tenía 6 años cuando se llevaron a mi papá. Sarita era la mayor y ya falleció hace 3 años. No hemos recibido ningún apoyo por parte del gobierno.

No nos cansaremos de seguir buscando hasta encontrar alguna señal de él. Hoy gritamos: ¡porque vivo se lo llevaron, vivo lo queremos!

Atentamente, su hija a la que, desde niña, le hizo falta su papá.

Encontrarlo aunque sea viejito

Clara Cabañas Arroyo, hija de Lucio Cabañas Tabárez

Me llamo Clara Cabañas Arroyo, nací el 12 de agosto de 1960 en el Salto Chiquito. A mí me gusta el jardín, las plantas; me gusta también la música y el baile. También me gusta ayudar a las personas para que no estén enfermas, pues, que no pueden hacer su trabajo. Y convivir con las personas.

Soy hija de Lucio Cabañas Tabárez. Él nació en San Juan de las Flores. Se casó con mi mamá, que se llama Nicanora Arroyo Martínez y tuvo diez hijos. A Ella le gustaba trabajar en el campo, hacía pan. A mi abuelito, Eleno Cabañas Ocampo, le gustaba agarrar camarones del río. Mi papá trabajaba en el campo y también trabajaba en el centro, de peluquero; mi mamá vendía café con arroz frito y yo estudiaba el quinto grado en la escuela primaria Herminia L. Gómez. También íbamos a regar flores a la iglesia.

Vivíamos ahí en El Salto Chiquito, donde había unos árboles de ciruelo y una mata de plátano. Y mi papá iba a trabajar a la milpa, donde andaba arando y sembrando. Y yo me venía a los camarones todos los días, al río; nos pasaba el pango, la lancha, para el otro lado. Siempre me agarraba mis dos docenas para comer, porque a veces no

quería comer huevo. Yo me venía a agarrar solita los camarones y me los hervía.

Mi papá, hijo mayor de ocho hermanos, mantenía a todos ellos. Ayudaba a mis abuelitos sembrando hortalizas, maíz y frijol. Mi abuelita también ayudaba sembrando arroz. Cuando yo tenía siete años, nos venimos a Atoyac, ya que en el campo no nos alcanzaba para la alimentación y se nos murieron cinco hermanos por falta de médicos y medicina.

En Atoyac mi papá se puso a trabajar de peluquero, pero duró poco nuestra convivencia con él. Lo agarraron enfrente de la iglesia y de la peluquería. Cuando desapareció, le estaba cortando el pelo a un soldado. Lo desaparecieron en Atoyac de Álvarez, Guerrero, el día 27 de abril de 1974. Se lo llevaron de su trabajo, en la colonia Centro, al frente de la iglesia de María Asunción, más o menos como a las ocho de la mañana; fueron unos hombres judiciales vestidos de civil.

Mi papá era de piel blanca, pelo castaño, de ojos grandes, café claro, nariz regular, bigote chico, boca grande. Vestía camisa guayabera y pantalón color café con botas negras cuando lo desaparecieron.

Como yo era la más grande, a mi papá no le gustaba que yo saliera, entonces me quedaba en la casa. Mi mamá vendía arroz frito con café allí, en el centro, donde mi papá trabajaba de peluquero,

hasta que fue sacado por los hombres vestidos de civiles. Mi hermana que era la segunda después de mí, presencié cómo fueron los hechos, y mi mamá apenas se estaba arreglando para irse a trabajar. De allí vino mi hermana llorando a contar que lo habían agarrado los militares vestidos de civiles y fue así como empezó nuestro sufrimiento.

A mi papá, Lucio Cabañas Tabárez, le gustaba el deporte, le gustaban los gallos. Era alegre y trabajador. Los pensamientos de él eran hacernos una casa. Vendió todos sus animales para que nos la hicieran, pero sus sueños se truncaron porque se lo llevaron. Yo, como era su hija mayor, me acuerdo que él era bien cariñoso con nosotros. Él nunca me pegó. Él nos enseñaba a tocar la guitarra y componía canciones. Le gustaba jugar al gallo y a la pelota.

Cuando se lo llevaron, nos quedamos solos con mi mamá, y como estaba embarazada, no podía trabajar para darnos de comer. Yo empecé a trabajar desde los 12 años para alimentarnos. Cuando se llevaron a mi papá, mi mamá quedó embarazada de mi hermano el más chico, que se llamaba Juan; mi papá ya no lo conoció.

Estudié en la escuela Hermía L. Gomez hasta sexto año; ya no pude seguir estudiando, porque cuidaba a mis hermanos que estaban más chicos, y mi mamá salía a varios lugares a buscar a mi papá.

Sufrimos de hambre. Mi trabajo era en una casa, donde le ayudaba a la profesora Hilda Flores para que pudiéramos sobrevivir.

Yo ya no seguía estudiando porque me quedé sin papá. A los 15 años me casé, tal vez porque me faltaba el calor de mi padre, buscando salir adelante, pero como estaba muy chica, no sabía lo que era un matrimonio y nada más duré siete años de casada, con tres hijos, ya que mi esposo me dejó por otra. Él era mayor para mí, y tal vez busqué el cariño de mi papá, pues yo quería seguir estudiando pero ya no se pudo porque ya tenía a mis hijos. Después me volví a juntar con otra persona y tuve otros tres hijos, en total tengo seis. Pero me volví a quedar sola, como madre soltera, porque a mi compañero lo mataron. Volver a repetir lo mismo. Hoy vivo en Atoyac con dos hijos y mi mamá, que está discapacitada, enferma.

Mi mamá siguió buscando a mi papá hasta que se enfermó y ahora nosotros seguimos. Yo y mi hermana Joaquina, que es la segunda, andamos buscando a mi papá. Yo, como soy mayor, me encuentro con más enfermedades, pero así seguimos buscando, aquí y fuera. Mis hermanos, la más chica y mi hermano, se encuentran fuera y ellos no participan porque no tienen tiempo. Otro hermano no puede, porque se encuentra en Estados Unidos. Y Joaquina, como ella vio cuando a mi papá se lo llevaron, ahorita es la que está llevando el caso

de mi papá, porque mi mamá ya no pudo, ella tiene parálisis y se fracturó la pierna y ya no pudo seguir en AFADEM, pero nosotras, con mi hermana Joaquina, seguimos en la lucha con la esperanza de que algún día podamos encontrar a mi padre, en algún lugar, vivo o muerto, para darle cristiana sepultura.

¡Qué más quisiera yo encontrarlo aunque sea viejito!. Yo quise mucho a mi papá y no pierdo la esperanza de encontrarlo, ¡porque vivo se lo llevaron, vivo lo queremos!

“Te vamos a llevar, Lucio Cabañas”

Joaquina Cabañas Arroyo, hija de Lucio Cabañas Tabárez

Yo soy Joaquina Cabañas Arroyo. A mí me gusta convivir con las personas, me gusta salir a los eventos, a las marchas. También me gusta mucho trabajar para poder salir adelante. Me gusta convivir con mis nietos, y pues yo soy una persona muy alegre. Nada... Me gusta mi carácter, pues es así, risueño. Me gusta platicar con las personas. Y también me gustan las plantas, los animales y mi trabajo. También, apoyar a las personas; si yo tengo la posibilidad y otra persona necesita, pues la apoyo.

Yo me acuerdo que de niña me gustaba mucho el campo, los árboles frutales. Me iba a la orilla del río en temporada de las ciruelas y como el árbol estaba a la orilla del río, me gustaba ir a dejarle de comer a mi papá que estaba cerca. Me gustaba ver las hortalizas, el maíz, el arroz, el ajonjolí, los jitomates, los chiles. En la mañana, el campo, el aroma de los árboles, el canto de los pájaros, y el aire fresco de la mañana, a mi papá le gustaba tener bien limpia su milpa, y lo recuerdo chaponando.¹ Para mí fue muy especial mi papá.

En la casa donde vivíamos cuando era niña, el corral eran unos árboles que teníamos de ciruela y nanches, luego había gallinas y

¹Chaponar es limpiar la milpa con la tarecua y cortar las ramas con el machete.

pájaros; después, el río. Había un árbol de ciruela guinea (que es una amarilla y roja), y yo, cuando estaba chiquita, me iba a juntarla para comérmela. Y le llevábamos la comida a mi papá cuando andaba chaponando, que el jitomate, el arroz, todo eso.

Pues ahora no recuerdo qué más me gustaba porque yo siempre andaba atrás de mi papá. Siempre, desde que estaba chiquita hasta el día que se lo llevaron.

Cuando yo tenía cinco años de vida, vivía en el poblado de nombre El Salto Chiquito, Guerrero, del municipio de Atoyac de Álvarez. Vivía en dicho lugar con mis abuelos de nombre Antonia Tabárez de Jesús y Eleno Cabañas Ocampo; mi padre, Lucio Cabañas Tabárez y mi madre, Nicanora Arroyo Martínez, la segunda hija de siete hermanos. Me daba cuenta, a pesar de mi edad (cinco años), de cómo trataban a mi papá mis abuelos: lo hacían que a las cinco de la mañana se fuera a trabajar al campo, a sembrar maíz y frijol, entre otras hortalizas y cultivos. En tiempo de cosechas vendían todo lo cosechado y no le daban nada, ni como peón, por lo que pregunté a mi papá: “¿por qué no le pagan nada?”. Me contestó que era porque esas cosechas eran para los estudios de sus hermanos, para comprarles ropa y zapatos. Así, al no contar ni siquiera con dinero para curarnos, murieron cinco de mis hermanos, unos de meses y otros a los cuatro

años de edad, por falta de atención médica. Al pasar esto, mi mamá se fue a vivir con sus padres estando embarazada de mi hermano Albertano; nos llevó con ella a mí y a mi hermana Clara. Mi padre la siguió y buscó trabajo de peluquero en esta ciudad donde vivíamos cuando yo tenía la edad de once años. Luego, llegó el gobierno a la peluquería y de ahí se lo llevaron.

Mi papá era una persona bien parecida, de ojos cafeses claros, nariz respingada, boca grande, labios delgado arriba y grueso abajo, bigote pequeño de lado, piel blanca, pelo medio porungo² y ropa color blanca con rayas rositas, zapatos tipo botines color negro y pantalón caqui. Le gustaban las tortillas hechas a mano con un pedazo de queso fresco, salsa macha y frijoles de olla, y carne gorda asada. Era muy amable; le gustaba ayudar a las personas. Le gustaba trabajar el campo y la peluquería, cortar el pelo. Un día le dijo a mi mamá: “Nico, si me llegara a pasar algo, no quiero que cargues a mis hijas. Te lo pido por favor: cuídalas, no les pegues feo”, y mi mamá se molestó con él.

A mi papá le gustaba contar chistes, y lo rodeaban los muchachos, y a los señores les daba mucha risa. Le gustaba también montar a caballo e ir a las peleas de gallos en su caballo llamado Potrillo; se iba de la casa a otro pueblo en su caballo el Potrillo, un

² El cabello porungo es quebrado, medio chino.

caballo muy dócil y bueno. A veces ganaba un gallo y a veces perdía, pero no se enojaba mi papá; era muy risueño, era muy alegre, él casi nunca se enojaba.

Tenía un perro llamado El Chiquillo, lo mandaba a comprar a la tienda con un papel escrito, una bolsa de mandado y el dinero. El perro era muy obediente, se iba corriendo y le traía las cosas que le pedía, como una cajetilla de cigarros, galletas y leche. Llegaba a la tienda y ladraba y le daba la bolsa a la señora de la tienda. Le daban las cosas y se venía corriendo y se las daba a mi papá.

Era muy bueno mi papá, le gustaba ayudar a las personas con dinero, con trabajos, y siempre me decía: "Ay hija, mejor hubieras sido hombre". A mí me gustaba andar siempre con él, yo no me le despegaba. Sólo cuando iba a la escuela, pero saliendo me iba a la peluquería. Yo soñaba con ser doctora. Él me decía: "Échele ganas, estudia", pero desgraciadamente se lo llevaron, el gobierno.

Era una mañana... como a las ocho de la mañana; mi papá me mandó a comprar un cuarto de hielo porque mi mamá vendía agua fresca en temporada de la Semana Santa. Un 27 de abril llegaron unos hombres del gobierno armados. Yo acababa de llegar con el hielo y mi papá estaba cortando el pelo y, sin miramiento alguno, lo empezaron a jalonear y mi papá se resistía. Le dijeron: "Te vamos a llevar, Lucio

Cabañas". Mi papá les dijo: "¿Por qué?, yo no he robado, no he matado, no he hecho ningún mal a nadie", y el hombre con la cacha del arma que traía le dio en el estómago y en la cara. Mi papá empezó a sangrar y a jalones lo metieron al carro golpeándolo fuertemente en todas partes. Yo gritaba; no comprendía qué pasaba. Me acerqué al carro donde tenían adentro a mi papá, le dije: "¿Qué pasa, papá, a dónde vas?". Me dijeron: "Quítate; le vamos a dar una vuelta". Yo no entendía, me agarré del carro y mi papá me dijo: "Hija, dale esta cartera a tu mamá", y en cuanto la agarré, el hombre me la arrebató y me empujó para la banqueta, para que se fueran, y yo corrí atrás.

Un señor, me dijo: "Vete, dile a tu mamá que a tu papá se lo llevaron los judiciales". Y corrí a buscar a mi mamá para decirlo. Me la topé en un puente que hay por donde vivíamos. Le dije llorando: "A mi papá se lo llevaron en un carro blanco entre cuatro hombres". Mi mamá se fue rápido a buscarlo con la judicial y se lo negaron. Después se fue a Tépán de Galeana y nada tampoco.

El día que se llevaron a mi padre, yo sentí que mi mundo se acababa, pues yo siempre andaba pegada a mi papá. A los cuatro días que estábamos recogiendo sus cosas, llegaron los judiciales. Otra vez se dirigieron hacia mí y me preguntaron: "Niña, ¿quién se llevó a tu papá?". Yo los miré fijamente y les dije: "Ustedes fueron; usted me

quitó la cartera de mi papá y me empujó hacia la banqueta de la calle". Y entonces, se enojó y dijo: "Te vamos a llevar para que des tu declaración", y como estaban mis tías y mi abuelita con mi mamá, me jalaron hacia ellas y mi tía tomó un sarten, mi otra tía una escoba y mi mamá, también. Y como gritaban fuerte, llegó la gente y se fueron los judiciales. Yo sentí mucho miedo, sentí feo.

Y pues se truncaron mis sueños. Yo quería ser una doctora y mi mamá no pudo darme estudios por lo mismo que andaba desesperada, y pues, hasta la vez, no sabemos nada de mi papá, si está vivo o muerto, a dónde está. Sólo Dios sabe dónde está y a dónde lo tiraron.

Mi mamá quedó embarazada de mi hermano el más chico. A los días que se alivió de mi hermano, lo dejó al cuidado de nosotros, que éramos cuatro hermanos y, con él, cinco. Pero como nosotros estábamos chicos, no sabíamos qué darle de comer, no teníamos nada, ni qué comer. Íbamos a pedir tortillas para darle de comer a mis hermanos más chicos y nos cerraban la puerta negándonos las tortillas.

A veces nos daban tortillas duras; yo se las hervía a mis hermanos con agua y sal, comíamos así. Atrás de mi casa había un árbol de jobero grande y yo me subía hasta arriba a cortar jobero maduro, unas bolitas negras y dulces. Se las daba a mis hermanitos y se las comían con mucha hambre. A veces comíamos tortillas con limón y sal, pues mi

mamá se iba a buscar a mi papá a varias ciudades y tardaba muchos días, meses, buscando a mi papá sin encontrarlo.

Cuando fue a la Ciudad de México, se encontró a doña Tita Radilla que le dijo que se uniera a su grupo de ella, y mi mamá se unió a AFADEM. Y así pasaron muchos años hasta que le dio una embolia; quedó paralizada de la mitad del cuerpo. Mi hermana siguió en la lucha, pero como ya está grande, le daban mareos. Y un día me uní con doña Tita para buscar a mi papá, aunque sin encontrarlo, sin saber qué fue de él, dónde está, si está vivo o muerto: sin esperanza alguna.

Si están vivos nuestros familiares... Yo sólo quiero que ya nos digan a dónde los metieron, qué fue de ellos. Si están vivos, que nos los den, que nos los entreguen, y si los mataron, que nos digan a dónde los tiraron para saber en qué lugar están.

El maletín que usaba para llevar el lonche, la libreta donde anotaba el trabajo y la lista de las personas que estaban a su cargo

Guadalupe de Jesús del Carmen,
hijo de Pedro de Jesús Onofre

Pedro de Jesús Onofre nació el 18 de enero de 1939 en El Rincón de Las Parotas, en el municipio de Atoyac de Álvarez, Guerrero. Él medía más o menos 1.75 metros de estatura, de cara robusta, pelo ondulado, ojos cafés, piel de color moreno claro. Cuando se asoleaba, se veía como color rojizo. Su pelo era como color café, de cejas pobladas. Tenía una verruga casi a medio bigote. Por una caída que tuvo, se le formó una bola del tamaño de un aguacate en uno de sus pies; por eso nunca pudo usar tenis, ni zapatos. También por eso no fue aceptado en el servicio militar nacional.

Yo conviví con él muy poco. Lo que recuerdo es que él trabajaba en Acapulco cuando yo tenía unos 6 o 9 años. Cuando yo tenía de 10 a 11 años, él trabajaba en las camionetas pasajeras y también trabajaba en el campo. Muy pocas veces lo acompañé al campo porque yo estaba en la escuela. Mi papá pagaba los centavos de renta donde vivíamos y uno de sus anhelos era ahorrar dinero para

comprar un terreno y tener una habitación. También él deseaba que yo siguiera estudiando hasta terminar una carrera, lo mismo que para mis hermanos.

Cuando yo tenía 12 años, mi papá, mi mamá y mis hermanos se fueron a vivir para Atoyac y a mí me dejaron con mi abuela y mis tíos. Ya viviendo en Atoyac, entró a trabajar en los caminos rurales de Atoyac-San Martín; después, lo cambiaron a Técpan-Santa María y al último trabajó en los Canales del Ticuí. Ahí lo desaparecieron el 20 de septiembre de 1974.

Unos compañeros de trabajo llegaron con la noticia para mi mamá. Eran como la una o dos de la tarde. Le llevaron el maletín que él usaba, mi papá, para llevar el lonche, la libreta donde anotaba el trabajo y la lista de las personas que estaban a su cargo. Le dijeron que a mi papá lo detuvieron en una concentración que hubo en la explanada de la fábrica del Ticuí, que si quería verlo, que fuera inmediatamente al cuartel militar, porque para allá lo trasladaron en una camioneta de la Pepsi, a él y muchos más. Después, yo llegué de la escuela secundaria, me sirvió de comer y se fue a indagar al cuartel para ver si le decían el motivo de por qué se lo llevaron.

Y solamente sueño

Guadalupe de Jesús del Carmen,
hijo de Pedro de Jesús Onofre

Mi nombre es Guadalupe. Yo he soñado con la casa en donde yo viví cuando era niño... apenas hace dos noches la soñé. Estaba yo viendo esa casa, de lejos.

En ese tiempo, era la primera casita que estaba para llegar al Rincón de las Parotas. Ahí vivíamos nosotros en el año 67, 68, más o menos, y recuerdo que era la primera casa sobre la carretera que va rumbo al Paraíso. Y yo no sé por qué sueño mucho con ese lugar. Es que ahí hay recuerdos, hay cosas, ¿verdad?

Dentro de esta casa había un molino de mano, en donde molía mi mamá. Y me acuerdo que mi mamá me amarraba en ese molino. Me amarraba de los pies y me ataba para que yo no saliera afuera de la casa, porque yo quería jugar.

Las demás casas estaban como a cien metros de lejos de las otras casas. Yo le decía a mi mamá que quería jugar y ella no me dejaba jugar. Y cuando ella se iba a lavar o se iba a traer agua al arroyo, me decía: "para que no te vayas a salir, te voy a amarrar". Y me amarraba de los pies y me ataba al molino. Y pues yo no sé,

siempre he soñado eso, y me pregunto por qué sueño eso, si esa casa ya ni existe.

Allí ya viven otras personas, y viven familiares que nos quitaron los terrenos; eran como tres hectáreas de terreno que teníamos ahí... nos las bajaron. Las tierras donde mi papá sembraba frijol, que estaban en El Rincón de San Andrés, nos las quitaron. Donde él hacía milpa, por allá por el Chachalaco, también nos las quitaron. A nosotros nos dejaron sin nada. Y solamente sueño, sueño ese lugar donde yo viví.

Y mi papá, pues casi no estaba, según mi papá andaba trabajando en Acapulco. Llegaba cada 15 días, el día viernes o sábado, y el lunes se iba tempranito y casi no estaba con nosotros. Por eso quise escribir esto, porque es lo que se me ha venido la mente. Digo: "No, pues apenas antes soñé esto". Pues voy a escribirlo. Sí. Y aquí está mi escrito.

Ahora son ustedes

Lorenza de Jesús del Carmen,
hija de Pedro de Jesús Onofre

Mi nombre es Lorenza de Jesús del Carmen. Mi padre, Pedro de Jesús Onofre, fue desaparecido en el año 1972. Yo era una niña de siete u ocho años cuando a él se lo llevaron. Nosotros veníamos aquí al cuartel de Atoyac a buscarlo con mi mamá y mis hermanas, con miedo... porque le teníamos miedo a los soldados.

Mi mamá se llama Guillermina del Carmen Castro, ella siguió buscándolo; estaba embarazada y así anduvo. Ella, no sé cómo le hacía, pero juntaba para su pasaje. Ella se iba a Chilpancingo, a Acapulco y fue hasta México, al campo militar número uno. Por ahí anduvieron haciendo marchas. Yo no sé cómo hacía para comer ella, y embarazada. Debía de andar bien hinchada de sus pies de tanto andar por allá.

Después conoció a doña Tita y se unió con ella. Yo no sé en qué año fue, eso sí no lo sé. Porque nosotros éramos pequeños. Ella anduvo en todas las vueltas que se daban a México; donde quiera anduvo. Y después mi hermano, el mayor, siguió buscando, aunque ahorita sí casi no, porque ha estado enfermo. Apenas estuvo en el

hospital, se le subió el azúcar. Hasta ahorita, yo apenas hace dos años que me uní, después que murió mi esposo.

Es así como yo conocí a doña Tita, por medio de mi mamá. Porque ella aquí venía y ella nos invitaba. “¡Vengan!”, decía, “porque yo ya no escucho, ahora son ustedes. Ahora ustedes vengan”. Por eso es que estoy aquí.

“Ya lo busqué mucho: no está”

Margarita Flores Reyes, hija de Marcelino Flores Zamora

Yo me llamo Margarita Flores Reyes. Marcelino Flores Zamora, mi papá, nació en San Juan de las Flores, de allí se fue al Río Chiquito, donde lo desaparecieron. Nos dijeron que fueron los soldados. Lo agarraron aquí en Atoyac. Estaba comiendo y se lo llevaron con otros dos amigos.

Mi papá era de una estatura como de 1.80, por ahí. Estaba alto, tenía su pelo castaño, cafecito. Era cejudo, ceja ancha, con bigotes. Era blanquito, no era moreno, era claro. Mi papá era campesino. Él sembraba maíz y tomate, sembró su huerta de café... él sembraba todo eso, lo que era frijol, maíz, todo. Mi papá era muy tranquilo, muy buena gente. Él prefería ayudar a las personas. A la gente de allí, del Río Chiquito, como fue comisario, les dio tierra cuando llegó ahí. Él fundó ese barriecito y le dio terreno a toda la gente que le pedía. Fue muy buena gente, muy tranquilo.

Sus hijas éramos ocho, pero ya quedamos siete, porque una ya falleció: mi hermana. Cuando se llevaron a mi papá, nos quedamos solas y tristes; no tuvimos apoyo de ningún familiar.

Mi mamá, la señora María Reyes Zamora, tuvo que trabajar duro para mantener a mis hermanas, que eran chicas. Desde ese momento mi mamá inició una búsqueda y, hasta la fecha, hemos estado en ello. Mi mamá inició la búsqueda cuando yo era chiquita. Yo la hacía que viniéramos a buscarlo al cuartel. Ahí nos parábamos. Yo chamaca, yo lloraba. Le decía: "¡Vamos, mamá, vamos!". Ahí estaban los soldados en la puerta y a mí me decían: "No puede pasar". Decía mi mamá: "¿Ya ves?, te dije que no están, aquí no están". Le decía: "¿Entonces, mamá?". Mi mamá me decía: "No, pues vámonos" y me iba con ella ahí, puro llorando. Ella se unió con un grupo, me platicó que se iba al Campo Militar número uno.

Lo buscó allá en Chilpancingo; duró mucho y nosotras, como éramos chiquitas, nos quedamos ahí asustadas porque había gente que nos decía: "No, ya no van a regresar, porque ya fue tiempo". Nosotras llorábamos, pues. Estábamos chiquillas.

Para comer, íbamos a fregar trastes ahí a la fonda. Mi hermana, la más chiquita, era la que sufría más. Nos quedamos muy tristes porque mi mamá me dijo: "Ya lo busqué mucho, no está".

Yo como de 10 años me vine a trabajar a Atoyac con mi mamá. Nos fuimos porque no se pudo más. Cuando llegó el ejército, nos

sacó. De repente llegaron agresivos, que nos saliéramos de nuestras casas, que nos daban una hora.

Mi mamá se llama María Reyes Zamora. Ella vive todavía, nomás que ya no puede salir, ya no puede caminar. Vengo con dos de mis hermanas. Mi hermana Ricarda falleció; ella luchó mucho buscando a mi papá.

Que no desaparezca esta organización

María América Flores Reyes, hija de Marcelino Flores Zamora

Yo, María América Flores Reyes, como hija octava del señor Marcelino Flores Zamora, viví con ese sentimiento de tristeza de no conocerlo y no entender el porqué de su desaparición. Cuando se empezó con la búsqueda de mi papá, mis sentimientos de emoción, de encontrarlo, fueron para mí una esperanza.

Me gustaría que cuando se recuerde a mi papá, el señor Marcelino Flores Zamora, sea como una persona honesta, trabajadora, responsable, alegre. Él nació en San Juan de las Flores, Municipio de Atoyac de Álvarez, Guerrero. Era el hijo legítimo de Mariano Flores Salas y Antonia Zamora. Vivió en el Río Chiquito y contrajo matrimonio con la señora María Reyes Zamora, con la cual procreó ocho hijas que nacieron en Corrales del Río Chiquito, Municipio de Atoyac. Sus nombres en orden son: Victorina Flores Reyes, Bertha Flores Reyes, Herminia Flores Reyes, Margarita Flores Reyes, Ricarda Flores Reyes, que ya falleció, Marcelina Flores Reyes, Irma Flores Reyes y María América Flores Reyes.

Fue campesino; sembró café, maíz y frijol. Era comisariado del Río Chiquito en el año 1974. Era una persona alta y robusta; tenía cabello castaño, cejas pobladas, boca mediana, cara redonda. Sabía leer y escribir. Le gustaba ayudar a las personas. Era muy sociable y amiguelo. Usaba camisa, guayabera y pantalón de gabardina color café y beige; siempre andaba bien vestido, con sombrero.

Él desapareció el 2 de octubre del año 1974 y, desde esa fecha, mi mamá ha estado en la lucha de su localización. Después se integraron las demás hermanas mayores.

Como hermanas somos unidas y junto con mi mamá participamos en salidas y reuniones o apoyo en la búsqueda. Para nosotras no fueron nada más nuestros desaparecidos, sino generación tras generación hay muchas personas desaparecidas.

Aquí en Guerrero hay mucha violencia y muchas personas desaparecidas, creo que a las nuevas generaciones les tiene que interesar, porque realmente si no se alza la voz, siempre vamos a estar así; si no alzamos la voz de alguna manera, no nos van a hacer caso. Es bien importante conocer la verdad, más que nada. Que no desaparezca esta organización para que realmente algún día se sepa la verdad.

Yo siempre tengo la esperanza

Victorina Flores Reyes, hija de Marcelino Flores Zamora

Mi nombre es Victorina Flores Reyes y estoy aquí porque ando en busca de mi padre, Marcelino Flores Zamora. Mi mamá se llama María Reyes Zamora, ella es la que luchó mucho buscándolo.

Mi papá fue desaparecido el 2 de octubre de 1974 en Atoyac. Él apoyaba a sus amigos y no se metía en problemas, pero lo denunciaron y se lo llevaron, aunque era inocente.

Yo recuerdo cómo mi padre araba para sembrar su maíz; nomás araba una vez y con esa tenía. Nosotras íbamos detrás de él ayudándole a sembrar el maíz. Mucho le gustaba sembrarlo allí donde vivimos, en la comunidad del Río Chiquito. Quería que las hijas estudiaran, pero no fuimos de buena cabeza. La única que estudió fue la más chica.

Mi papá fue bueno conmigo. Yo fui la mayor. Mi papá nunca nos pegó. Él conmigo sí fue buena gente.

Fue en junio cuando lo vi la última vez a mi papá. En el tiempo que se lo llevaron, yo ya estaba casada y estaba embarazada, ya tenía

dos niños, una de cinco años y el otro de tres. Me alivié de un niño que nació en 1974, pero se me murió ese mismo año, a los tres días de nacido.

Nosotras fuimos ocho hermanas; en ese momento, cuando se llevaron a mi papá, ya éramos dos casadas, y mi mamá quedó con seis hijas, porque fuimos puras mujeres, no tuvimos ni un hermano hombre. Entonces mi mamá sufrió mucho, porque quedó sola con mis hermanas; no sé cómo pero buscaba la manera y ellas comían. Ella nunca las dejó morir de hambre y ni regaló a ninguna. Casi no tuvo apoyo de mi tío; él le quitó el terreno que tenía mi mamá, porque según éramos puras mujeres.

Las personas le dieron la espalda a mi mamá en esos tiempos en que a mi papá se lo llevaron.

Ella fue la que lo buscó y ya ahorita que estamos nosotras, pues nos dijo: "Yo ya no puedo, yo ya luché mucho, ahora les toca a ustedes". Y por eso es que yo aquí ando todavía, porque quiero saber de mi padre: qué fue de él, qué hicieron con él, siquiera ver los restos. Ya son 50 años. Yo siempre tengo la esperanza. Pero creo que me voy a morir y nunca voy a saber de él.

Mi hermana Ricarda era la que andaba conmigo; ella ya murió. Cumplió dos años de muerta el 30 de marzo de 2025. Ella era la que andaba conmigo buscándolo y era más joven que yo. También yo me voy a ir; le digo a mis hermanas que ellas sigan, porque yo ya me la paso pura enferma.

Gracias a Dios puse mi negocio y ahí vendo. Mientras esté viva, tengo que seguir trabajando para comer. Como familia, nosotras estamos unidas luchando por saber de mi papá.

Me acuerdo de mi papá como un sueño que yo tuve

Alberto Flores Sánchez, hijo de Tomás Flores Aguilar

Yo soy Alberto Flores Sánchez. Nací el 8 de agosto de 1970. Hasta ahorita tengo 55 años. Yo busco y seguiré buscando al señor Tomás Flores Aguilar, quien fue mi papá o sigue siendo mi papá. Cuando desapareció, yo tenía 5 años, pero sí me acuerdo de esa desaparición, no por historia, no, sino simplemente por haber vivido yo esos hechos y los comentarios de mi mamá. Esto sucedió el día 9 de octubre de 1975, cuando la Guerra Sucia.

Yo era de los hermanos menores, tenía 5 años. Me acuerdo de mi papá como un sueño que yo tuve. Es muy doloroso porque envidio a la persona que tienen a su papá, yo no lo tengo. El único recuerdo que yo tengo de esa época es de cuando yo tenía esa edad, de 5 años, que llegó mi papá de trabajar. Me acuerdo que fue un sábado y que llegó como a eso de las cuatro de la tarde. Él venía de trabajar con una sandía grande en brazos para nosotros y pues nosotros la repartimos y con mis hermanos pequeños empezamos a comerla. Me dio alegría ver que venía mi papá con pelo chino, con patillas, de bigote; era una persona muy seria. Nosotros siempre recordamos esa

historia y platicamos en convivio cuando nos juntamos con los hermanos. Él era una persona muy muy pacífica, humilde, se podría decir, sin estudio. Esos son los recuerdos que yo tengo de mi papá.

Donde yo crecí, yo empezaba a correr, a conocer así sus lugares. Es muy famoso el río de Atoyac; en aquel tiempo el río era muy bonito, estaba lleno de agua. Ahora llega la temporada de las secas y el río también se seca.

Él se encontraba en una comunidad del municipio de Atoyac, y él se encargaba de andar cultivando el campo, el maíz. Sembraba jitomate, dice mi madre; ellos de eso se mantenían, del campo, y hasta la vez que lo seguimos haciendo. Nosotros también somos campesinos, igual que ellos. Hasta esta fecha me he dedicado al campo; ahorita estoy trabajando con un patrón, que es manguero.

Yo siembro maíz. Tengo a mi esposa, tengo a mis hijos que van a la escuela. Es por eso que yo tengo que estar aquí, en busca de trabajo. Tengo uno, pero no es un trabajo de planta, sino que son trabajos eventuales. Entonces, se termina la cosecha y otra vez a buscarle, ora sí que la manera de sobrevivir.

Atoyac ha cambiado mucho. Su gobierno, no malo ni bueno, pero su gobierno, ya no es el gobierno aquel. Mucho ha cambiado:

sus calles y hasta su mercado han cambiado bastante. Y la vida en Atoyac no es cara, simplemente se tiene que trabajar diario para ese kilo de tortilla, para ese vaso de agua que vas a tomar porque allá todo se compra.

En el pueblo donde crecimos no, por eso nos fuimos, porque fuimos a cultivar tierras, a sembrar maíz, porque mi padre sí nos dejó un pedazo de terreno, pero su propio hermano, o sea, nuestro tío, corrió a mi madre y nos lo quitó cuando mi padre desapareció. Pero por la buena conducta que tuvo mi madre y tuvimos nosotros, hubo una persona que nos regaló un terreno.

De todas maneras, para nosotros no hay descanso, porque tenemos que buscar el buen vivir de nuestros hijos, dónde coman, dónde ellos estudien.

No entiendo cuál fue la razón de la desaparición de mi papá por ese mal gobierno, pero bueno, eran sus políticas de ellos. Yo, a mi corta edad de 5 años, no sabía la realidad, pero por los comentarios de mi madre, de mi abuelita, que en paz descansa(porque ella murió en la lucha buscando a mi papá), supe que mi padre fue detenido por el ejército mexicano en un puesto de revisión que se encontraba en Técpan de Galeana.

Yo fui creciendo y fui dándome cuenta de que el ejército en ese tiempo era muy estricto, era muy pesado a diferencia de ahora. Pero en aquel tiempo sí, pues la ley era muy estricta y no existían los derechos humanos. Ahorita, gracias a los derechos humanos, estamos viviendo ahora sí que en paz, pero en aquel tiempo, la ley y el ejército mexicano eran muy estrictos y se recibían órdenes de desaparecer a la gente.

Ya con el tiempo me enteré de cómo se trataba a la gente, a los campesinos que eran agarrados en poder de los militares, cómo los trataban. Me dijeron que en ese tiempo los agarraban y se los llevaban a la 27 zona militar, que llevaban los helicópteros llenos de campesinos amarrados en costales, pues ahí había en el cuartel una bolillería y, con esos costales de harina que sobraban del bolillero, del área de cocina, ahí echaban a los detenidos y se los llevaban en helicóptero y los arrojaban en Pie de la Cuesta, porque ahí estaba su base de los helicópteros. Y se iban al fondo del mar. Allá tiraron a los detenidos, presos. Una vez me dijeron: "Realmente ahí podía ir tu papá, ¿cuándo lo vas a encontrar? Pues, ¿si te lo comieron los tiburones? Así te metas mar y tierra, nunca vas a encontrar a tu papá,

porque esa era la orden que daba el general". A mí no se me olvida, siempre lo tengo presente.

En esos momentos en que mi papá fue desaparecido, se le informó a mi mamá, a mi abuelita, allí en la colonia en Atoyac —porque ahí vivíamos—, que habían bajado a mi papá de ese autobús. Él iba con un compañero; él era albañil y el compañero que iba con él era ayudante, se puede decir. Entonces, mi abuelita acudió allá a la división de Técpan de Galeana, y el comandante de ese puesto le dijo que ahí no habían bajado a nadie de ese nombre. Y ya mi abuelita se regresó al batallón, se fue a Acapulco, se fue a México. Y pues hasta la fecha no sabemos nada.

De ahí empezó la lucha de mi mamá. Entonces mi abuelita fue la primera que empezó a moverse. Dice mi mamá que en ese tiempo mi papá tenía un ahorro en el banco. Y ese ahorro mi abuelita lo empezó a usar para moverse y andarlo buscando... No, fue inútil. En todos los lugares a los que ella acudía nunca tuvo información. Para buscar a mi papá, andaba yo en movimientos de lucha acompañando a mi mamá, marchas políticas, nada más.

Después murió mi abuelita. Empezaron las organizaciones, antes no había esta organización de derechos humanos. Empezaron unas

organizaciones pequeñas. Apenas tiene como unos 15 o menos de 20 años que empezó a resultar esta organización. Y comenzó la señora Tita Radilla a apoyarnos con la lucha, porque ella también tiene desaparecidos. Y ahí anda la señora apoyándonos, ahí anda con los derechos humanos. Y por eso estamos nosotros súper agradecidos.

Ahí en esa área donde está la organización, pues yo he acudido a los trabajos que han hecho en búsqueda, sobre todo cuando viene la Fiscalía. Por ejemplo, cuando trajeron esa máquina que escarbaron ahí en el *stand* de tiro, en el 49 Batallón de Infantería, donde disparaban los oficiales. En aquel tiempo de la represión, ahí era un incinerador de basura. Los militares hicieron un hoyo, un pozo hondo y se comenta que ahí echaron unos pocos de desaparecidos. Un pozo hondo así que ahí echaron todo: uniformes, ropa, basura.

Entonces, cuando empezó la Fiscalía, derechos humanos ya andaba recio con un licenciado haciendo la investigación. Ya ellos, al sentir esa presión de que ya los derechos humanos visitaban ese lugar, pues empezaron a echarle mucho escombros, empezaron a tapar el hoyo para que no hubiera ninguna información. Cuando andaban ahí, yo ese día no pude ir. Dicen: "No, pues ya andamos en el stand de tiro libre, carnal". Yo dije: "Ahí que se quede la máquina; ahí van a

ver algo, van a encontrar". Pero dicen que encontraron puro pedazo de tela, de uniforme; eran de los militares que, cuando ya pasa el uniforme, o sea, hay mucho uniforme viejo, pues ahí se tiraba. Pero abajo de todo eso, ahí deben estar.

A mí me platicaron que ahí enterraban a los campesinos. Después de que los arrojaron al mar, ahí enterraron a unos pocos. Por eso ahí, al último, hicieron un hoyo donde está la comandancia, donde estaba el coronel, que ahorita está en la oficina de la presidenta. Les digo: "No, ahí no hay nada, ahí ni busquen, lo bueno está allá en el *stand* de tiro". Porque cómo es posible que van a enterrar los cuerpos a donde estaba el coronel. No; ellos los enterraban para allá por donde está el stand de tiro, ahí en toda esa área. Entonces, en esa área sí hay gente enterrada de los campesinos. Ahí el día que quieran traer la máquina, ahí busquen, ahí hay gente, algún huesito van a encontrar. En el 49 batallón de infantería, ahí en donde está la Ciudad de los Servicios hoy en día.

Es muy doloroso comentarlo, el dolor no se tiene en la mente, se tiene en el corazón. Los sufrimientos, ahí donde el corazón guarda todo.

La presencia de mi papá hizo falta en la situación económica. Hemos sufrido para poder crecer y sobrevivir, y mi madre nos crio sin estudios. Yo culpo al mal gobierno; siempre voy a culpar al mal gobierno de lo que no soy.

No tuvimos educación paterna, educación rígida que nos hizo falta, tan importante hoy en día, cuando andaba arriba de esos árboles corriendo peligro, cómo me hizo falta mi padre y cómo me sigue haciendo falta mi padre, por no tener estudio, por no tener esa enseñanza. Hoy me hace mucha falta mi padre y siento más la separación de él porque veo que los compañeros están bien, tienen a su papá, tienen su acomodo. Y por eso digo que los envidio por no haber tenido a un padre.

Es doloroso, porque ya se desapareció tu padre, ya te lo desaparecieron, ya no más no llegó y no llegó y no llegó. Es muy pesado esto. Nosotros crecimos, ahora así, como se puede decir, a la voluntad de Dios. Mi madre y Dios. Ella veía cómo nos daba de comer. Había días que no teníamos qué comer, pero no nos llenábamos. Crecimos, crecí, sin calzado, sin ropa, teníamos un solo pantalón. Cuando nos mojamos en tiempo de lluvia, así nos

acostábamos, húmedos, con la ropa húmeda, una sola cobija. Una casa pudriéndose, ya para caerse.

Gracias a la educación que nos dio mi madre, no soy muy perfecto que digamos, pero llevo una vida más o menos educada, porque mi madre se portó rígida. Ella quedó no sé si con un trauma, pero se volvió neurótica, porque nos regañaba mucho, nos pegaba, o cualquier cosa con lo que ella cargaba en mano nos pegaba, nos daba un mal trato; no era cariñosa con nosotros, por lo mismo de que ella se enfermó. Se enfermó por esa separación, por esa problemática que tuvo con la desaparición de mi papá. Esa fue su enfermedad de ella: se volvió muy neurótica.

Pero no nada más mi papá se perdió, se perdió mucha gente inocente. Inocente, porque la mera verdad era así. Yo sí estoy de acuerdo que hayan agarrado, apresado, a la gente si era culpable, pero para eso primero se informa, se tiene que sacar la información. Aquí a mucha gente los agarraron nomás para agarrar; era gente inocente, que no la debía y que no tenía por qué ser detenida y tampoco desaparecida de esa manera. Por eso hay cárceles, para castigar a los responsables, con erre mayúscula: Responsables. No nada más por decir "ese es", o porque había alguna madrinilla por ahí

que te estaba poniendo el dedo porque le caías mal. No, no era así, para mí que no era así. Porque ahí se fue gente inocente; no se valía que fueran detenidos y desaparecidos de esa manera.

Por eso yo, a toda esa gente que va a leer nuestro libro, les quiero decir que hagan conciencia de nosotros, del sufrimiento que llevamos; yo no tenía ni calzado, no tenía ropa, conseguíamos zapatos reventados, ya nosotros los cosíamos, le metíamos una grampa para que nos sirvieran para varios días(eran unas grampas de púas que estaban mal hechas). O sea, ¿qué morrito o qué niño va a poder acomodar sus cosas? Así que era un calzado mal hecho y al caminar, pues nos lastimaban. Todo eso es muy doloroso para uno.

Yo no soy político y ni quiero serlo, porque el mal gobierno se mueve por los políticos. De ahí viene el mal gobierno, de ahí se reciben esas órdenes, porque pues el político, según, está estudiando como político, pero no debería ser para que desaparezca a la gente o para que mate a la gente, es para que ayude al pueblo y gobierne para el pueblo. Entonces, antes se trabajaba de esa manera la política, si no, ¿de dónde salió el nombre "Guerra Sucia"?

Lo que quiero decir a nuestros lectores es que deseamos que, de hoy en adelante, lo que pasó con nosotros no se vuelva a repetir,

por nuestra propia juventud que tenemos el día de hoy. A esta juventud de hoy tenemos que cuidarla para que ahora sí sea futuro de nuestro México y no sea un desperdicio. Eso es lo que yo siempre quiero, que nuestros jóvenes—incluyo a mis hijos—, no sufran lo que la Guerra Sucia dejó: un río sucio de sangre, un mar lleno de sangre. Ahora no, ahora que sea un cambio, y a ese gobierno que existe el día de hoy, que haga ese cambio verdadero. Que se inclinen a ese cambio. Yo en vida le pido que haya un cambio para nuestros jóvenes, ya que para nosotros no lo hubo. Y pues ni modo, nos toca a nosotros las de perder, pero que ya no sean otros, que esto se pare. Ya estuvo bueno de tantos hijos, madres solteras, que cómo han sufrido. Yo lo digo por mi madre y cómo se las vio; pobre, mi madre.

Con esa tristeza de no saber nada de su hijo

Nicolasa Flores Vargas, hermana de Francisco Serrano Vargas

Mi nombre es Nicolasa Flores Vargas y tengo 60 años. Busco a mi hermano Francisco Serrano Vargas. Él se dedicaba al campo: trabajaba las huertas de café, sembraba maíz. Estaba blanquito, tenía cabello ondulado y era muy sociable.

Mi mamá, Margarita Vargas Pérez, fue la que anduvo en busca de él. Yo era una niña cuando a él se lo llevaron. Esa vez que lo detuvieron, yo recuerdo que estaba aquí en la casa y luego lo agarraron los militares.

Cuando estaba la guerrilla de Lucio Cabañas había militares en casi toda la República y vinieron por acá a la sierra. Escuchábamos que decían que cargaban listas de los que se iban a llevar.

Después de que se lo llevaron, mi mamá, Margarita, lo comenzó a buscar en los cuarteles o en prisiones; después lo fueron a buscar a Acapulco y llegaron hasta México, al campo militar número uno. También lo buscó su esposa, Gloria Hernández, pero nunca supo nada de él. Hasta ahora no sabemos nada, no tenemos ninguna idea de dónde quedó.

Yo he ido con doña Tita, porque mi mamá iba con ella, pero ya no pudo ir por su enfermedad, y pues hasta la fecha voy, aunque ella ya no está. La desaparición de mi hermano afectó a mi cuñada en la economía familiar. Ella era costurera cuando se lo llevaron, y ya después tuvo que aprender a hacer ropa, vestidos y pantalones; con eso sacó adelante a sus seis niños.

En cuanto a mi mamá, pues ahora sí que como era su hijo, siempre estuvo con esa tristeza de no saber nada de su hijo, y nosotros como hermanos también, pues no sabemos nada de él. Nosotros quisiéramos saber dónde está él o su cuerpo, cuando menos. Ya es mucho tiempo.

Otra vida y un pajarito

Imagino a mi papá con un pajarito porque él iba al campo y le traía palomitas moradas a una de mis hermanas que apenas murió. Él se las llevaba, porque ella no comía cualquier cosa, y él le traía del campo cualquier animalito para que comiera. Ella de pequeña fue muy enfermiza; él se preocupaba por ella y salía al campo a buscar. Ahorita ya no está ella, pero estamos nosotros y está su hija.

Yo recuerdo que nos quedamos sin él chiquitos. Yo era la más grandecita de las mujeres, y sí hemos sufrido. Desde pequeñas hemos sufrido mucho. Porque sí repercute todo desde la niñez hasta que uno crece y tiene su familia. Ya uno vive otra vida.

No debimos vivir así, porque mi papá nos hizo falta para darnos el estudio, para darnos cualquier cosa que necesitábamos. Éramos cinco y a mi mamá no le alcanzaba.

Los tres corazones de mis tres hijos siempre lo estarán esperando y también el de mi hermano. Toda la vida seguiremos esperándolo y guardándolo en nuestro corazón; siempre, donde quiera que vayamos.

“Pues sigues tú, hija”

María de los Remedios Galindo Batáz, hija de Julio Galindo

Romero

Julio Galindo Romero, mi padre, nació el 27 de mayo de 1941. Era moreno claro, de pelo lacio y negro, tenía su nariz grande, de ojos negros, boca grande, labios delgados; él era delgado y alto. Vestía camisa de botones de mangas largas, pantalones de vestir y huaraches de correa de cuero. Su comida favorita eran las patitas de puerco entomatadas y el café negro. Le gustaba ir al río a agarrar camarones los domingos e ir a bañarse al arroyo. Iba a la cancha del barrio a jugar basquetbol. Él no sabía leer ni escribir. Era campesino; sembraba maíz, frijol, chile y tomates. Llegó a ser comisariado de la comunidad de Los Valles, Guerrero, de donde era originario.

Julio desapareció el día 3 de diciembre de 1977. Mi papá tenía 37 años cuando se lo llevaron. A él le hubiera gustado criar a sus hijos; con mi mamá hubiera querido vernos crecer y compartir algo de su vida. Se lo llevaron los judiciales; lo sacaron de nuestra casa como a las once de la noche. Estábamos durmiendo mi madre, mis hermanos y yo cuando esos hombres llegaron tocando la puerta con golpes tan

fuertes que nos despertaron a todos. Mi papá se paró corriendo cuando escuchó que lo llamaron por su nombre, abrió la puerta y los hombres entraron, lo agarraron, lo amarraron de las manos con un mecate que tenía la puerta. Él andaba sin camisa y yo por mucho tiempo pensé que se lo habían llevado así, pero después de mucho tiempo le pregunté a mi mamá y ella me dijo que le alcanzó una camisa blanca de manga larga. Por eso siempre que lo sueño, lo sueño sin camisa. Es tan doloroso recordar, que estoy llorando mientras escribo estas líneas.

Me hubiera gustado haber crecido con mis dos padres. Mi papá dejó nueve hijos. Mi mamá empezó a buscar a mi papá. Mis hermanos mayores se fueron del barrio donde vivíamos y nos quedamos los más pequeños. Después, mi mamá enfermó. Duró mucho tiempo enferma. Cuando falleció mi mamá, mi tía María del Refugio Galindo Romero, hermana de mi papá, siguió buscándolo, pero después falleció ella también y seguí yo en la búsqueda. Sólo dos de mis hermanos me acompañan a veces porque los otros viven lejos, pero cuando vienen de vacaciones, me acompañan.

Yo hubiera querido que mi papá hubiera estado siempre con mis hermanos, con mi madre y conmigo, que no hubiéramos sufrido

hambre, abandono, tristeza y pobreza, porque mi papá nos daba todo lo necesario para vivir, y cuando se lo llevaron, todo se acabó. No teníamos para comer; en el pueblo nos dieron la espalda, no nos hablaban, decían que teníamos problemas, que no se querían involucrar con nosotros, que nos mantuviéramos alejados.

Bueno... yo soy María de los Remedios Galindo Batáz. Me integré al grupo en el 2019. Antes andaba una tía, hermana de mi papá; ella lo buscaba, pero desgraciadamente falleció. Mi tía se llamaba María del Refugio Galindo Romero. Antes de fallecer me mandó a traer y me dijo que siguiera yo, que nadie más podía hacerlo. Mis hermanos viven lejos y yo soy la única que estoy aquí, en Atoyac. "Pues sigues tú, hija". Y pues aquí andamos desde entonces, buscándolo. A ver qué se encuentra, qué nos dicen o qué se puede hacer. Sí, entonces aquí hemos andado.

Hay familias muy nuevas que siguen buscando y que no saben todo lo que pasó antes

Margarita García Nava, hija de Austreberto García Pintor

Mi nombre es Margarita García Nava, nací el 28 de septiembre de 1974. Busco a mi papá, Austreberto García Pintor, quien tenía 25 años cuando desapareció. Él era un señor gordito, no muy chaparro ni muy alto, era blanquito. Se dedicaba a trabajar en el campo sembrando café y también trabajaba abriendo brechas para las huertas.

Realmente yo no lo conocí, me platicaban mi mamá y mi abuelita de él. Cuando mi mamá, Zeferina Nava Hipólito, quedó embarazada de mí, mi papá se fue a su tierra a traer una hermana para que asistiera a mi mamá cuando se aliviara de mí, pero ya no regresó. Lo agarraron por los bajos del ejido, rumbo a Acapulco.

Mi abuelita, Margarita Hipólito Galeana, fue la que inició la búsqueda; anduvo en México, Chilpancingo y otros lugares buscando; así falleció. Nadie le dio razón de mi papá ni de otros dos hijos de ella, Macario Nava Hipólito y Esteban Nava Hipólito, que también fueron desaparecidos. Mis tíos, los mayores, fueron desaparecidos

antes que mi papá en San Vicente de Benítez, y mi abuelita se dedicó a buscar a sus hijos. También, cuando se alivió mi mamá, empezaron a buscarlos las dos.

Mi abuelita comenzó a buscar con doña Eleazar Peralta; iba a las huelgas a México. Después murió y quedó mi mamá en su lugar; ella conoció a doña Tita. Lo buscaron y, hasta la fecha, no se sabe nada.

Mi abuelita me platicaba, porque yo fui hija única y me crie con ella y mi abuelo porque mi mamá se fue a trabajar.

Me contaron que se lo habían llevado cuando lo de Lucio. Agarraron a inocentes, no tuvieron miramiento, nomás agarraron parejo. Estuvo bien complicado y fue muy horrible. A veces, en el camino, no dejaban pasar a mi abuela con nada de alimentos; el ejército se los quitaba en el camino... le decían que iba a alimentar a los de la guerrilla, que le iban a dar de comer al maestro.

También me contaba mi mamá cómo se alivió de mí, cómo entraron los soldados a la casa a buscar, a buscarlos a ellos, decían que los teníamos escondidos. Estaba muy feo; yo estaba muy chiquita y, como hija, deseé tener a mi padre, sobre todo el calor de él.

Mi mamá me dejó en la búsqueda; tiene tres años que murió ella y me dejó con Doña Tita; ella también me apoya, me echa la mano y me dice que no me desanime, que le echemos ganas.

Ya murió mi abuelita y murió mi abuelo, que buscaban a sus hijos. Murió mi mamá también y ya es mucho tiempo.

Nunca hallaron a mi papá. Las últimas noticias que tuvimos fue que en las cartas salió su nombre, que lo aventaron al mar en los vuelos de la muerte. Me desanimó, porque, ¿cómo va a ser?, ¿cómo van a probarlo? A veces ya quiero alejarme de ahí porque a lo mejor después toman represalias contra una; me da miedo que estén al pendiente también de lo que hacemos o decimos. Doña Tita me dice que no me desanime, que le echemos ganas, pero yo tengo mis hijos también.

Invitaría a los jóvenes a que se involucren, pero, por ejemplo, yo tengo mis hijos y tengo el temor siempre de que también les pase y por eso no los quiero involucrar mucho, para proteger a todos. No sabemos cómo nos tengan vigilados para que ya no hagamos tanto movimiento: el gobierno es traicionero.

Ya es mucho tiempo y nada de respuesta del gobierno, la siguen y siguen y siguen, no paran. Hay familias muy nuevas que siguen buscando y que no saben todo lo que pasó antes.

Que se sienta la lucha. Los que queden, que me sigan.

Hasta encontrarles.

Los esperamos siempre

Florentina Gervacio Benítez, esposa de Juan Zamora Hernández y hermana de Octaviano Gervacio Benítez

Me llamo Florentina Gervacio Benítez. Soy ama de hogar, me gusta hacer muchas tortillas. Para vestirme uso mis vestidos largos pues no me gustan cortos, y me gusta andar con unas sandalias porque camino mucho; sé caminar mucho. No me gusta estar sentada porque me da sueño, mejor me pongo a trabajar. Me gusta tener convivencia con mi familia.

Mis padres fueron Bruno Gervacio Flores y Longina Benítez Zamora. Mis abuelos paternos, Octaviano Gervacio Gómez y Lázara Gómez Flores. Mis abuelos maternos, Omobono Benítez y Guadalupe Zamora Rivera. Eran campesinos. Y mis abuelos eso le enseñaron a sus hijos, porque no había maestros, sino que se dedicaban al campo. Yo a mis hijos también les enseñé a trabajar el campo, y ellos también estudiaron. Mis hijos son tres. Esperamos, además, el regreso de mi esposo, Juan Zamora Hernández, y de mi hermano, Octaviano Gervacio Benítez.

Mi papá estaba enfermo y no podía caminar. Éramos nueve hijos. Yo era la quinta hermana y mis dos hermanos eran dos hombres, con el desaparecido, y dos hermanas menores que yo. Hasta el día de hoy quedamos cuatro: tres hermanas y un hermano, que seguimos esperando y no dejamos de pensar en él.

Yo viví en Río Chiquito, de donde era mi esposo Juan. Después nos vinimos a vivir al pueblo de San Juan de las Flores en el año 1945, para que mis hijos estudiaran.

Mi hermano, el desaparecido Octaviano Gervacio Benítez, nació el 16 de mayo de 1952 y desapareció el día 26 de junio de 1974, a la edad de 22 años. Dejó dos hijos: Octaviano Gervacio Serrano y Mariana Gervacio Serrano; ellos ahora también están en la búsqueda de su papá y sufrieron su abandono, que fue muy malo porque fue forzado, lo que hizo que sufrieran mucho.

Octaviano era de San Juan de Las Flores, trabajaba en el campo, en una huerta de café, maíz y frijol y tenía ganado. Jugaba con la pelota y los domingos también iba a la poza oscura a nadar cerca de San Juan de las Flores, a diez minutos caminando. En San Juan de las Flores hay manantiales, o sea que no había agua de tubería. Siempre le gustó el deporte; era alegre y trabajador.

A Octaviano Gervacio Benítez se lo llevó el ejército de aquí, de Atoyac, en un restaurante. Vestía un pantalón azul con camisa blanca cuando se lo llevaron a él y a su amigo, Eladio Serafín. Eran de San Juan de las Flores. Fueron los federales. Nosotros, sus hermanos y sus hijos, los esperamos siempre.

Juan Zamora Hernández era mi esposo. Nació el 8 de febrero de 1952. Sus padres eran Pedro Zamora Benítez y Juana Hernández Hernández. Trabajaba en el campo; campeaba las vacas, mulares... tenía marranos, gallinas y sembraba maíz, frijol y verduras porque hay río y hay mucha agua en los arroyos. Juan era el noveno hijo; eran cinco hombres y cinco mujeres nacidos en Corrales del Río Chiquito. Todos eran de campo, todos se veían como hermanos buenos, se miraban todos con mucho cariño. Era una familia feliz, se cuidaban con mucho amor, y después miraban a mi hijo como un recuerdo de ese tiempo. Mi esposo vivía con su papá Pedro y su hermano. Amorosa y unida era su familia, gracias a Dios.

A Juan Zamora Hernández se lo llevaron de una reunión de la escuela de Canales de Río Chiquito un 15 de agosto de 1974. Vestía camisa color vino, pantalón color azulito. Fueron los federales que

estaban en ese lugar. Hasta hoy estamos en espera de él. Sus tres hijos lo esperan, siempre, toda la vida.

En 1971 nació nuestra primera hija. Después, el 10 de enero de 1973 nació mi hijo Javier y mi tercera hija nació el 15 de enero de 1974. Estaba muy contento con ellos, decía que cuando crecieran les iba a dar lo mejor de la vida. Era una persona muy buena con ellos, los adoraba. Y se lo llevaron pensando en ellos que habían quedado tan chiquitos. Me dijo: "No te preocupes, yo voy a regresar porque no debo nada". Lo esperamos, pero ya no regresó. Ellos, sus hijos, van en la vida recordando siempre no perder la esperanza de encontrarlo, por eso sigo luchando hasta encontrarlo.

Siempre están ambos en nuestro corazón.

Con ese caos, con esa incertidumbre

Rodolfo Gómez Juárez, hermano de Asunción García Juárez

Me llamo Rodolfo Gómez Juárez, tengo 54 años, nací en 1971 en la sierra de Corrales del Río Chiquito. Ahí radicaban mi mamá y mi papá. Ellos se dedicaban a la siembra y el cultivo.

Busco a mi medio hermano, que se llama Asunción García Juárez y que desapareció el 30 de julio de 1977. Él tenía 22 años cuando desapareció. A mi mamá, Isabel Juárez Bello, le tocó la búsqueda en 1977.

Poquito recuerdo a mi hermano Asunción. Él era de piel blanca, con su cabello medio amarilloso, así como tirándole un poquito a rubio. No era tan alto, era chaparrón, y tenía ojos de colores. En su acción se decía que era muy bravo. Tengo más recuerdos de mi hermano mayor, Fidel; a él lo recuerdo un poquito más. Ellos se dedicaban a la labor del campo.

Mi hermano se fue al puerto de Acapulco y allá estaba trabajando, hasta que lo aprehendieron. Mi jefa declaró que supuestamente fueron los estatales. En ese entonces yo era chico, tenía seis años o siete años.

Mi hermano Asunción tenía una pareja; yo recuerdo que se llamaba Sonia. Era gordita y creo que era de Colima. Dicen que llegaron a la casa de un compadre allá en Acapulco, y después se salió y se fue a rentar. Fue su mismo compadre quien lo entregó. Dijo que él andaba con el profe Lucio. Él estaba dormido cuando le cayó la denuncia; su pareja estaba con él y ella fue la que hizo la llamada y nos avisó lo que había pasado.

Por muchas fuentes decían que estaba en el 49 batallón de artillería en Atoyac de Álvarez. Mi mamá con mi abuelita materna, que se llamaba Romana Bello Cabañas, lo buscaron mucho, en el ayuntamiento, en el Ministerio Público, en cuarteles de Acapulco y Chilpancingo. Andaban de arriba para abajo. Incluso a mi abuelita le desaparecieron a un hijo que se llamaba Carmelo Juárez Bello; es decir, era el hermano de mi mamá. Se los llevaron y ya no regresaron, entonces a los dos los buscaban. A veces se iba mi abuelita nomás, porque ahora sí que abogaba por los dos. Entonces, mi jefa se quedaba aquí y ella nos asistía y cuidaba. Los dos fueron unos seres muy queridos.

En esa época, si hablabas, el gobierno te reprimía; agarraban parejo, aunque no estuvieran involucrados. El gobierno llegaba a las

escuelas o hacía un cuartel. A veces el coronel Escobedo mandaba traer a mi mamá o a mi abuelita y decía que ya lo buscaban.

Cuando la guerrilla, andaban aprehendiendo a quien sea, hostigaban a personas para que señalaran a los demás y mucha gente se salió de su tierra. Mi familia se tuvo que desplazar también por miedo. Mi mamá con mi papá y mi abuelita tenían huertas de café; tenían casa y hacían siembra de maíz, de frijol y arroz. Solo subían ellos a las tierras, limpiaban el huerto, cosechaban y se bajaban, pero dejaron de hacerlo por el miedo.

En el caso de mi abuelita, le quedó un hijo, otro hermano de mi mamá. Él anduvo ayudando a sostener a los hijos de mi tío Carmelo, desaparecido. Ese tío Pedro ayudó mucho; incluso ahora lo tenemos nosotros como tío padre porque hasta nosotros alcanzamos ese apoyo. Mi tío se fue a trabajar a la siderúrgica de Lázaro Cárdenas y mi mamá asistía a mi papá; ambos se alquilaban en los campos, pues no tenían profesiones. Mi papá sí sabía leer y escribir, pero mi mamá no. Se dedicaban al campo, a andar de peones, y se iban a cosechar las huertas.

Como suele pasar cuando muere alguien, sabemos que hay una tumba, y entonces sabemos que ahí descansan sus restos. Pero en

estos casos, no; tenemos la incertidumbre de no saber dónde quedaron, qué pasó con ellos y no hay ningún resultado por parte del gobierno.

Las personas que buscaban se hicieron grandes y como que un poquito aceptaron esa realidad, de que a lo mejor los asesinaron, pues se decían muchas cosas, como que los tiraban al mar y que los mataron. Entonces como que perdieron la fe de encontrarlos. Y ahora muchos ya fallecieron; tanto mi abuelita como mi mamá ya se fueron y nunca supieron dónde quedaron a quienes buscaban; seguimos en ese caos. Yo siento que la desaparición de mi hermano sí afectó mucho emocionalmente.

La cuestión de la búsqueda ha sido muy importante. Buscar de manera colectiva, como hace doña Tita, es un apoyo para todas las familias que tenemos un familiar desaparecido. Ella hace un buen trabajo, y entonces uno confía en ella, porque no nada más fue su papá, sino que fue muchísima gente.

Me da un sentimiento muy nostálgico, melancólico, porque tanto mi abuelita como mi mamá, que buscaron a sus hijos, nunca encontraron nada, ni evidencia, ni una pista. Ellas se murieron sin encontrar... y con la esperanza. Se fueron con ese caos, con esa

incertidumbre. Yo sé que, si ellas estuvieran, seguirían con esperanza, con esa fe de saber de algo, pero es muy triste porque nunca supieron nada de ellos.

En el día hacía pan y en la noche hacía bolillo

Marina Gómez Valle, hermana de Esteban Gómez Valle

Esteban

Le gustaba el trabajo de panadero

Él habría seguido siendo panadero.

El desapareció yendo hacia Acapulco, iba a ver un trabajo de panadero en Acapulco.

Le gustaba ese trabajo.

No tenía ninguna relación con la guerrilla.

Me hubiera gustado que él siguiera aquí, que viera a mi mamá.

Él siempre con la familia.

Él trabajó de panadero, hacía bolitas.

En el día hacía pan y en la noche hacía bolillo

El bola

Yo soy Marina Gómez Valle, el nombre de mi papá es Paulo Gómez Hernández, el de mi madre, María Valle Nava y el de mi abuelito, Heligio Gómez. Busco a mi hermano Esteban Gómez Valle, que desapareció en 1974. Él cuando creció, a los 12 años, empezó a trabajar de panadero; hacía bolillo, pero no lo hacía bien, lo hacía bolitas. Por eso le pusieron Bola.

Él iba a trabajar y le llevaba fruta y cosas a mi mamá. También le hacía travesuras; le movía el cabello diciéndole: "péinate, viejita; péinate, mi hijita; mi niña, péinate!". Y mi mamá le decía: "¡Ay, sí!, ¿por qué es tan travieso?". Le daba de desayunar y él se quedaba

hasta recuperar sus sueños porque se desvelaba toda la noche. Él siempre era cumplido con su trabajo, porque trabajaba de noche. Era muy noble. Tenía su voz quebrantada, no era una voz fuerte, era sencilla. Su mirada era muy apacible, sus ojos eran café claro. No era muy alto ni muy chaparro. Vestía de manga larga. Era travieso sólo con mi mamá; él nunca le alzaba la voz. Le gustaba trabajar desde niño, nunca fue de andar en la calle.

En altito la huerta

En la familia fuimos tres mujeres sus hermanas. No recuerdo el número que le tocó a él, no sé si fue el quinto o el sexto. No he sacado la cuenta de cuántos años tiene. Yo tengo 80 y él era más chiquito, porque mi hermana la más pequeña de nosotras tres tiene 76.

El nombre de mi mamá es María Valle Nava, a mi mamá mucho le gustaba ir al campo a traer leña y mucho le gustaban las flores, sembrar sus plantas de flores. Criaba sus marranos y criaba gallinas, sabía tener muchas gallinas, y vendía lo que sembraba mi papá. Luego mi mamá se iba al río, que estaba cerquita, a sacar camarones; rápido mi mamá se juntaba unos 20, 30 camaroncitos y

luego llegaba a la casa: “dale, vamos a guisar”. Les quitábamos el cordón, les poníamos pimienta y ajo.

¡Cómo le gustaba a mi mamá!, ¡tenía una suerte cuando yo iba con ella! Éramos tres hermanas y una vez llevaba una, y la otra, a la siguiente. Pero cuando yo iba, sacaba poquitos camarones, si acaso uno, y cuando iban las demás, juntaban más.

Mi papá iba de cacería en las noches, a él le gustaba cazar venado. Él iba al bosque en la noche a cazar. También le gustaba mucho sembrar; hacía milpa, sembraba mucho el jitomate y el picante y frijol y siempre gracias a Dios teníamos qué comer. Cuando mis papás mataban un marrano, no querían que yo supiera, pero sí me daba cuenta y lloraba.

Yo tenía dos tías, una de ellas era la esposa del tío por parte del padre de mi mamá, se llamaba Ermelinda. Ellas me estimaron mucho y mucho me llamaban: “ándale, Marina, a la tarde voy a querer arroz”, y me encantaba pilar el arroz en un pilón¹ de madera, y lo estaba así golpee y golpee hasta que quedaba limpiecito. A las cinco o cuatro de la tarde ya estaba.

¹ Un pilón se usa para pilar el arroz. Es el tronco de un árbol, que se corta, se le hace una cara plana por abajo, y por arriba se le hace un hoyo y en medio le hacen la agarradera delgada.

Luego me decían: “mañana te vas a pilar el arroz, y lo quiero para tal hora”. A mí me encantaba, como estaba bien cerquita el río, corría a bañarme, a lavar y ya estaba lista para en la tarde ir a pilar el arroz porque mi tía me daba hasta como medio kilo, así teníamos bastante. Tenían también algo que le nombran sacas, son como un corralito, pero movable, eso lo llenaban de maíz y de arroz. Y ya en la tarde, cuando ya estaba el arroz, me servía un plato.

Luego mi tía también tenía vacas y a la crema le decíamos jocoque y me ponía en el plato con queso fresco, muy rico, y ya que cenaba me iba para mi casa antes de que llegara mi papá porque luego decía que dónde andaba. No nos regañaba, sino que nos veía feo. Y yo tenía otra prima y también me gustaba ir a ayudarle a pilar el arroz. Así que me peleaban entre mi tía y ella: “no, ahora me vas a hacer a mí; no, ahora me vas a hacer a mí”, tirando el arroz. Esa prima se llamaba Clementina, y era bien regañona.

Y luego teníamos huerta de café y nos íbamos a cortarlo, las tres hermanas con mi papá. Nosotras cortábamos a lucha un costal, llenábamos medio entre las tres, y él se cortaba uno él solito.

Hay veces que pasábamos el río y nos íbamos para allí y era una subidita así, después un plan y había otra subidita ya para llegar a

la costa. Una vez, le hicimos una travesura a mi papá. Como era en altito la huerta, una subidita y ya él estaba más arriba, que le digo a las demás: "vámonos", y nos vamos, "cuando lleguemos al plan, nos vamos a ir corre y corre y corre y ya que pasemos el río, entonces sí, ya". Pasábamos el río, ya estábamos cerquita de la casa. Lo bueno estuvo cuando llegó mi papá: nos agarró con una reatita y nos dio uno a cada una, porque lo dejamos solito en la huerta. Pero antes no había gente tan así, estaba tranquilo y por eso no nos dio miedo. No, no dio miedo ir corre, corre, corre, que puro plan, puro plano, pura arena. Mis hermanitos estaban chiquillos todavía, las más grandes éramos nosotras.

Jamás

Cuando mi hermano desapareció, mi mamá lo anduvo buscando. Lo buscaba y lo buscaba.

También un amigo que lo quería como hermano lo buscó por cielo, mar y tierra y nunca lo encontró. Él trabajaba en la panadería con Esteban, que también quiso mucho a ese amigo y era como su hermano, y cuando desapareció, él lo buscó, lo buscó muchísimo, en cielo y tierra lo buscó.

Dicen que cuando se llevaron a mi hermano iban los dos corriendo fuerte en el Canchero, y el amigo le dijo: "¡Apriétale, Bola!, ¡apriétale!", para que caminara rápido, y que corrían, "porque ya nos traen cortitos". Pero ya hasta allí nomás se sabe eso. Nunca lo encontró. Y ya nunca más supo de él. Y nosotros después no supimos más del amigo tampoco. Yo sólo conocí a un hermano del amigo de mi hermano. Fue entonces que me dijo que él lo buscó mucho, mucho... y que lo quería mucho.

Mi mamá lo anduvo buscando también. Sí, lo buscó mucho tiempo mi mamá. Mucho tiempo lo buscó junto con mi papá y nunca le dieron razón de él. Lo anduvieron buscando en varias partes y no y no y no...

Mi mamá ya después, cuando se separó de mi papá, ya no lo buscó. Ya no pudo porque se enfermó de una rodilla y ya no podía caminar; fue por esa causa. Fue entonces que empecé a luchar. Ella falleció. Pero ya andaba yo con ella y ya después que mi mamá ya no podía andar, pues ya me quedé yo y es por eso que aquí estoy, aunque sea. Cuando mi mamá vivía, mucho lloraba. No hubo un día que no llorara. Tiene como unos quince años que murió. Mi mamá siempre, siempre, estaba llorando.

Pero sí, la acompañé varias veces. Aquí estoy esperando a ver qué nos pueden decir. Dónde y qué hicieron con ellos.

Mis hermanos no han querido buscarlo. Todas mis hermanas, las que siguen de mí, una está enferma y camina con una silla. La tercera ya falleció en diciembre y el otro hermano también está enfermo, no puede caminar bien. Ya de ahí los otros no quieren. Nunca han querido; les da miedo. O tal vez no es miedo, es que no tienen fe ni amor. Dicen: "¿Quién puede con el gobierno si nunca te van a decir la verdad?". En marzo fui a ver a mi hermana, la que está en una sierrita como a veinte minutos de Tecpan. La fui a ver porque ella camina con su silla. Me dijo que le dijo mi otra hermana, la más pequeña, que a mi hermanito lo mataron. Quién sabe a dónde se lo llevaron. Ella anduvo con un hombre que andaba con Lucio, mi hermana tuvo un hijo con ese hombre. Él le contó que mataron a nuestro hermano, que lo mataron y no sabe dónde.

Nosotros luchamos, pero al gobierno le gusta decir: "Ya se calmaron", o "ya se les olvidó". No, no se nos olvida. ¡Jamás!

Son memorias que no deben de olvidarse

Clemencia Guevara Tejedor

Mi nombre es Clemencia Guevara Tejedor y represento a una organización a nivel nacional y estatal. A nivel nacional lleva el nombre del Frente Popular Francisco Villa México Siglo XXI, y a nivel estatal, ahí soy la coordinadora del Frente de Defensa Popular. Junto a mi esposo Efraín, conocí organizaciones sociales y colectivos de derechos humanos con los que nos unía la lucha por la libertad de los presos políticos y por vivienda, salud y educación.

En la organización llevo ya más de 30 años participando y tiene 19 años que llegué aquí a Atoyac. Yo soy de un pueblo que se llama Apango, del municipio de Mártir de Cuilapan, en el estado de Guerrero. Llegué a la capital para estudiar la prepa, pero nada más me fui a inscribir, porque al final mi papá me regresó al pueblo porque iban a fundar un Colegio de Bachilleres. Me dijeron: "tú tienes que estudiar porque tu padre ya se comprometió a que él va a fundar esta escuela y el requisito son 50 alumnos".

Dentro de este caminar, cuando me vine a vivir a Atoyac, conocí a AFADEM y a mi hermana mayor, Tita Radilla; gracias a ello,

hemos compartido muchas experiencias. Empezamos a trabajar con organizaciones locales de la Costa Grande y, desde hace cinco años, hemos venido caminando juntas.

Mi suegra formó parte del movimiento de Lucio Cabañas; mi esposo llevaba los alimentos cuando no podían subir. A ellos les tocó vivir en carne propia todos estos atropellos. Él me contó todas esas historias y sumamos esto a todo el trabajo que hemos venido haciendo. Por eso es que hemos caminado con los colectivos, hemos caminado con los campesinos y pues donde haya injusticia contra los compañeros indígenas o los compañeros afrodescendientes, porque los pueblos están defendiendo su territorio.

Al principio como que era yo muy de esas de ir muy al frente, pero hemos tenido el cuidado inclusive de que si hacemos algo, cuidar las formas y siempre avisarle a alguien de los compañeros. Así es como nos hemos ido cuidando, o si salgo a algún lugar, igual también digo: “Voy a tal parte, mis hijos se quedan o van conmigo”. Pero sí, siempre tenemos una red de comunicación.

Considero a Tita Radilla como nuestra hermana mayor dentro del movimiento que ella emprendió en AFADEM. Hasta la fecha, ha sido una mujer valiente, una guerrera que ha llevado el caso de su padre,

Rosendo Radilla, a instancias internacionales, y que también no sólo busca a su padre, sino que arropó a más compañeros. Eso ha hecho que nosotros sigamos participando con ella y, a la vez, nos estamos coordinando con madres y padres que se dedican hoy a buscar a sus hijos.

Estamos hablando de que anteriormente había terrorismo de Estado, pero hoy decimos que las desapariciones también son por parte del crimen organizado y que los jóvenes se han convertido en carne de cañón para el sistema en el cual estamos viviendo.

Ante esta realidad, nos permitimos estar acuerpados y acuerpadas, porque decimos que si tocan a uno, nos tocan a todos. Entonces, por esa razón es que estamos participando en colectividad para no soltarnos de la mano. No sabemos qué nos espera y más a las activistas y defensores de derechos humanos, pues estamos en riesgo porque el gobierno no quiere que sigamos diciendo que hay desaparecidos y desaparecidas, y que también hay feminicidios.

En nuestra organización, después de buscar la solución a las demandas sociales, también tuvimos el tema de desaparición, y eso que, por más de 11 años, como que no le dimos esa importancia, pero también desaparecieron a otro joven que pertenecía a las filas de

la organización, a Manuel Alejandro Gallegos Valle, y hasta la fecha no sabemos dónde está. Y así, cosillas que se han ido sumando.

También hemos tenido asesinadas, como en el caso de Salvadora Rendón Chávez; ella, por exigir justicia (porque a su esposo se lo habían asesinado), fue emboscada en la carretera de Lamazintla a Cantera Rosa y le arrebataron la vida. Entonces, hemos sufrido diferentes cambios y eso permite que estemos entrelazados entre las organizaciones que coincidimos muchas veces. No caminamos juntos siempre, pero donde hay coincidencia, avanzamos.

Empecé a estudiar enfermería, porque debemos tener autocuidado y también enseñarles a nuestros compañeros que no nada más es defender a los desaparecidos; para poder hacer eso, tenemos que cuidarnos nosotras mismas, saber nuestra medicina tradicional, nuestros saberes ancestrales. Mi madre es una curandera, entonces como que todo se va entrelazando.

Ahora estoy en la carrera de Derecho, pues estoy retomando nuevamente mis estudios, eso es lo que estaba estudiando, cuando la trunqué porque, en ese momento crítico, a mis compañeros de Chilapa los habían desalojado, había encarcelados y todavía teníamos

en calidad de desaparecidas a seis personas. Entonces, al meterme de lleno, pues casi no fui a la escuela, y después nació mi hijo.

Después de todo eso, yo dije: "Es tiempo de regresar a la carrera". Y me fui acoplando. Últimamente no es que haya cambiado; sigo en la organización, pero he estado un poco más de cerca con mi familia, con mis hijos, porque de todo esto, como que a veces la familia se descuida, y estoy ya enfocándome en ellos. Principalmente ahorita mi reto es terminar la carrera en derecho. Tengo varias fuentes de apoyo que también son mis amigos y que me están impulsando para seguir adelante.

Yo me siento contenta de convivir con AFADEM y que estas historias puedan quedar plasmadas en este libro, para que sus nietos, sus bisnietos y los estudiantes puedan leer el legado que sus padres y sus madres realizaron. Porque son memorias que no deben de olvidarse, que tienen que quedar plasmadas en un lugar, como hoy que nos encontramos aquí en el Museo de la Memoria de la Silla Vacía; esos espacios también son lugares de resistencia y de dignidad.

Lo está esperando el tiempo que le queda

Narcizo Hernández Jaimes, hijo de Diógenes Hernández

Martínez

Me acuerdo

Mi nombre es Narcizo Hernández Jaimes y nací el 29 de octubre de 1971. Busco a mi papá, que se llama Diógenes Hernández Martínez. No recuerdo muy bien cuándo desapareció, pues era niño cuando sucedió; tenía unos seis años. Mi hermana es la última hija y yo el penúltimo, así que me acuerdo muy poco.

Recuerdo que él me cargaba en brazos, me llevaba adonde iba, como cuando salía a visitar un amigo... jamás me llevaba a mí. Lo recuerdo patilludo, moreno. Me acuerdo que nos llevaba a bañar al río y se sentaba en su piedra ahí bajito en el agua, pues él a veces buscaba camarón, y nos sentábamos en la orilla también nosotros para buscar.

Me acuerdo que, cuando se iba a trabajar, siempre traía la sandía más grande para que comiéramos. Siempre, me acuerdo, compraba pescado. Era campesino, pero también se iba a cazar una iguanita para que comiéramos. Le gustaba la cacería con resorte,

porque en ese tiempo no había rifle, sino puro resorte o, más bien, las armas estarían caras. Él no usaba armas porque nosotros desde niños no las veíamos. También cazaba palomas, y como vivíamos acá en el montal Cuyo, que le llaman, de ahí se iba rumbo a Mexcaltepec. Así lo recuerdo yo: cariñoso.

Ahora sí que de niños sufrimos; no tuvimos calor del padre. Supe que desapareció por plática de mi jefa (mi madre). Uno le preguntaba primero que cuándo iba a llegar, cómo iba a trabajar, y ella decía que luego llegaba, pero nunca lo hizo. Lo que en realidad pasaba era que mi mamá lo buscaba, con mi abuelita Romeli, aunque ya al último se supo que su caso era de desaparición forzada.

En ese tiempo no se sabía esto, pero de antemano mi abuelita con mi jefa lo anduvieron buscando en el cuartel y la cárcel... nunca supieron de él.

Las enchiladas y el atole

Es lo que recuerdo que platicaba mi jefa. Ella nos dejaba, desde niños, porque se iba a buscar, aunque estábamos chiquitos. Entonces, entre todos nos cuidábamos y ella dejaba tortillita ahí con frijoles. Mi hermana estaba chiquita y mi mamá se iba y nosotros ahí nos

quedábamos. Como éramos niños, siempre buscábamos a nuestra mamá, aunque nos dejaba solos.

Se sufrió mucho con nosotros, más los mayores, porque ellos veían para que nos dieran de comer. Anaú y Enrique, los hermanos más grandes, son los que sufrieron más, porque ellos vendían pollo en la colonia. A las cuatro de la mañana se levantaban para salir a ranchar para nosotros. Ahora sí los más chicos sólo sufrimos por la nostalgia de nuestros padres, porque en la comedera, aunque sea los frijolitos, ellos nos llevaban. Ya grande, a veces mi jefa, como lavaba ajeno, nos llevaba al río. Y entonces pasaba una vendedora con enchiladas con atole y cuando veíamos a la vendedora, llegábamos, nos rodeábamos a ver lo que llevaba, pero mi jefa no tenía dinero y se quedaba uno con el deseo de comer las enchiladas y el atole.

Por la pérdida de mi padre sufrimos muchas carencias, y mi mamá no tuvo recursos para comprarnos algo, nosotros veíamos que a otros niños les hacían fiesta de cumpleaños y nosotros nos quedábamos deseando algún dulce, pero no lo tuvimos.

Para vestirnos, siempre andábamos con nuestra ropita, así como es niño uno, rompidita, y pues no teníamos para los zapatos, en huarache andábamos. Quién sabe mi jefa cómo le hacía. A veces la

gente le regalaba para podernos vestir de huarachito, porque a mi jefa no le alcanzaba.

Éramos siete hijos. Fue una vida triste para nosotros. No tuvimos el calor de nuestros padres para que nos dieran algo. Mi mamá no podía trabajar mucho, porque tenía tanto niño, tanto niño, y puro para comer. Los únicos que trabajaban eran los dos mayores, además de ella. Pero pues, ¿qué tanto le podían pagar? Unos siete pesos la docena de ropa.

Quedamos muy desamparados. Recuerdo que dormíamos en el suelo, con cobijas añadidas, pedazos de telas que ya no servían. Vivíamos en una casita humilde, de lodo, así de bajareque, una casa a la que le ponen varas y le echan lodo; vivíamos sencillo, pobremente, y nomás veíamos que pasaban los militares por la carretera, en su convoy de carros. A nosotros ya después nos dijeron que los militares se habían llevado a mi papá, pero la mera verdad, no sabíamos quién: éramos niños.

Llevamos mucho sufrimiento y, sobre todo, por no tener el calor de mi papá, pero sufriendo y, a veces, con hambre fuimos creciendo y mi mamá luchándole para poder, por lo menos, darnos una tortilla.

Buscaban mi mamá y mi abuelita a mi papá en cárceles o en el cuartel cuando estaba aquí; nunca nos llevaban porque había que pagar el transporte, el pasaje, y pues ya a luchas juntaban para irse ellas dos. No sé hasta dónde fueron, pero a Acapulco sí llegaron, donde se informaba que estaban los presos. Se iban y nosotros nos quedábamos acá todo el día, hasta la noche que regresaban.

Crecí y crecieron

La pasé en el campo cortando café, y crecí. Ya de grande no estudié, por eso no tengo una carrera buena; siempre la pasé haciendo el trabajo de campo. A los 20 años me casé con mi esposa, Rufina Melchor Benigna. Luego vinieron las hijas y también crecieron. La primera se llama María del Rubí Hernández Melchor; la otra, Cecilia Hernández Melchor. También están Lucero Hernández y la última, Jade Hernández.

Además, tengo una nieta, una niña de Cecilia, que ya se casó y está afuera, allá por Colima, con su esposo.

Así luchando les di estudios; las fui sacando adelante, como campesino, mandándoles siquiera para su transporte a las que se

fueron a estudiar a Chilpo. Rubí le echó ganas y al último terminó Derecho y ya se metió a trabajar al Poder Judicial.

Ahorita ya cambió todo; digamos que ya no es como aquel tiempo; eso que pasó de la Guerra Sucia, ya se acabó con el nuevo gobierno. Vemos a Atoyac diferente porque gracias a la economía hay más cosas que comer; ya no es el tiempo de antes que uno sufría en la comedera, que no había; ahorita, por medio del gobierno, por los apoyos que da, más o menos ahí vamos. Antes no había nada, lo que ganaba uno era a lomo; ni un sostén del gobierno, nada.

Era la historia que tenían los que lucharon, que todos éramos iguales

Me contaba mi jefa por qué luchó Lucio, que a veces aquí, en Atoyac, estaban los ricos, y que la escuela Álvarez tiene una historia. Ahí iba pura gente de dinero, los que tenían más o menos dinero y los que eran pobrecitos e iban con huaraches, y no los querían porque allí había pura gente de billete. No alcanzaba para echarlo a uno a esas escuelas buenas porque Álvarez era la mejor escuela, y hasta la vez, porque de ahí salen los niños más inteligentes. Por eso Lucio de ahí desató la lucha para la gente pobre. Eso es lo que me platicaba mi

jefa, porque era la historia que tenían los que lucharon: que todos éramos iguales.

Yo siento que, a veces, de lo que pasó con esto de Lucio Cabañas se vinieron todos los programas sociales, porque antes no había nada. Y pues, por una parte, Lucio Cabañas hizo bien, porque antes el dinero todo se lo llevaba el gobierno y acá a los campesinos no nos daban nada.

Me acuerdo que no había nada de programas, por eso uno andaba sin huaraches, y ahora vemos que todo cambió, ya la gente tiene sus buenos zapatos, sus buenos tenis, ya no es tiempo de antes, y por eso vemos que la sociedad cambió. Pero yo a veces le platico a los camaradas que, si no hubiera sido por Lucio Cabañas, estuviera igual, porque en la sociedad no había un elemento que sacara al gobierno, que no daba nada y ahorita, por lo menos, ya hay muchos programas sociales. Sí hay gente pobre, pero ya no está como antes, que no alcanzaba para las tortillas.

Ella lo está esperando

Como decía, mi jefa fue la que principalmente anduvo buscando a mi papá desde el inicio; anduvo muchos años en México en marchas y ya

ahorita que ya no pudo le dejó la responsabilidad a mi hermano Anaú, y él se encarga de andar en búsqueda; los otros, como están afuera, en el norte, pues no van. Y yo estoy para saber, a ver si hay alguna esperanza de hallarlo, para darle una sepultura y ver dónde estaba enterrado.

Yo no puedo ir a buscar a mi papá porque ahorita estoy a cargo de mi jefa y no puedo irme a otro lado. Hay que cambiarla, pues mi señora anda un poco delicada de salud y no puede ir al baño ni bañarse, y pues, si me voy, ¿quién más se queda en la casa? Hay que estar ahí pendientes y por eso, aunque sé que hay búsquedas en otros lugares y en otros estados, no puedo ir a buscar a mi papá. En la Ciudad, como sea, hay personas que pagan una guardería donde están los viejitos, pero en este estado de Guerrero, no; aquí uno tiene que cuidarlos hasta que llega el final, por la economía, porque no tenemos un sueldo bueno. Así que toca cuidar a la madre hasta donde llegue.

A veces la enfermedad nos agobia y nos lleva. Ahorita estamos bien, mañana quién sabe. Mi mamá está bien de su estómago, tiene fuerza para hablar. Mientras ella tenga su alimento, está bien. Ahorita, gracias a Dios, con el apoyo, a veces bajo a comprarle su fruta, lo que

a ella le gusta. Y por eso digo que lo que está dando el gobierno está bien para ellos; como están enfermos, que coman ahorita que están vivos.

Con la desaparición de mi papá nos despojaron de muchas cosas, lo que uno iba a hacer, pues ya uno no lo hizo. Ahora sí que no tuvimos lo que queríamos; no nos encontramos algo bueno porque no teníamos a nuestros padres. Cuando está el padre, tienes ropa, tienes calzado; nosotros no tuvimos el cariño de un padre. Y luego mi mamá estaba con el dolor de la pérdida de mi papá y tenía sus ratos... también por lo mismo. En esa situación, sí sufrimos mucho; lo que queríamos comer no lo teníamos.

Ahora sí que a mi papá quién sabe cuándo lo vamos a encontrar, pero mi jefa lo está esperando el tiempo que le queda. Lo está esperando. Todavía permanece la esperanza; a ver qué solución hay.

Queremos respuestas buenas

María Magdalena Hernández Navarrete, hija de Francisco Hernández del Valle y sobrina de Isabel Hernández del Valle

Mi nombre es María Magdalena Hernández Navarrete. Soy la segunda de una familia con cinco hermanos: cuatro mujeres y un hombre. Yo tenía ocho años cuando sucedió esto que voy a contar.

Mi papá, Francisco Hernández del Valle, era muy trabajador. Era moreno y chaparro. Nació el 19 de noviembre de 1924. Era muy responsable. Mi tío Isabel Hernández del Valle usaba huaraches, era cariche y chaparro, con vista triste, pelo negro, bigotón.

Mi papá fue detenido junto con mi tío. A mi papá se lo llevaron en el trabajo y lo golpearon; desapareció un 4 de noviembre de 1974. Antes de eso, a mí me preguntaban los militares a dónde estaba mi papá; me daban dulces para que les dijera y yo no lo hacía porque sabía que lo iban a golpear; ellos decían que él andaba con Lucio Cabañas. No era cierto.

Mi tío fue desaparecido por su cuñado, que también dijo que él andaba con Lucio Cabañas. A mi tío se lo llevaron de la casa; era comisario municipal. Dejó a sus nueve hijos sufriendo.

Su mamá y papá, mis abuelos, iban a buscarlos en todas partes y no les daban razones de sus dos hijos.

Mi papá vio también cómo golpearon a su hermano, pero a él ya no lo trajeron. A mi tío se lo llevó un soldado a donde está la cancha; allá era donde los dejaban o los amarraban y los tenían sin comer ni beber agua. No nos permitían los soldados que nos asomáramos.

Mi papá fue detenido, golpeado y liberado, pero lo golpearon bien feo y eso le dejó secuelas. No se curó por andar buscando a mi tío. Se iba a México con la señora Rosario Ibarra de Piedra, y luego se unió con todos los familiares de aquí, de AFADEM; no sé cómo estaría ese momento. A la larga, fue asesinado por esos golpes que le dieron.

Yo después anduve en su lugar. Ahora yo busco a mi tío porque sus hijos no lo hacen. Y hasta la fecha hemos estado aquí. No sabemos nada de nuestros familiares.

Nosotros queremos todavía una respuesta buena. Yo siento que los militares de la carpeta de investigación aún siguen vivos. No sé por qué no se juntan los abogados para encarcelarlos a todos. Queremos que se investigue la carpeta allá, en México.

La gente ya se está muriendo, ahora somos viejitas. Queremos respuestas buenas.

El proceso moral de lo que era la privación de la libertad de un ser humano

Anau Hernández Jaimes, hijo de Diógenes Hernández
Martínez

Mi nombre es Anau Hernández Jaimes. Nací en la comunidad de Mexcaltepec, municipio de Atoyac, el tres de febrero de 1970. Actualmente tengo 65 años. Yo soy una persona de un carácter recio. Me gusta que las cosas se hagan bien desde el inicio; no soy enojón, simplemente soy disciplinado conmigo mismo. Me gusta que se cumplan en breve las cosas.

Mi familia está conformada, de parte de mi papá, por mi abuelito Enrique Hernández y mi abuelita María Romélia García. Por parte de mi mamá, mi abuelito Juan Jaimes y mi abuelita, María Hernández. Mi papá es Diógenes Hernández Martínez, mi mamá Eufemia Jaimes Hernández. Soy el primero de siete hermanos, que se llaman: Enrique Hernández, Apolonio Hernández[†], Dionisio Hernández[†], Javier Hernández y Araceli Hernández.

Conocí a mi esposa, que es mamá de mis hijos, la señora Juana de Santiago; mis hijos son María Elisabet Hernández, Jorge Armando

Hernández y Flor Lizbeth Hernández. A la edad de diecinueve años me casé y me trasladé a la Ciudad de México. Conocí a mis compadres que, afortunadamente, bautizaron a mis tres hijos y, ¡bueno!, tengo muchos amigos con los que aún estoy en contacto.

Cuando era niño, tuvimos que emigrar a la cabecera municipal de Atoyac de Álvarez por problemas ejidales en la comunidad de Mexcaltepec. Posteriormente tuvimos que desplazarnos de Atoyac a la comunidad de Santiago de la Unión debido a la detención y desaparición de mi señor padre.

Se me pone el nudo en la garganta y en mi corazón. Siempre me duele. A mi papá, yo lo ayudé mucho en las buenas y en las malas. Él era campesino. Como dije, su nombre era Diógenes Hernández Martínez. Nació el día 27 de octubre de 1944 en Atoyac de Álvarez, Guerrero. Fue padre de siete hijos, seis hombres y una niña. Mi padre, recuerdo, tenía su pelo ondulado, de color negro. Vestía como campesino de su época: camisa de manga larga, pantalón de tela parecida a la mezclilla, usaba el guarache y zapatos solo cuando salía a alguna fiesta. Le gustaban el trabajo de campo y la cacería. Buscaba el alimento para mantener a sus hijos. Para comprar, sembraba jitomates y chiles, el famoso mirasol que aún existe. Mi papá trabajaba

en el campo, sembraba maíz, frijol, calabaza, jitomate y chiles verdes. Yo lo acompañaba al campo para ayudarle en sus tareas. Me gustaba mucho ir con él y por las tardes regresar a casa para realizar mis tareas escolares. Él sembraba, cultivaba y le gustaba mucho la familia, como debe de ser un papá. Y también, pues ya pa' qué no decirlo, era de ojo alegre, pero nunca faltó el pan en la mesa. Fue responsable en sus acciones de padre. Siempre fue con la familia.

Tengo un recuerdo muy bonito de mi niñez; en la casita de mi infancia crecimos cinco hermanos, allá en el pueblo de Mexcaltepec. Teníamos un arbolito de ciruelo, donde se daban unas ciruelas muy preciosas, muy muy jugosas, grandes, y ahí teníamos un columpio que hicimos nosotros de niños y donde nos columpiábamos. Era un camino muy grande que va de casa al campo. A mi mamá le gustaba mucho tener animales, como patos, gallinas, guajolotes, puercos, y pues de allí nos alimentábamos. A ella también le gustaba el jardín. Todavía no había pasado la desaparición de mi papá. Es muy complicado porque son recuerdos, recuerdos bonitos, pero a la vez tristes, así lo manifiesto yo.

El día en que el gobierno desaparece a mi papá fue un primero de septiembre de 1974; ese día nació mi hermana y él todavía tuvo la

dicha de ir al mercado y comprarle su ropita de bebé. Digo *dicha* porque él nos decía que él quería una hija. Pero desgraciadamente fuimos puros hombres.

Recuerdo muy bien ese primero de septiembre del año 1974. Como a las seis de la tarde nos dieron aviso. Se presentó al domicilio el señor Eliseo, un empleado que conducía un camión de doce toneladas. Él trabajaba en el banco rural como cargador. Esa tarde, mi madre había dado a luz a mi hermanita; yo era adolescente, pero sí entendí que a mi padre lo habían tomado preso.

En ese momento, a mi corta edad, no entendía en gran escala el proceso moral, lo que era la privación de la libertad de un ser humano; mi madre, con sus dolores de parto y dolor moral, comenzó a buscarlo donde sabía que remitían a los detenidos. Acudió al cuartel militar de Atoyac en donde estaba el 50 batallón de infantería. Acudió también a Acapulco, a Chilpancingo, a México, al campo militar número 1. Mi madre tenía un ahorro, un pequeño ahorro que ella misma fue generando de lo que le daba mi papá para su gasto.

Entonces desapareció mi padre y mi madre empezó a buscarlo junto con mi abuela, que en paz descanse, en los lugares a los que se suponía o le decían que lo habían trasladado. Llegó aquí, a Atoyac de

Álvarez. En aquel entonces estaba el 50 batallón de infantería aquí en Atoyac. Pero pues le decían que no, que aquí no era lugar, que aquí no había llegado ningún Diógenes Hernández, que mejor lo buscara por otro lado. Se burlaban de mi madre.

Hubo un militar que estaba de guardia y que le dijo: “Mira, tú estás joven. Lo que debes de hacer es buscarte otro hombre y ya deja a ese cabrón que pues quién sabe dónde esté, pero mejor búscate otro”. Se burlaban, pues.

Entonces, de ahí se fue a Acapulco, luego se fue a Chilpancingo. Ya para aquel entonces ya habían pasado algunos meses y ella se había juntado con otras esposas y madres solidarias de los detenidos desaparecidos. Después se fue a la Ciudad de México. Ya allá, en aquel entonces, con la señora Rosario Ibarra de Piedra, se juntaron en marchas grandes, voluminosas, masas de personas, y andaba por allá mi mamá.

A mis catorce años, comenzó el gran martirio. A trabajar el triple por ser el mayor de seis hermanos. Me agradó el comercio ambulante: vendía pan que hacía mi madre, vendía pollo por retazos, vendía ropa. En esta actividad salía a las comunidades lejanas: Santo Domingo, Pie de la Cuesta, La Gloria, El Carrizo. A esa edad los niños

quieren jugar, quieren irse a divertir, pero nosotros ya no nos divertimos. Había que buscar el pan con mamá. Trabajé de ayudante de albañil por varios meses. En 1980, un veintiuno de agosto, ingresé a las filas policiales, donde estuve durante un total de treinta y cinco años. En esa corporación aprendí buenas cosas: lealtad, responsabilidad, valores y, por sobre todo, respetar los derechos de los demás. Tomé cursos que me ayudaron a prepararme personalmente.

A su vez, mi madre formó parte de AFADEM. Ahí conoció a la señora Rosario Ibarra de Piedra, así como a la Señora Tita Radilla Martínez. Hoy mi madre ya es una persona muy enferma; tiene 81 años y está enferma de diabetes; le amputaron su pierna derecha, por lo que se encuentra en silla de ruedas. Me pidió que yo continúe hasta el final. Me dijo: "Con tu responsabilidad y tu conocimiento, sigue, mijo, por favor. Yo espero que hagas lo mismo que tu madre: luchar y luchar. Y que si el gobierno apoya con la reparación del daño, te pido que me hagas mi panteón para que no se pierda y exista un recuerdo para los nietos y otras generaciones".

Mi madre supo que sacaron una lista de 210 hombres que fueron tirados al mar. En la lista aparece mi papá. Y no nomás mi

papá; aparecen muchos. Fueron más de 200, reitero. Entonces es algo doloroso cuando sabes algo de esa índole. Pero yo siento que a veces el gobierno... o no sé, es mi manera de pensar, que lo inventa para que ya no los busques, para que ya te des a la idea de que ya no tienes por qué andar buscando, ¿no? Es una estrategia que usa el gobierno, desde mi punto de vista. Aunque de todos modos nosotros no pararemos hasta que en realidad nos lo digan: "Aquí están".

Pasa el tiempo y vemos la sociedad que estamos viviendo hoy, aún hay desapariciones, y las famosas delincuencias organizadas y el mal gobierno político corrupto. Pero, en cambio, nosotros tenemos que seguir en la lucha, como dice nuestro grito de guerra: ¡hasta encontrarles!

En la familia, hoy que ya somos mayores de edad, dividimos los trabajos de búsqueda y acudimos a las reuniones por separado. En las marchas que se realizan afuera del municipio, nos coordinamos; en la Ciudad de México, Chilapa, Veracruz, Chilpancingo y aquí mismo en Atoyac.

Ahí en Atoyac de Álvarez recuerdo que se llevaron a cabo dos excavaciones donde participaron autoridades federales y estatales;

asistí con compañeros de AFADEM. Ahí te das cuenta de que cada uno trae consigo el coraje y dolor por su ser querido.

Como hermano mayor, me siento mucho mejor cuando nos unimos en las actividades que realiza AFADEM. Durante los cuarenta y ocho años que participamos de AFADEM, siempre hemos llevado una comunicación en la familia como hermanos y buena armonía con compañeros que padecemos lo mismo y que buscamos justicia, reparación de los daños, no repetición de estos hechos que sufrió el pueblo de Atoyac y sus comunidades. En la represión que llevó a cabo el Gobierno Federal, con campesinos, hombres de campo, al gobierno no le importó generar estragos en miles de familias.

Yo pienso que mi papá quería que sus hijos fueran grandes hombres, que estudiáramos y nos preparáramos para que fuéramos profesionales en alguna carrera. Su interés era que en la familia hubiese algún doctor, un abogado, un músico que tocara un instrumento; en sus ideales quería la superación de sus hijos. Si él hubiera estado... aunque sé que él hubiera no existe. Pero si él hubiera estado con nosotros, otra vida hubiera sido. Seguimos siendo pobres, que ahorita todos no somos ni de clase media. Pero yo siento

que si él hubiera estado con nosotros, el mundo nuestro hubiera sido diferente.

Nos queda la unión y la lucha por un solo objetivo. Saldremos todos, nadie se quedará, estaremos siempre unidos, por siempre. ¡Hasta encontrarles!

¿Por qué te busco, papá? ¡Porque te amo, por siempre te llevo en mi alma!

Ella fue padre y madre

Aracely Hernández Jaimes, hija de Diógenes Hernández

Mi nombre es Aracely Hernández Jaimes y busco a mi papá, Diógenes Hernández. Cuando desapareció, yo tenía un día de nacida; se lo llevaron los soldados. Él iba a trabajar y en un retén lo agarraron.

Yo me imaginaba a mi papá como alguien muy trabajador y amoroso conmigo. Así me lo imaginaba yo.

Yo viví en soledad. Una ve a otros hijos con sus papás y yo no tuve a quién decirle "papá", no tuve a quién decirle mis quejas. No lo conocí ni en físico, solamente en retrato. Yo lo viví así, en la pobreza; yo nunca tuve a quién pedirle o decirle: "oiga, papá, yo quiero unos zapatos, un vestido". No pude estudiar ni tuve quién me diera un estudio, más que la pura primaria, aunque la relación con mis hermanos fue buena: yo era la pequeña mujer y ellos me cuidaban.

Yo apenas me he involucrado en la búsqueda, porque quien lo hacía era mi mamá; ella era la que iba y se enfrentaba, pero ahorita ella ya no puede. Nos dijo a nosotros que fuéramos a las búsquedas y a las excavaciones.

A mí me gusta estar con el colectivo porque ahí uno escucha diferentes testimonios y ahí es donde esta herida que está cerrada se vuelve a abrir. Los sentimientos de las otras compañeras sí me llegan, me regreso triste al escuchar a los demás y a las demás personas. Fueron momentos muy oscuros. Se siente feo. Los que tienen a sus papás, o sea a papá y mamá, se pueden refugiar de los problemas que están pasando y los papás les dan un consejo, pero si nos está faltando una persona, ya no es lo mismo, porque el padre es la esencia del hogar, es el pilar.

Mi mamá tenía que trabajar, tenía que ver cómo le hacía, porque nos quedamos solos con ella. Ella fue padre y madre. Yo ya soy madre, ahora sí comprendo a mi mamá: ¡cómo ha de haber sufrido en ese rato que le dieron la noticia!...Y yo recién nacida. Sí estuvo muy difícil la situación.

Yo a mis amistades les cuento de mi papá y de lo que le pasó, que lo desaparecieron cuando la Guerra Sucia. Mi papá ha salido en los registros de los vuelos. Yo digo que por qué hasta ahora están diciendo que él iba en el vuelo ese, por qué no nos habían dicho desde antes, por qué hasta hoy que se descubrió eso. A mí me

gustaría que mi papá fuera recordado como un hombre trabajador, sencillo, al que le gustaba ir de cacería.

Seguimos buscándolo y no nos vamos a cansar hasta encontrarlo, hasta saber, que nos digan dónde están y dónde quedaron. Aquí estamos, aquí seguimos en lucha.

Ya andábamos con ese miedo

Esposa de Isidro Hernández, madre adoptiva de Crisófono

Hernández y Vicente Hernández

En el Paraíso, antes de que pasara esto, nosotros tratábamos de trabajar bien. Teníamos una huerta de café y mi esposo se iba a trabajar, pero hubo un tiempo en el que andaba Lucio Cabañas con su gente y pasó por nuestra huerta. Nosotros estábamos espantados, porque se sabía que cuando pasaban, luego iba el gobierno. Y nosotros, con ese susto, "Ay, Dios mío, ya llegó, falta que llegue el gobierno y va a estar bien feísimo", dijimos. Ya andábamos con ese miedo, ya no sabíamos dónde meternos en ese tiempo. ¿Cuántos años tendrá?, ya tiene años. Estuvo feo por eso.

El gobierno ya no dejaba pasar y no dejaba salir a la gente a trabajar, que porque ellos estaban llevando tortilla y abastecimiento a Lucio Cabañas. No era eso, sino que la gente se iba a trabajar, pero el gobierno bien duro que estuvo. Después dejaron a la gente trabajar por un ratito, para que llevaran tortilla para comer. Trabajabas un ratito y ya te estaban amenazando, pues. Pero eso era el gobierno.

El gobierno estuvo bien duro. En ese tiempo estuvimos mal porque no dejaban pasar las cosas al pueblo del Paraíso. Ya no dejaban llevar cosas de Atoyac. Ya no había en las tiendas, ya se había acabado todo. Ya no teníamos para comer. Ya no teníamos para ir a comprar, porque el gobierno no dejaba pasar. No querían que los campesinos anduvieran haciendo males; el gobierno, como no lo quería, pues se lo imaginaba. Ese tiempo estuvo muy mal, ya tiene tiempo, sí.

Estamos en búsqueda del tío que queremos

Delfina Jacinto Mesino, sobrina de Pedro Mesino Benítez

Cuando la pérdida de mi tío, Pedro Mesino Benítez, recuerdo que yo era muy pequeña; fue entonces cuando, por primera vez, en San Juan de las Flores, hubo una reunión en la cancha del pueblo. Ahí me di cuenta de que empezaba una revolución, donde resistieron muchas personas, hombres y mujeres, por decisión propia. Recuerdo ver a todas esas personas que fueron con armas, porque ya habían aceptado la propuesta de Lucio Cabañas Barrientos. Tardaron una o dos semanas en la cancha, y a todos ellos se les daba de comer; se la pasaban tocando la guitarra y cantaban, y no sabíamos lo que podía pasar. En ese entonces teníamos un familiar muy grave, y en esos días murió. Recuerdo muy bien que mi tío se fue a despedir a la casa de otro tío y le pidió perdón. Luego se salieron de la comunidad y de ahí no supimos nada de él. Desde ahí empezó la búsqueda, pero hasta ahorita nunca supimos de él.

Hoy en día seguimos buscando ya sus restos, aunque la consigna dice "¡Vivos se los llevaron y vivos los queremos!". Queremos sus restos ya y saber dónde están.

Pero ahora hay líderes que se aprovechan de la misma gente que tienen para su propio beneficio. Ahora hacen plantones con toda la gente que los sigue y el gobierno les da un apoyo; es el líder quien se queda con ese dinero que dan, mientras la pobre gente anda sufriendo hambre y sed. Ya no es como antes que teníamos iniciativa, pero ahora ya abrimos los ojos y sabemos quién vive a costillas de nosotros. También por todo esto mucha gente se está desanimando.

Sin embargo, seguimos en la lucha por nuestros parientes. Acuérdense que si nos unimos hay más fuerza para seguir luchando y exigirle al gobierno.

Con la señora Tita todo es derecho, y andábamos en las excavaciones donde sabíamos que ahí se los llevaron para torturarlos, y tenemos la esperanza de que los vamos a encontrar; por eso seguimos en la lucha. Me gustaría que, así como ya encontraron a dos culpables de la desaparición de los 43, también lo hicieran con los nuestros.

Estamos en búsqueda del tío que queremos, mi tío Pedro, y ahorita ya nada más vamos a encontrar sus restos. Mi abuelita y mi mamá son las que han andado en la lucha por él, y hasta ahorita, yo sigo en busca de mi tío: Pedro Mesino Benítez. Los del batallón se lo

llevaron y lo secuestraron; quizás lo mataron... los mataron ahí. ¡Hasta encontrarlos!

Peligrosísimo ese gobierno

Eufemia Jaimes Hernández,
esposa de Diógenes Hernández Martínez

Diógenes Martínez

Yo me llamo Eufemia Jaimes Hernández, tengo 81 años. Busco a mi esposo, Diógenes Hernández Martínez. Era Martínez porque ese apellido le dio su mamá, que en paz descanse. Pero yo tengo nociones de un libro que hicieron donde está su apellido registrado como Bernal, porque de sangre era Bernal. Creo que su mamá se llamaba Chana, Chana Hernández, pero el otro apellido no sé. Donde yo vivía, en Mexcaltepec, ahí la tuvimos a la viejecita y ella fue la que dijo que mi esposo, de sangre, era Bernal, pero que le puso el apellido de ella como madre soltera. Diógenes tuvo una hermana que murió y luego está su hermano.

Yo soy de Aguacusingo, Guerrero, un lugar que le dicen Tlapa, de allá vengo yo. Y me fui a Atoyac como huérfanita, pero me fui con mi papá, porque él todavía vivía.

Mi papá se llamaba Juan Jaimes. Era de Chilapa. Y ya de allí él tenía su compañera, una señora que se llamaba Dominga, Dominga Cabrera. Tenía hijos esa señora y le ayudó a criar a sus hijos mi papá,

pero a la vez también él le dio tres chamacos, mis hermanos, uno se llama Candelario, Jaime Cabrera y el otro se llama Agapito. Igual tuvo algo de entenado, un muchacho que era periodista; se llamaba Juan, era mi compadre, Juan Cabrera también. Ellos murieron.

Mi esposo vivía en Atoyac. Y ahí tenían su casita ellos, por ahí por Barreno. Allí vivía un señor que se llamaba Pablo Martínez, que era su tío. Entonces yo bajaba al agua al río, donde estaba don Pablo Martínez, y le dijo mi esposo: "Tío, de esas dos muchachas que van al agua, ¿cuál le gustaría para que fuera mi esposa?". Dice: "A mí me gusta la del pelo largo", que era mi pelo ondulado, "esa es la que me gusta para que sea tu esposa". ¡Pues no le hubiera dicho! Me empezó a hablar y me fui con él. Él era también huerfanito, su papá ya había muerto, don Enrique, que así se llamaba, y también conocí a su mamá, que se llamaba Romelia Martínez, María Romelia Martínez, la señora.

Mi esposo tenía su pelo ondulado, quebradito. ¡Cómo yo lo quería!, era muy bien parecido, muy bonito ese hombre para mí. Y yo lo recuerdo y lo sueño, pero es imposible. Lo que fue mi esposo... pobre, pero muy trabajador, la verdad; ni muy alegre ni muy enojón. Muy bonito era mi esposo. Lo recuerdo bastante, no se me olvida.

Pienso que, si él viviera, otra cosa fuera; él hubiera visto por nosotros, más ahora que estoy toda impedida de mi pie.

La mañana y la tarde

Tiene como 52 años que lo desaparecieron. Lo sé porque la niña que tuve nació en la mañana y a él se lo llevaron en la tarde. A mi esposo lo bajaron de la flecha, el camión; lo agarraron allá pasando el puente de Técpan, donde estaba un aserradero, y allí lo bajaron, pero lo entregaron, pues.

Él trabajaba en Petatlán. No era grande su trabajo, porque él era huérfano también y no le dieron muchas clases. Era estibador, estibaba las cosas que tenían en las bodegas. Antes de trabajar en Petatlán, él trabajó en Atoyac, en el Instituto del Café, con un señor que se llamaba Eliseo Santiago. Era ayudante de don Eliseo en el carro. Después eso se acabó, castigaron el café en Atoyac y los mandaron para Petatlán.

A él lo entregaron porque, con eso del profesor Lucio, estaba la guerrilla fea. Y buscaban a don Lucio, al profesor. Y por eso estaban agarrando harta gente inocente. Las personas que andaban con él estaban escondidas, no se dejaban ver, y entonces agarraron la gente

que había. Y estoy diciendo una verdad, porque, ¿por qué se iban a entregar ellos? Tenían que esconderse para que no los atropellara el gobierno.

Diógenes se fue solo ese día que yo había dado a luz a mi chamaca. Entonces yo le dije: “no te vayas, no te vayas. Ya ves que yo me enfermo, para que me hiervas un remedio”. “¡Uff!”, me dice, “es que yo voy a ir a ganar dinero para que tengan, pa’ que coman”. Le digo: “no te vayas”. Yo todavía le rogué, pero él no me obedeció; se fue.

Después, don Eliseo Santiago, pasó por el mismo lugar y dice que ya lo tenían detenido allí, pasando el puente, donde está el aserradero. Don Eliseo le dijo que qué hacía allí, y él quiso dar el paso y ya no lo dejaron. Era el gobierno, los del 50 batallón, los militares. Peligrosísimo ese gobierno.

Don Eliseo se regresó en su carro y nos vino a avisar a Atoyac, y estaba yo tirada en la cama, recién aliviada. (Y yo me aliviaba con partera, no con doctor como ahora). Oí que mi muchacho, que es Anaú, que ya estaba grandecito, estaba llorando y oí el carro de donde mi esposo trabajaba que llegó. Entonces le dije: “Mijo, ¿qué quiere ese carro? Ahí es donde trabaja tu papá”, y no me chistó. “No

le vayas a decir a tu mamá porque está bien delicada”, le dijo su abuelita. Y no aguantó: “Mijo ¿qué le pasó, qué cosa le pasó?”, y como de todos modos sabía yo que estaban agarrando mucha gente, dice: “Mamá, agarraron a mi papá”. “¡Ay, padre querido!”.

Y luego yo empecé como a apagarme, como que me quería desmayar. Y ya subió una muchacha que se llamaba Saraí y que era sobrina de mi suegra y me echó alcohol. Dice: “No te acongojes”. Ya estaba yo llorando. Le dije: “¿Cuándo lo van a soltar?”, porque yo ya sabía cómo les hacían, “¿cuándo?”. Y ya así amaneció, yo bien triste de mi persona, como apagándome, así con mareo de tristeza, vaya.

El poder de a tiro

Mi suegra luego luego se fue a buscar a Diógenes a Tépán, allá donde le dijo don Eliseo que estaba y le dijeron: “No, aquí no agarramos a nadie”.

Después de que me alivié de mi niñita, ya que yo pude andar, me fui al batallón de Atoyac, donde ahora es el ayuntamiento; ahí en el batallón de los militares, esos que agarraron tanta gente. (Pero a ellos los mandaban, pues, no solos se mandaban los militares, los mandaba el jefe a que agarraran). Entonces yo fui a preguntarle a los

militares allí en la puerta. Dicen: “¿qué se le ofrece?” (ya ve que son bien estrictos). Les digo: “con perdón de ustedes” —eran dos los que estaban cuidando la pasada—, “vengo a preguntar por mi esposo; yo digo que aquí lo tienen, yo sé que lo tienen aquí”. Dice: “¿Y quién le dijo?”. Le digo: “No, pues a todos los que agarran se los traen para acá, para Atoyac”. “Mi esposo”, le digo, “es el que mantenía a mis hijos, déjenmelo, suéltelo, él no ha hecho nada, hay que investigar las cosas”. “No”, dice el guacho con voz de canalla: “Ire, su esposo se ha de estar meciendo en la hamaca”. Así me dijo. “Lo que debe de hacer usted es que se busque otro compañero para que le ayude a mantener a sus hijos”. Y me dio coraje. Le digo: “Mire, yo no vengo a pedir explicaciones, yo vengo a preguntar por mi esposo, eso a ustedes no les interesa, que si me busco otro hombre o no”. Estaba yo nueva, estaba yo joven cuando se llevaron a mi esposo. Me dice: “Sí, pero aquí no tenemos nada”.

Eso es lo que me contestó el gobierno. ¡Ingratos!, porque tenían el poder de a tiro. Y de allí me fui para mi hogar a ver a mi niña que estaba chiquita, tenía como 15 días de nacida.

Ahí andábamos el montón

Comencé a buscar a mi esposo bastante con las organizaciones que había. Iba yo con Derechos Humanos; con las personas que perdieron su familia, andábamos en México, andábamos en el Palacio, y había mucha gente, todos perdieron a su familia. Y allá andábamos; profesoras nos acompañaban, la ley andaba con nosotras allá, para que no nos fueran a golpear, yo creo.

A doña Tita la conocí porque empezamos a buscar y no encontramos nada. Primero estaba yo allá con Gobernación, con una doctora, luchadora también. Con organizaciones íbamos a México con todas las personas que perdieron sus seres queridos, ahí andábamos el montón. Marchábamos y cada quien llevaba su cartelón. Yo llevaba el nombre de mi esposo y gritábamos: "¡Presos políticos, libertad, libertad!". Y de allí me salí y ya me fui con doña Tita, a platicar con ella, que nos hiciera el favor, porque ella sí las puede porque es luchona y se va lejos. Mientras esté ella, pues ahí vamos a estar con la esperanza. Dice el dicho que el que con esperanza vive, alegre muere.

Siete pesos

Cuando desapareció mi esposo no tenía yo para darle de comer a mis hijos, como me quedaron siete... seis varones y la mujer. Yo lavaba ajeno en el río, lavaba ropa ajena de un señor rico que se llamaba Luis Sánchez; era como de Tierra Caliente ese señor, muy buena gente el hombre, para mí fue buena gente; era matancero, mataba reces, y yo era su lavandera, yo les lavaba su ropa.

Otras veces mi suegra me prestaba su horno que hizo su hijo y yo hacía el pan con manteca de marrano, con grasa, y la mujer de mi cuñado hacía su pan con manteca vegetal. Así que mi pan luego lo vendían mis hijos; estaba sabroso, olía bonito. Pero cuando hacía el pan esa muchacha, ella vendía poquito. Y luego me dice: "los sobrinos ya no quieren vender mi pan". Le digo: "es que no se vende por el olor de la manteca; yo le echo manteca de cerdo". Y ya no me dejó amasar mi cuñado Crispín ahí. Me dijo mi suegra, en paz descanse: "¡Uf!, ya no hagas pan porque Crispín no te va a dejar porque dice que los chamacos no le venden su pan a la mujer".

Ya mejor me puse a lavar ajeno, pero así mantuve a mis hijos. A veces se llenaban mis hijitos, a veces no, porque en las aguas a veces se nublaba, caía el agua y como tendía yo la ropa en el río, no se

secaba. Y la docena de ropa la pagaban a siete pesos, ¿qué hacía yo con siete pesos?, una miseria... Así mantuve a mis hijos. Lavaba y lavaba. Sufrí, sufrí lo que nunca me imaginé porque no estuvo mi esposo.

Desde chicos trabajaron mis hijos, pobrecitos, vendíamos leña para las cocinas en Atoyac. Yo vivía en Atoyac. Allí me dejó mi esposo. Ahí estábamos; teníamos una casita. Después me vine a Santiago de la Unión porque no me podía mantener allá. Ya me había cansado de los pulmones de tanto lavar. Y para acá me subí con una señora que también perdió a su hermano y que se llamaba Saraí de la Cruz de Jesús. Ella me invitó, dice: "Vámonos, Eufe, para la sierra, vete a ayudar a cortar café". Y nos venimos para acá. Ella me trajo. Le digo: "Pero, mira, yo no tengo comestible para mis hijitos y aquí más o menos, lavo ajeno y se seca la ropa y les doy de comer". "No te preocupes", dice, "yo voy a poner el comestible. ¡Vamos!", porque yo me quería ir a mi tierra; me mandaba a traer mi familia de mi tierra. Entonces empecé a trabajar en el campo.

Este sol que me está alumbrando

Antes podía yo trabajar en el campo, limpiar milpas con mis hijos, que ya estaban grandecitos. Sembrábamos maíz y frijolito, pero los frijolitos casi no sembraban mis hijos, puro maicito. Y así crecieron mis hijitos.

Ahorita, bendito sea el Señor y este sol que me está alumbrando, aquí está mi muchacho, que me da de comer. Me cuidan. Ya hasta me da pena. Yo no puedo hacer nada. Con eso de que no veo, ni para escoger un café, ni para escoger un frijol. ¡Bien borrosa mi vista! Dicen que me cayó catarata.

Pero me dijo doña Tita que iban a ver si me operaban, aunque no de mi pie. Yo le digo que mi pie ya nunca se va a aliviar. Ya se me hizo como llaga mi pie. Me voy a morir, ni modo, pues ya tengo hartos años.

Por eso, ahora yo le encargué continuar con la búsqueda de mi esposo a mi hijo Anau. Él está respondiendo por mí porque yo estoy puro enferma. Es una persona muy respetuosa, mi hijo, porque él trabajó en la ley, también en México. Y le dije: "Mijo, ahora tú hazte responsable. Sí, vete a oír, ve a las organizaciones que hace doña

Tita". Y él es el que está encargado de mí, y por eso le di encargo:
"Tú encárgate".

Murió buscando a su hijo

Bernardo Mesino Acosta, hermano de Alberto Mesino Acosta

Mi padre se llamaba Ramón Mesino, nació en Escorpión, municipio de Atoyac en el año 1948, él trabajaba en la carpintería y sembrando. Mi mamá, Juana Acosta Martínez, trabajaba en el hogar. Ella murió buscando a su hijo, Alberto Mesino Acosta.

El cerro de Amojileca

Son los recuerdos que tengo de mi niñez. Vivía en una casona muy grande; así le decíamos, La Casona. Era casi como un estadio, como una cancha, era muy enorme mi casa. Cuando llovía, caían unos chorros enormes de agua. Había un árbol de guajurusco, ese árbol siempre estaba verde y ahí se velaba la Santa Cruz. También había un patio muy grande y un caminito que llevaba al otro lado del río, donde mi papá tenía su trabajo y su ganado.

Cerca estaba el cerro de Amojileca; lo recuerdo con un arbolito, porque en este cerro de Amojileca, en la guerrilla, cuando los años que estaban muy calientes, el gobierno ordenó que esta comunidad tenía que evacuar. Enviaron el aviso y la gente no se quería salir. Entonces, al tercer aviso, mandaron una avioneta de guerra, una bomba, a este cerro de Amojileca. Yo lo tengo muy presente todo eso, y fue cuando la gente empezó al otro día a salirse de la comunidad del Río Chiquito.

Hasta que regrese

Ermenegilda Mesino Acosta, hermana de Alberto Mesino
Acosta

Yo soy el Ermenegilda, me gusta convivir con mis nietos, los quiero y ellos me quieren a mí. Ellos me procuran y yo soy feliz. Mis abuelos paternos eran Maximino Acosta y Tomasa Martínez. Mis padres eran Ramón Mesino y Juana Acosta Martínez. Ellos eran campesinos; mi abuela y mi mamá eran amas de casa. Yo soy su hija y busco a mi hermano Alberto Mesino Acosta, lo esperaremos siempre, hasta que regrese.

Mientras tengamos un soplo de vida

Hilario Mesino Acosta, hermano de Alberto Mesino Acosta

*Él era como de mi color.
Él era moreno, no tan moreno.
Su cabello era como el mío también,
sus ojos no tan grandes.*

*Él era el último de la familia; lo queríamos mucho,
estaba enfermo, a veces de bronquitis.
Era muy chambeador, sembraba maíz.*

*No era relajito,
no era tan... tenía un modo diferente a todos.*

A veces me falla la memoria. Les dejo esto de cómo agarraron a Beto y cómo el gobierno quitó a la gente del movimiento guerrillero.

Yo tenía una culebrita de vello

Mi nombre es Hilario Mesino. Mi mamá se llamaba Juana Acosta y mi papá se llamaba Ramón Mesino Castro. Ellos se conocieron aquí en Atoyac. Mi papá era músico, tocaba el violín y él nos platicaba que él era gente pobre porque tenía nomás dos trajes. Si a veces se le rompía uno, pues nomás quedaba el otro.

Mi mamá salía a verlo tocar el violín; se enamoraron y ahí andaban juntos. El violín era para tocar música en los bailes, y para los angelitos que se morían, le pedían que tocara vinuetes. Mis padres se casaron y

se fueron a la sierra. Ya en la sierra, nacimos sus hijos. Nosotros veíamos que se querían mucho, nunca vi que él le pegara a mi mamá; nunca la vi que la regañara ni nada de eso. Tuvieron doce hijos; el último fue Alberto, mi hermano, el desaparecido.

De los doce, eran seis mujeres y seis hombres; pero algunos se murieron. Murió mi hermana Suspicia, de cáncer. Estaba chiquilla, la traían cargando de la huerta de café, en una caminata hasta de seis horas para llegar a la casa. Ella murió al llegar a un barrio que se llama San Juan de las Flores, cerca de donde vivíamos, en el Escorpión. Entonces la gente era muy solidaria y una comadre le dijo a mi mamá: "No, comadre, ¿cómo se van a ir ahorita al Escorpión? Aquí nos vamos a juntar". La gente puso arroz, tortilla, marrano, café y pan... todo. Ahí la enterramos, en San Juan de las Flores.

Luego se murió mi hermana Urbana de epilepsia, cuando tenía 25 años; la queríamos de verdad. La cuidábamos mucho y el día que murió, le dieron arroz, le pegó la epilepsia y se ahogó con él. Mi hermano Salomón murió de tosferina.

Así que, en ese entonces, mi madrina que me llevó al bautismo habló con mi mamá: "Comadre, ¿cómo está?", y mi mamá le decía: "pues está enfermo mi hijo Salomón". Empezó a rezar con hoja, y mi madrina le dijo: "Comadre, mi ahijado, ¿quiere que se lo sacrifique?".

“¿Por qué comadre?!”, le decía mi mamá. Mi madrina le enseñó: “mira, tiene una culebra aquí” (yo tenía una culebrita de vello hasta acá arriba, uno que estaba feo de por sí), “y esa es la que está matando a sus hijos; su hijo está matando a sus hermanos, si no lo quita de en medio, se le van a morir todos”. Entonces, mi amá dijo: “Comadre, yo no lo mato ni aunque tenga una culebra, yo no”.

Todos morían por enfermedades, por la ignorancia y porque no había medicina, no había nada. Había curanderos que nomás te sacaban el dinero, uno se moría de lombrices, uno moría de la tosferina, como se murió mi hermano Salomón. La gente se moría de sarampión, se morían de distintas enfermedades contagiosas. Entonces, mis hermanos fueron muriendo, pero se morían de enfermedades.

Mi apá era muy trabajador y todo, sembrábamos arroz, frijol y calabaza, teníamos gallinas y unas vaquitas. Un día ellos no estaban y nos pusimos a hervir calabaza. En eso, al atizarle, como la casa era del monte, se prendió. Entonces nosotros corrimos y quisimos ir a buscar a mi papá, pero ya estaba la casa ardiendo. Se quemó junto con todas las gallinas que estaban echadas, con huevo y todo eso. Yo tenía como unos 12 años, estaba chamaco y me acuerdo bien. Entonces, quedamos como cuando llegamos: sin nada, todo se nos perdió. Otra vuelta,

volvimos a trabajar y a rehacernos, porque la gente de la sierra no teníamos estudio, nuestra familia era analfabeta.

Nuestra familia sufrió, después nos desaparecieron a mi hermano Alberto; lo desapareció el ejército.

Alberto tenía un modo diferente

Alberto era muy amable, no lo digo porque fuera mi hermano, sino que realmente era muy buena gente.

Tenía 21 años cuando fue detenido, era el último de doce hermanos. Lo queríamos mucho y él también nos quería. Nos respetábamos mucho también. Estaba enfermo de bronquitis y lo llevábamos al médico para que le recetaran medicina, porque a veces le pegaba muy fuerte. Cuando iba a la milpa, se agitaba mucho, y mi papá le compró una aspersora para que limpiara el maíz más fácilmente y que no se asoleara mucho o se cansara. Él estaba creciendo e iba a la milpa a sembrar maíz, frijol y arroz. Era muy alegre y chambeador, trabajaba de lunes a sábado.

Tenía un modo diferente a nosotros también. Nosotros éramos más pachangueros, y él no. Le gustaba el deporte, le gustaba ir a los bailes a divertirse con sus amigos y amigas. Tenía su novia y la quería mucho, incluso me platicó que ya la quería pedir en matrimonio.

Faltaban meses para mandarla a pedir, pues ya tenía 21 años cuando lo desaparecieron.

Mi hermano Alberto quería su futuro, casarse y tener una familia como sus padres; tener hijos con su compañera para darles cariño, cuidarlos, darles educación, trabajar duro para que no les faltara escuela y alimento... para una vida mejor. Y también ser un luchador social para que no hubiera injusticia, luchar por un país libre. A sus 21 años veía cómo el sistema no respetaba los derechos. A veces nos poníamos a platicar de lo que estaba pasando con nuestros productos, que nos pagaban a precio de miseria.

Antes había mucha inconformidad de la gente por el trato que daban los caciques a los campesinos. Platicábamos en la familia, entre los compañeros, que teníamos que buscar la manera de irnos organizando, porque había pueblos que explotaban la madera y le daban una migaja a los campesinos, y los campesinos se mataban por esa migaja que les daban.

Yo no sabía si él andaba en la guerrilla. Yo me sentiría orgulloso si sí, porque no toda la gente lucha por el pueblo y ellos dan la vida por cambiar el sistema.

Un camino de terracería y otro de herradura

Por esa razón surgió el movimiento guerrillero de Lucio Cabañas y el ejército empezó a perseguir a sus integrantes. A Lucio lo obligaron a subirse a la sierra porque lo andaban persiguiendo. Después del 18 de mayo lo andaban buscando, y le echaban la culpa de la masacre de Atoyac. Entonces el gobierno empieza a preparar la estrategia para poder agarrar y acabar con el movimiento que se estaba formando en la sierra, en las distintas partes del estado. Lo que hicieron fue mandar al ejército a las comunidades haciendo servicios sociales, por ejemplo, cortarles el pelo a los niños y preguntarles, bajita la mano, que si había gente armada.

Para detener y torturar a los campesinos, lo hacían a través de la comisaría de los ejidos. El comisariado ejidal citaba a todos los ejidatarios para informar sobre los créditos que daría el paraestatal Instituto Mexicano del Café (INMECAFÉ), pero en realidad, era una estrategia del gobierno para censar a todos los ejidatarios, desde los chiquitos hasta los grandes, para tener información de cuánta gente había en cada comunidad, quiénes eran, cómo se llamaban y así agarrar a los guerrilleros. Ahí empezó la represión más fea.

A mis hermanos y a mí nos citaron a una reunión del INMECAFÉ, allí en el ejido, en Aguas Frías, municipio de Atoyac, Guerrero, para darnos

a conocer el proyecto y que pudiéramos recibir crédito para la renovación de cafetales. Asistimos todos los hermanos más grandes. Mi papá y mi mamá se quedaron en la casa. Entonces, llegó el ejército allá y agarraron a mi papá. Les registraron la casa y les hallaron un 22 que él usaba para cuidar su parcela y para ahuyentar a las ardillas. A él lo golpearon diciendo que era guerrillero, ahí lo dejaron botado, casi muerto...

Al acabar la asamblea, todos se fueron a su casa. Nosotros vivíamos a medio kilómetro de Aguas Frías. Allí había dos caminos, uno era de terracería y el otro era de herradura. Mi hermano Bernardo le dio por el camino de herradura y a él lo agarraron, lo torturaron, lo amarraron y amenazaron con que ya sabían de sus hijas, niñas de cuatro a seis años. No le sacaron nada porque no debía nada y lo botaron en un barranco; se desató y llegó a la casa.

Alberto se subió a la camioneta y se fue por el camino de terracería y al llegar al entronque para ir al barrio, ahí lo bajaron (en ese lugar los bajaban a todos). Ya después de que los revisaron, le dijeron a Beto: "¿Cómo te llamas tú?, ¿qué apodo tienes?". Dice: "No, pues me dicen 'El Tres'", pero él inocentemente, ¿no? Entonces dice: "Ah, con que te dicen 'el Tres', ¿por qué?", le dice, "No, porque yo tengo tres testículos y por eso me dicen el tres". Entonces, dijeron, "Ah, cabrón,

pues... ¡tú!". Pensaron que era el apodo de la guerrilla. Se lo llevaron a San Juan de las Flores, el otro pueblito que está como a veinte minutos.

Los primos que iban con él avisaron que a Beto se lo habían llevado a San Juan, donde tenían el cuartel. Mi mamá se enteró. Esa misma noche durmió en el cuartel. Le dijo el soldado: "no, aquí no hay ningún Alberto, así es que aquí no van a buscarlo". Entonces ya empezó a buscarlo aquí en el cuartel de Atoyac, pero tampoco. Le decían: "No, nosotros no hemos agarrado a ningún Alberto". Mi mamá empezó a buscarlo, con otros familiares, en las cárceles y sufrió las humillaciones del cacique Rubén Figueroa cuando lo fueron a ver para que liberara a su familiar. Él, con una risa burlona, le dijo: "A ese bandido no lo busque, a ese se lo llevó el pata de cabra", y se echó otra risa: "Váyanse a la chingada".

Desde entonces mi mamá empezó a sufrir, no podíamos consolarla, fue horrible el dolor. Todos sufríamos al ver a mi mamá sentada en la puerta, mirando el camino que conducía a la casa, esperando ver si llegaba Alberto, un joven de 21 años de edad. Como al año recibimos un recado; lo mandaba mi hermano, decía que pronto volvería y que le celebraran a su novia; que estaba en el campo militar número uno y que ya pronto iba a estar con nosotros para poderse casar.

Se sentaba en el banquillo y allí esperaba

El recado le fue entregado a un tío, hermano de mi mamá, por un tipo estilo militar:

*Y le ruego que no le diga a nadie
Se olviden de mi mamá.
Le pido que no
se preocupen
que me encuentro en
México*

Tenía la letra de él. También, uno que estuvo preso nos contó otra versión: "Mira, a tu hermano lo agarraron y le dijeron que hiciera un pozo. Ya en el pozo, le empezaron a echar tierra, tierra, tierra, tierra los demás presos, hasta que ahí murió".

Ahora en el presente sale otra versión de que está en una lista y que se lo llevaron a votar al mar.

Sí sé que lo mataron y no nomás a él, sino a cientos de compañeros. Yo vi a muchos que pasaban por mi casa. Yo los conocí, eran campesinos, tenían esa ideología y se formaron en la lucha. Nosotros luchamos y concientizamos al pueblo, a toda la gente, pero el gobierno tuvo que buscar la manera de decir que éramos

secuestradores, decir que éramos asesinos y todo eso para que tuvieran miedo.

Teníamos unas vacas, burros, que nos servían, las vacas para el alimento y los burros para acarrear nuestro producto, maíz, café. Todo vendimos para buscar a mi hermano Beto. Nosotros sufrimos también porque veíamos cómo sufría mi mamá. Se sentaba en el banquillo y allí esperaba a que llegara su hijo a la casa... y nunca llegó.

Entonces mi mamá no nos dejó que nosotros anduviéramos con ella porque tenía miedo de que a nosotros también nos pudieran agarrar. Se juntó con otras madres de aquí de Atoyac y empezaron a buscarlo. En las cárceles, en distintas partes, a nivel estatal, a nivel nacional... y nada. Se unieron con Rosario Piedra, de *Eureka*, que también tenía a su hijo desaparecido. En la capital, México, hicieron una huelga de hambre sufriendo el frío y el hambre. No dejaba que nosotros anduviéramos con ella.

Mi papá murió al año y medio. Entonces, mi mamá se la pasó dos años más, hasta que murió... Ya no aguantó más. Ella murió de tristeza.

Nunca vamos a olvidar ni vamos a dejar de luchar

Al ser detenido y desaparecido mi hermano Alberto, fue muy cruel el dolor que sufrimos. En mi persona, vi sufrir a mi familia y sentí las ansias

de volver a ver a Beto... todos sufrimos. Las cosas ya no fueron iguales; la familia se desintegró.

Cuando desapareció mi hermano, mi mamá fue la que anduvo luchando con otros familiares. Pero ya que quedamos sin papá y mamá, conocí a Tita Radilla, participamos en el CNI y después se formó AFADEM, y con esta figura lucharíamos por todos los familiares para exigir su presentación. Participamos en plantones en Guerrero y Ciudad de México. Desde que estuvimos ahí, ya se empezó a reunir mucha gente y, desde su fundación, yo no he dejado de estar en esta organización. Aquí estoy y vamos a seguir participando.

Luchamos con el compromiso hasta que los encontremos, y aunque no los encontremos, pero nosotros nunca vamos a olvidar ni vamos a dejar la lucha. Nosotros vamos a seguir mientras tengamos un soplo de vida.

Tantos Mesinos había y había

Yo no he salido, no he huido. Desde que estuve en la lucha voy donde quiera y si me van a agarrar, que me agarren. Yo no debo nada y si es delito luchar por defender al pueblo, pues aquí estoy. Yo ando así sin armas porque ni las sé usar.

Yo me casé, me junté con Alicia Mesino. A ella la conocí en Atoyac... ¡Tantos Mesino que había y había! Tuvimos ocho hijos, de los cuales cuatro viven y cuatro murieron. A dos de ellos los mató el sistema, el gobierno. Por luchar nos los mataron. Los asesinaron aquí. A mi hija la agarraron en Atoyac y se la llevaron a Acapulco. De ahí no le hallaron nada, la soltaron, pero después la mataron, y luego a mi hijo también lo mataron. Nosotros seguimos luchando y nos apoyó mucha gente.

Nosotros formamos una organización que se llama Organización Campesina de la Sierra del Sur (OCSS). Yo fui uno de los dirigentes que formaron la organización, con Benigno Guzmán y otro compañero. Benigno ya murió, otros se salieron y ya nada más yo quedé. Sigo en la lucha.

Nos pasó lo de Aguas Blancas: veníamos para hacer una manifestación en Atoyac y a mí me mandaron a Zihuatanejo los grupos, porque nos juntamos Coahuayutla, Zihuatanejo, Petatlán, Atoyac y Coyuca de Benítez. Yo estaba en Zihuatanejo con Tita Radilla, andábamos juntos buscando la manera de luchar para la presentación de los desaparecidos. Entonces, matan a los de Aguas Blancas, que eran 17 personas, y a mí me echan preso con otros compañeros.

Nos querían desaparecer a la familia Mesino. Pero la gente estaba dispuesta a luchar por que se hiciera justicia, que nos dijeran dónde estaban los desaparecidos. Entonces empezamos la lucha tomando calles, tomando oficinas del gobierno y carreteras para que el gobierno apoyara el campo y para que brindara láminas para la vivienda, porque sólo había láminas de cartón.

También protestamos contra la tala de monte y porque los ríos ya se estaban secando, pero nos daban largas, así que nosotros empezamos a exigirle al gobierno que ya no talara el bosque y Figueroa se reunió con nosotros. Ahí se le plantearon todos los problemas de los campesinos. Él dio algunas láminas de cartón viejas, así que no servían, y luego otras cosas, apoyó con fertilizante, y ya con eso quiso contentar a la organización. Nosotros seguimos con la lucha, sin embargo. En primer lugar, nosotros pedíamos la presentación con vida de los desaparecidos.

Entonces, lo que vino fue la represión, pues nos mataron a 17 campesinos en Aguas Blancas; esto se supo a nivel nacional e internacional: la masacre que se ejecutó a través de Rubén Figueroa, quien era el gobernador del estado y que no sólo mató a 17 campesinos, sino también empezó a desaparecer a los representantes de la organización.

Yo caí preso en el 95 y salí un año después porque no tenía la culpa; lo único que hacía era luchar para la presentación con vida de los desaparecidos y para que se apoyara al pueblo. Después de eso, vinieron y asesinaron a dos hijos míos, a Miguel Ángel y a Rocío, quienes dieron la cara y se fueron de frente al gobierno. Fueron asesinados, pero no nos calmaron y hasta la fecha todavía no nos calman, vamos a seguir luchando.

Pero sí es una cosa que el gobierno anterior fue muy cruel y cuando entra este nuevo gobernador, este nuevo presidente, pensamos que iban a cambiar las cosas y no, nada más maquilló y la represión siguió, la desaparición de compañeros siguió y hasta ahora no se hace justicia; no se hace justicia tampoco por lo de Aguas Blancas. Teníamos la esperanza con este nuevo gobernador, Macedonio, pero todo lo que hace es retratarse con Rubén Figueroa, bien abrazaditos de políticos que fueron los asesinos de los años 70 y los de los años actuales.

Entonces, pues es dura la lucha y algunos no participan porque tienen miedo, otros porque es difícil enfrentarse al gobierno, por la muerte o porque te quieren comprar. Está difícil.

Perder el miedo y salir a las calles

No estamos de acuerdo con el “perdón y abrazo”. Sabemos que los que mataron a los de Ayotzinapa fueron los del ejército. Entendemos que el Obrador no hizo nada, porque si agarrara al ejército, ya lo hubieran derrocado. Ellos son los que robaron al pueblo. Que él diga: “no balazo, mejor abrazo”, pero yo no lo creo. Dijo que iba a resolver el caso de Aguas Blancas, el caso de los desaparecidos, y nada.

Cuando desaparecieron a nuestros familiares, aprendimos que sólo unidos podemos lograr la búsqueda. La unión nos da la fuerza para perder el miedo y salir a las calles. En los pueblos, para pedir la presentación con vida de las personas desaparecidas, en la cárcel y en los juzgados, haciendo plantones como lo hemos hecho en AFADEM. Hemos buscado a los medios de comunicación difundiendo nuestra lucha por los derechos humanos, hemos aprendido mucho con la solidaridad de otras organizaciones nacionales. Hemos perdido el miedo y los buscaremos hasta encontrarlos.

Cuando pasó lo de la guerrilla, recuerdo que fue diferente

Lucía Mesino Acosta, hermana de Alberto Mesino Acosta

Me llamo Lucía Mesino Costa. Yo conocí a mi abuelito por parte de mi mamá. Se llamaba Maximino Acosta. Él era muy enojón, tenía una voz bien vozarrón. Y él nos platicaba que anduvo con Emiliano Zapata. Contaba que quedó herido, le dieron en un pie y así estaba su piecito, que no podía caminar muy bien. Mi abuelita se llamaba Tomasa Martínez, a ella le gustaba el campo. Ella molía su nixtamal en un metate para comer. Así conocí a mi abuelita. A sus papás de mi papá no los conocí porque ellos murieron cuando nosotros todavía no nacíamos.

Mi mamá se llamaba Juana Acosta Martínez. Ella se dedicaba al hogar, trabajaba para darnos de comer a todos nosotros. Mi papá era alto, blanquito. Sembraba arroz, maíz y criaba a sus marranos. Él iba a comprar alimento y combustible en bestia; no se podía regresar después de la tarde porque no había carreteras. Antes todo era bonito, no había las cosas que se ven ahora. Estaba tranquilo. Antes no había teléfono y uno vivía feliz.

Yo nací en El Escorpión, municipio de Atoyac de Álvarez y es todo lo que sé. Me gusta convivir con la gente, con mis hermanos, con mis

nietos, mis hijos, así como lo hacían mi mamá y mi abuelita. Yo conviví mucho tiempo con mi abuelita.

Cuando pasó lo de la guerrilla, recuerdo que fue diferente. Cuando fui a ver a mi mamá estaba lleno de ejército. Yo les decía que iba a ver a mi mamá porque se habían llevado a mi hermano. Mi mamá estaba muy triste, estaba llorando, y mi papá también, se enfermó y desde ahí murió de tristeza. Mi mamá murió y nunca supimos de mi hermano; ella estaba pasando hambre, dormía en las terminales.

A mi hermano no lo han encontrado; la última vez que lo ví, yo tenía a mi cuidado una niña de 5 meses, y él me decía: "hermanita, no te vayas", pero vino mi señor y me llevó. Alberto era bien bueno conmigo, era muy trabajador, y esa fue la última vez que lo vi.

¿Quién va a seguir?

Karla Alejandra Nogueta Radilla, nieta de Rosendo Radilla

Pacheco

Mi nombre es Karla Alejandra Nogueta Radilla y busco a mi abuelo, Rosendo Radilla Pacheco, desaparecido en los años 70. La historia la sé porque nos la relató mi madre. Ella sí que padeció ese infierno de la desaparición de su papá. Estaba embarazada de mí cuando pasó eso; yo ni siquiera existía todavía en vida, bueno, sí, pero dentro del vientre de mi madre.

Dicen que mi abuelo era un ser divino, maravilloso, era de las personas que tienen algo y saben compartir. Es algo grandioso saber convivir con las personas a tu alrededor y saber compartir lo que tienes. Son los legados.

Mi abuelo era una persona que se quitaba la comida de la boca para compartirla a otra gente, para darle a otras personas, y eso lo llevo yo muy adentro de mí. Siempre he dicho que me gustaría tener para poder hacer lo que él hacía antes: compartir a las personas que más lo necesitan. Habría sido diferente porque él tenía lugares a

donde ir, personas a las que ayudar y yo ahí hubiese andado al pie de él, al pie del cañón, todo el tiempo ayudando.

La verdad yo creo que cuando era niña no entendía qué era la desaparición, pero sí me dolía saber que no conviví con un ser maravilloso. Como siempre lo he dicho, si hubiera estado mi abuelo, siempre hubiera andado al lado de él, siempre, créanme, porque decía mi mamá que se iba con las vacas, iba a los corrales, iba al campo y a mí me gusta el campo como no tienen idea.

Yo siempre estaba al lado de mi madre, o sea, yendo con ella a las reuniones, a los talleres, a diferentes lugares con otras organizaciones. He ido conociendo parte de lo que pasó y de lo que sigue sucediendo todavía en nuestro estado, en nuestro municipio, en muchas partes del mundo.

Ahorita, estoy trabajando en Protección Civil, que es parte del municipio, o sea, del ayuntamiento, y pues igual ahí yo me integré porque me gusta la forma en que se trabaja, que implica ayudar a las personas en caso de desastres, en caso de derrames de árboles, en caso de accidentes, en caso de que les pase algo a las personas; o sea, todos están ahí siempre para protección del pueblo.

Creo que todo lo referente a los derechos que tenemos las personas como seres humanos no nos lo deben quitar, o sea, privarnos de nuestra libertad, ni de cómo hablar o decir lo que sentimos, expresar lo que nosotros pensamos. Mucho menos de la libertad de nuestra persona; no nos deben ni quitar la vida porque tenemos derecho a vivir.

Tengo cuatro hijas, se llaman Denisse Alejandra, Britney Naxhely, Danna Yuritzzy y Marlie Ainara. El día de hoy existe una persona muy importante en mi vida, Leonel García Benítez.

Trato de que mis hijas salgan lo menos posible. ¡Bueno!, ahorita ya son adultas tres de ellas y ya hacen lo que quieren. Ellas saben la historia de mi abuelo. A veces han venido algunas cuando hacemos aquí eventos, también cuando hay excavaciones; algunas se han acercado por acá, vienen a ver aquí a mi madre a la oficina, platican con ella, están enteradas de todo esto, de esta situación.

Ellas son de corazón bondadoso. Les he enseñado mucho; eso es lo que más debe prevalecer aquí en nuestro municipio: la bondad de la gente, el corazón para poder apoyar, ayudar sin pedir nada a cambio. Creo que hace falta inculcarle esto mucho a nuestros hijos para que ellos puedan también seguir avanzando en la búsqueda,

pero pues ahorita los jóvenes ya no quieren nada de este tipo de cosas y por eso es preocupante ponerse a pensar quién va a seguir. Pero también hay otros que sí, hay personas que sí lo hacen todavía, y algunos jóvenes de otras organizaciones que he visto yo que ahí van siguiendo con el compromiso de la búsquedas.

A los jóvenes les invitaría a que se unan, que no dejen atrás lo que sucedió, porque no es algo que se tenga que olvidar, es algo que todavía sigue pasando, hay muchas desapariciones, y pues es preocupante eso, porque todos estamos expuestos a ello, no estamos exentos, así que también tienen que ponerse en nuestros zapatos.

Vamos a seguir en la lucha, vamos a seguir buscándolos, no vamos a descansar hasta saber dónde los dejaron y saber qué pasó con ellos. Mi mamá yo sé que tampoco va a dejarlo, ella va a seguir hasta el fin de sus días y ahí vamos a ir nosotros detrás de ella, ahí vamos a estar. No claudicaremos, seguiremos en la lucha hasta encontrarlos.

Decidió ir en busca de camarones

María de Jesús Olea Radilla, hija de Adaulfo Olea Hernández

Mi padre es Adaulfo Olea Hernández, hijo de Ramón Olea Flores y Margarita Hernández Navarrete. Él medía de estatura 1.70 metros; tenía cabello castaño, tez morena y complexión delgada.

Se casó a los 20 años con mi madre, la señora Sixta Radilla Castrejón a la edad de 22 años, y procrearon 10 hijos, los cuales llevan por nombre: María de Jesús Olea Radilla, Ramón Olea Radilla, Lionel Olea Radilla, Víctor Olea Radilla, Teresa Olea Radilla, José Luis Olea Radilla, Inés Olea Radilla, Romina Olea Radilla, María Eugenia Olea Radilla, Ignacio Olea Radilla.

Durante nuestra infancia vivimos en el Rancho la Angostura. Ahí mi padre cosechaba maíz, ajonjolí y cocos.

Cuando tuvimos que ingresar a la escuela, migramos a El Ticui, municipio de Atoyac, donde ingresamos a la primaria Valentín Gómez Farías. Terminando nuestra primaria, cinco hermanos ingresamos a la secundaria federal número 14 "Mi Patria es Primero" y otros 5 estudiaron en El Ticui.

Al terminar la secundaria, por el año 1974, en el mes de agosto, sucedió la tragedia de mi padre. En esa época estaba el toque de queda, es decir, nadie podía salir a ningún lado. Entonces mi padre decidió ir en busca de camarones al arroyo de La Angostura. Lo aprehendieron en el camino del Rancho Huerta de los López.

Como no llegaba a casa, mi madre avisó a mi abuela Margarita Hernández y su hermana Gregoria Hernández Olea, y juntas empezaron su búsqueda en el lugar donde lo aprehendieron, pero esta no fue nada favorable. Vinieron al cuartel, donde no daban ninguna noticia: dijeron que no había nadie ahí.

Después mi madre se unió en la búsqueda con la señora Tita Radilla. Nunca supo nada de él. Ella falleció sin saber nada, así como su madre y sus hermanos.

Siguió buscándolo por donde quiera

Gaudencia Onofre Campos, esposa de Raymundo Morales
Gervacio

Mi nombre es Gaudencia Onofre Campos. Soy originaria de Atoyac de Álvarez, Guerrero. Busco a mi esposo Raymundo Morales Gervacio; él fue originario de la comunidad de Tres Pasos, municipio de Atoyac. A Raymundo le gustaba trabajar en el campo, le gustaba el deporte y estudió la primaria. Me casé con él en el mes de julio de 1973.

Raymundo fue detenido el 13 de julio de 1974 por los militares. Su familia era muy pobre, su papá trabajaba en la siembra de maíz, frijol, arroz y café. Después de que desapareció sus hermanos se fueron a otro lugar, por miedo de ser aprehendidos, pero su mamá siguió buscándolo por donde quiera.

Sin rodeos

Emma Radilla Ocampo, sobrina de Rosendo Radilla Pacheco

Soy hija de la señora Romana Ocampo Benítez y del señor J. Nieves Radilla Pacheco, hermano del desaparecido Rosendo Radilla Pacheco. Soy la hija de dicho matrimonio, del que fueron en su totalidad seis hijos.

Yo soy una persona, ahora sí que, ¿cómo decir?, soy de carácter fuerte. A mí me gustan las cosas que se den con sinceridad, que no andemos con rodeos. Que todo se haga de frente y sean sinceras las personas, porque si no, no llegamos a nada bueno. En mí predomina mucho el apoyar a las personas, ser empática con ellas.

Yo viví en casa de mis abuelos paternos, Felipe Radilla Radilla y Agustina Pacheco Ramos, en la calle Emiliano Zapata, casa número 7, en esta ciudad de Atoyac, por lo que convivimos con la familia de mi papá, entre ellos, con Rosendo Radilla Pacheco, a quien no le gustaba que le dijéramos tío. De ahí mi padre nos llevó a vivir a una huerta de coco. Ahí tenía una casa; se cosechaba coco, maíz, frijol, arroz y ajonjolí. En tiempo de lluvia, como estaba cerca el río, no recuerdo qué huracán pasó que arrasó con todo el patrimonio, por lo que mi abuelo materno le compró a mi madre una casa en la calle Álvaro Obregón número 27

del centro de Atoyac de Álvarez, donde vivimos hasta que fallecieron mis mencionados padres.

Viviendo en ese lugar, un día domingo 25 de agosto de 1974, mi papá tuvo conocimiento de que, en un retén militar de la carretera Acapulco-Zihuatanejo, entre los puntos Alcholoa y Cacalutla, fue bajado del autobús, en compañía de su hijo menor de edad, su hermano Rosendo Radilla. Mi padre falleció sin saber el paradero de su hermano desde esa fecha.

Le llevó un armadillo a mi mamá

María Guadalupe Radilla Reyes,
hermana de Alberto Radilla Reyes

Mi hermano Alberto Radilla Reyes se dedicó al campo, nada más al campo. Y lo más triste es que dejó a sus hijos. Su primer hijo tenía un año, iba a cumplir un año apenas. Y luego salió embarazada su mujer de otro niño y quedó embarazada ya para aliviarse.

Y cuando hubo aquí en El Ticui una orden de cateo, los militares los sacaron a todos a la cancha. Y ahí andaba un muchacho que era vecino de nosotros. Y le dijo a mi mamá: "Doña Mella, allá está Alberto". Ella dijo: "¿a dónde?".

Así, con ansia, se fue a verlo. Le dio chance el coronel de que lo fueran a ver, le llevaban comida y todo. Lo habían vestido de soldado. Y ya le dijo mi hermano a mi cuñada: "Vieja, aguántate, aguántate lo más que puedas; yo voy a salir, voy a salir", pero no, nunca regresó.

Quizás lo golpearon, no sé qué pasó, porque dicen que le sacaron que era bastimentero de Lucio Cabañas, y que él dijo que no, y dicen: "no, pues ya al último lo golpearía o quién sabe, porque dicen que le sacaron la sopa y se hizo culpable de abastecimiento de Lucio Cabañas".

Después llegó el coronel y mi mamá le dijo: "Bueno, coronel, ¿y mi hijo?". "No, señora, a su hijo se lo llevó el batallón para allá para el

Plan del Carrizo", dice, "allá se lo levantó el helicóptero, porque su hijo se hizo culpable de bastimento de Lucio Cabañas". Fue mentira, mi hermano acababa de llegar de su milpa, de cortar su maíz. Le llevó un armadillo a mi mamá para que se lo hiciera al chile verde. No se lo comió, porque ya se lo habían llevado. Y ya después nos dijeron que a él lo habían tirado al mar.

Cuando se llevaron a mi hermano, estábamos rodeados de soldados, con miedo de que nos fueran a golpear, nos fueran a llevar. También se fueron a buscar a mi papá. Mi mamá andaba con hachones de ocote buscándolo. Me acuerdo que mi hermano tenía un perro grande; le decían El Lobo, y el perro aullaba, porque estaba puesto con él. También el perro se fue con mi mamá a buscarlo, pero nunca lo encontraron.

En esos tiempos, el ejército se llevó todo: los animales que tenían se los llevaron, se los comieron, quién sabe qué cosa harían con ellos. Llegaban los soldados, les dábamos de comer, todavía nosotras ahí. Era imposible ya. De mi tío Vicente, se llevaron su vaquita también. Todo se llevaron.

Yo no me acuerdo de la fecha en que desapareció porque estaba chiquita, pues tenía como 10 años. Yo nací en 1961, el 12 de diciembre. Estaba chiquilla, pero sí me acuerdo cuando se lo llevaron, cuando los

militares rodearon la casa, golpeaban y yo sola nomás con mis hermanitos. Teníamos temor de que nos fueran a hacer algo a nosotros.

Y yo quiero justicia por mis sobrinos, Cruz Alberto Radilla Arzeta y Javier Radilla Arzeta, hijos también de Genoveva Arzeta. Ellos están desesperados por su papá. Ellos no quieren apoyo. Como dicen que les van a ayudar, que les van a dar a ellos por lo de su papá, pero ellos lo que quieren es ver a su papá. Aunque ya viendo la situación, pues, ¿ya qué más les puede quedar a ellos sino que los ayudaran?

Lo que nosotros queremos es justicia. Mi mamá ya falleció y con la esperanza de mi hermano, con la esperanza de que la ayudaran. Queremos que nos den un resultado sobre ellos, porque la verdad nosotros ya nos cansamos de esperar. Todos nosotros estamos desesperados, todos los compañeros. Así que necesitamos justicia pronto, porque ya se está acabando la gente y nada.

Los familiares de los desaparecidos se van con la ilusión de encontrar y nada. Así estamos todos enfermos, así nos vamos acabando y nomás no vemos ninguna esperanza de nada de ellos. Lo que queremos es una solución. Nosotros lo que queremos es justicia. Queremos que hagan justicia porque lo estamos necesitando.

Permanecer, seguir, estar aquí en búsqueda

Tita Radilla Martínez, hija de Rosendo Radilla Pacheco

Yo soy Tita Radilla, hija de Rosendo Radilla Pacheco, desaparecido el 25 de agosto de 1974. La familia Radilla Martínez se componía de papá Rosendo, mamá Victoria, mi abuelita Natividad y 13 hijos: 12 mujeres y un varón. La hija mayor es Romana; la segunda, Evelina, falleció a los 21 días de nacida; luego están Agustinita, Andrea, Eurelia y Rosa y yo, que soy la sexta; después de mí, siguen Ana María, Agustina, María del Carmen, María del Pilar, Judith, Rosendo y Victoria.

Vivíamos junto a la casa de mis abuelos paternos, Agustina y Felipe. Mi abuelo Felipe trabajó en el campo, igual que mi papá; las abuelas se dedicaban al trabajo de la casa y al cuidado de los niños. Mi papá tenía vacas y ordeñaba tarde y mañana; mi abuelita Naty vendía la leche y hacía el queso para vender. Éramos una familia muy feliz, siento yo; no carecíamos de alimentos y todas nuestras necesidades las cubrían entre mi papá y mi abuelita.

Me gustaba acompañar a mi papá a la ordeña, también lo acompañaba en el tiempo del corte de café, a la compra de ganado y las distintas actividades que él realizaba.

Fue muy difícil sobrevivir a su desaparición, nada ha sido igual desde que él no está. El dolor y la angustia de no saber dónde está, qué ha pasado con él, me han impulsado a seguir buscándole.

Él es el motivo de que mi vida y la vida de toda la familia cambiara tan drásticamente: dejé de reír, dejé de bailar, dejé de cantar, dejé de ser la persona amorosa con su familia. En el momento de su desaparición yo ya estaba casada, tenía mi primera hija y estaba esperando la segunda; después tuve otros tres hijos más y, desde 1992, me encuentro como representante de AFADEM.

Rosendo Radilla Pacheco nació el 1 de marzo de 1914, en la comunidad de Las Clavelinas. Es hijo de Felipe Radilla Radilla y Agustina Pacheco Ramos. Según contaba mi abuelita, desde pequeño era muy inquieto, le gustaba trabajar en el campo y pastorear a los animales. Cuando era pequeño, la familia fue desplazada al pueblo de Atoyac.

Él era de mediana estatura, moreno claro; sus ojos eran pequeños, de color café oscuro; su boca, regular. Usaba un pequeño

bigote; le gustaba vestir de pantalón de pastelones y su camisa de manga larga. Para salir, vestía botines o zapatos y, para trabajar en el campo, su vestimenta era de una tela que parecía de mezclilla con mangas largas. Trabajaba en el campo y siempre, cuando llegaba a la casa, sonriente, traía algo para nosotros: elotes asados, mangos, sandías, flores o lo que él encontrara.

A él le gustaban las flores. Siempre que salía al campo nos traía unas. Primero a mi mamá, después a nosotras. A cada una de nosotras nos decía un nombre de flor distinto. Yo era flor de floripondio. Y cada una tenía ese secreto con él... Lo descubrimos 35 años después de su desaparición.

Mi papá quería estudiar y se vino al centro de Atoyac, pero sólo pudo hacerlo tres meses, porque su abuelo decía que él no era una señorita para estar en el pueblo, que él tenía que labrar la tierra como todos sus antepasados.

Le gustaba apoyar a las personas; estaba en la Asociación Cívica Guerrerense y fundó la Liga Agraria Revolucionaria del Sur Emiliano Zapata. Realizaba gestiones para que hubiera escuelas y cosas de salud en las comunidades. Fue presidente municipal en 1955; trabajó mucho en la construcción de la escuela Modesto

Alarcón y en el Hospital Rural de Atoyac, que hoy es el Centro de Salud de La Parota.

Él fue desaparecido el 25 de agosto de 1974 en un retén militar. Hoy sabemos que lo trasladaron de ese lugar al cuartel militar de Atoyac. Él iba para Chilpancingo con mi hermano Rosendo, que tenía 11 años de edad. Fue mi hermano quien me informó que lo habían detenido; me contó que mi papá le dijo que avisara a la familia.

Desde ese momento, lo empezamos a buscar con quienes estaban en la búsqueda de los desaparecidos de la Universidad Autónoma de Guerrero (donde ahora mi hermana Andrea es maestra), con el Frente Estatal contra la Represión y con el Comité Nacional Independiente Pro Defensa de Presos, Perseguidos, Detenidos, Desaparecidos y Exiliados Políticos (CNI), que hoy es AFADEM.

Yo tenía el caso en 1992 y, desde ese momento, mi objetivo ha sido encontrarle, no sólo a él, sino a los cientos de personas detenidas desaparecidas en el país que hoy se encuentran por miles en este proceso.

Hemos logrado que la Comisión Nacional de los Derechos Humanos iniciara una investigación y creara una Fiscalía Especial

sobre Movimientos Sociales y Políticos del Pasado (FEMOSPP). También, que se creara una Comisión de la Verdad Estatal y que se dictaran una sentencia de la Corte Interamericana y una sentencia del Juzgado Noveno de Distrito en Guanajuato.

Desde el momento de la desaparición de mi papá, la familia, encabezada por mi mamá, inició la búsqueda junto con otras personas familiares de desaparecidos que realizaron muchas actividades, como marchas, mítines, huelgas de hambre y denuncias públicas, sin que el Estado respondiera.

Mi mamá falleció en 1984, y yo empecé a acudir a las reuniones y a participar en las distintas actividades. El 24 de mayo de 1992, se realizó en Atoyac el congreso de la organización, que era el Comité Nacional Independiente Pro Defensa de Presos Perseguidos Detenidos Desaparecidos y Exiliados Políticos (CNI), en el que se formó el Comité de Familiares Detenidos Desaparecidos de la Costa Grande de Guerrero, del que fui nombrada presidenta. Desde ese momento hasta hoy, he estado al frente realizando los distintos trabajos para dar seguimiento a cada uno de los casos ante las instancias correspondientes.

En mayo de 1999 realizamos las primeras denuncias formales ante el Ministerio Público local de Atoyac de Álvarez, donde presentamos cinco casos. Pero en esa instancia no dieron ningún resultado, ya que se declararon incompetentes y los enviaron a la Procuraduría del estado. En noviembre de 1999, presentamos un paquete de denuncias ante la Procuraduría General de la República que creó una mesa donde serían atendidos nuestros casos. Así se acumularon 142 casos, y entonces también se declararon incompetentes, por lo que los enviaron a la Procuraduría General de Justicia Militar, donde nos citaron a declarar para los juicios de Mario Arturo Acosta Chaparro y José Francisco Quiroz Hermosillo, quienes estaban presos en el campo militar número 1 por narcotráfico, pero también habían sido señalados como responsables de desapariciones por sobrevivientes de estos crímenes.

Posteriormente la CNDH hizo una investigación y un informe en el que recomendaba la creación de una fiscalía especial, que fue creada en 2001 por decreto presidencial del entonces presidente Vicente Fox; esta recibió alrededor de 800 denuncias por detención, tortura, ejecuciones, violaciones sexuales y desapariciones forzadas.

La Fiscalía desapareció sin haber cumplido con su cometido, pues no encontró ningún desaparecido ni sancionó a ningún perpetrador.

Hemos seguido presentando distintos escritos, peticiones, denuncias sin encontrar respuesta; hemos llegado a las distintas instancias internacionales. El Estado mexicano tiene una deuda con las familias.

Entre muchas cosas más importantes que hemos logrado, se encuentra el hecho de que hemos puesto el caso de Rosendo donde está, porque, de alguna manera, teníamos mucha información. Fue un caso que, por todo el trabajo que se ha hecho, es como el botón de muestra para evidenciar lo que pasó. Para documentarlo, estuvimos en las Islas Marías, estuvimos muchas veces en el Archivo General de la Nación, yo he estado en muchos archivos donde sé que hay información. Entonces, hemos demostrado, y logramos que el Estado mexicano reconociera que en México había desapariciones forzadas. A veces dicen: "Estos nomás están aquí, tienen mucho tiempo, no están haciendo nada", pero estamos haciendo y no sólo para beneficio de nuestros casos, sino para beneficio de los casos antiguos y también de los casos recientes.

Antes el juicio de amparo, por ejemplo, no se podía poner por una persona desaparecida. Hoy se puede poner el juicio de amparo y, además, los derechos humanos subieron a rango constitucional debido a la sentencia de la Corte Interamericana en el caso de Rosendo Radilla.

Yo creo que hemos tenido muchos logros, finalmente somos todos quienes mantenemos y sostenemos este movimiento. Entonces, tenemos que sentirnos orgullosos de permanecer, de seguir, de estar aquí en búsqueda de nuestros seres queridos.

A mi padre le hubiera gustado continuar apoyando a su pueblo. Él quería hacer una colonia para las personas que no tenían casa, seguir gestionando para tener agua potable y medicamentos; hubiera querido ver crecer a todos sus hijos, conocer a sus nietos y a sus bisnietos, ayudar a toda la familia en distintas necesidades, ver que la violencia hubiera terminado, que quienes estaban desaparecidos regresan a casa.

A mí me hubiera gustado que él nunca se hubiera ido, que hubiera partido hasta que Dios le hubiera llamado, que yo también pudiera estar con él y con mi familia, haber criado a mis hijos como debe ser y que no hubiera ninguna persona desaparecida y que,

como cuando era pequeña, la vida de los pueblos y comunidades
estuviera en paz.

Nunca más aceptemos gobiernos autoritarios

María de los Ángeles Reyes Argüello
María Isabel Reyes Argüello,
hijas de Vicente Rojas Zamora

Vicente Rojas Zamora era originario de Río Chiquito, municipio de Atoyac. Vivíamos muy unidos gozando de una vida estable social y económicamente. Mi padre era un campesino próspero, ganadero y caficultor; esas eran sus actividades de más relevancia.

Mi padre era muy sociable, le gustaba cantar y tocar su guitarra y cantar cuando alguien moría, especialmente niños, y le gustaba ser mayordomo el día de la Santa Cruz, y el 12 de diciembre. Era muy altruista, para ese día donaba una vaca.

Con la llegada del gobierno en busca de Lucio Cabañas, en los años setentas de la "Guerra sucia", todo se terminó, al grado de que nuestra familia abandonó todo su patrimonio, salió del pueblo y se desintegró.

En el año 1974 nuestro padre fue detenido temporalmente, golpeado y torturado; le rompieron las dos costillas y ya no pudo ser bueno de salud, y por tal motivo, tampoco podía trabajar como antes. Por eso ya no pudo darnos una carrera, como era su pensamiento.

Pedimos a las nuevas generaciones que nunca más aceptemos gobiernos autoritarios y neoliberales, para que no destruyan hogares y familias inocentes. Alcemos la voz.

Le entregaron un pedazo de camisa

José Luis Reyes Cortés, hijo de Roberto Reyes Piedra

El nombre de mi papá es Roberto Reyes Piedra. Él era muy tranquilo y muy trabajador. A nosotros nos enseñó lo mejor que se pudo, porque de él aprendimos a trabajar, aprendimos a criar sus animales y lo que debe de tener uno en la vida.

Éramos campesinos. Cuando nosotros éramos muy chicos, él trabajaba; éramos siete y no le alcanzaba porque él trabajaba solo. Cuando nosotros fuimos creciendo, empezamos a ayudarle; trabajamos mucho y tuvimos mucho trabajo para poder levantarnos. Todo esto pasó cuando ya nosotros nos sentíamos más o menos jóvenes. No hicimos una riqueza muy grande, pero sí teníamos de qué vivir.

A mi papá se lo llevaron junto a su hermano, Rubén Izazaga Piedra. A ellos dos los desaparecieron; los sacaron en la madrugada, los cargaron en Acapulco y de Acapulco a Petatlán, luego a Técpan; de Técpan a Zihuatanejo; después, los volvieron a regresar a Acapulco... Cuando los volvieron a regresar a Zihuatanejo, mi mamá fue ahí y preguntó por él y le dijeron que ya le habían dado la

libertad. Mentira: no le habían dado la libertad, ahí fue donde ellos ya no aparecieron.

Entonces, mi papá ya no regresó. Todo se nos desvaneció a nosotros, y se fue acabando todo, al grado de que el gobierno se aprovechó de lo que teníamos. Se comían nuestros animales, nos tiraban el maíz; ahora sí que fue una gran desgracia para nosotros. Nosotros ya no vivíamos en la casa porque los militares de ahí no salían; decían que nos querían a nosotros porque íbamos a tomar como una guerrilla en contra de ellos, y pues nos echaron a dormir al campo. Ahí fue que se empezaron a aprovechar de nosotros.

Cuando ya no pudimos estar allá, mi mamá buscó la manera de sacarnos y pues ella lo logró, y pues, hasta ahorita estamos vivos.

Mi mamá fue quien estuvo buscando a mi papá; se llama María Arzate. Ella se ponía el apellido de mi abuelita: Arzate Piedra. Pero yo me pongo José Luis Reyes Cortés, porque cuando ella nació, su mamá murió en cuanto ella dio a luz. Entonces, el señor que la crio es don Juanito Cortés. Y su abuelita de ella, mi tatarabuela, no le quiso poner el apellido de mi abuelito Juan Cortés, le puso el apellido de ella, Arzate. Pero dice el dicho que es más padre el que cría que el que engendra, porque ella a su papá no lo conoció. Ella conoció a su

papá de crianza, que fue mi abuelito Juan Cortés. Entonces, yo me pongo el apellido de mi abuelito porque yo sí conocí a mi abuelito. Él me platicaba que él había criado a mi mamá desde recién nacida y, desde entonces, yo me pongo el apellido de él.

Ella es la que lo anduvo buscando. Le entregaron un pedazo de camisa y otro pedazo de camisa de mi tío a mi tía, era de la ropa que ellos usaban. El comisario que les entregó esa ropa les comentó que él enterró los restos porque los animales ya se los habían comido. Según llevaron a mi mamá a donde ellos los enterraron. Le dijeron: "Aquí está enterrado". Pero no sabemos nosotros si en verdad son ellos o son otras personas. Todavía estamos en la fe que a la mejor sean ellos los que están en ese lugar.

Hay deseos truncados, impotencia de los acontecimientos

Ma. Griselda Reyes Lara, hija de Bernardo Reyes Félix

Mi nombre es María Griselda Reyes Lara. Mi padre, Bernardo Reyes Félix, nació el 27 de noviembre del año 1935. Era hijo del señor Eliseo Reyes Benítez y de la señora Galdina Félix Nario, originarios de Atoyac de Álvarez, Guerrero. Sus hermanas eran Angelina Reyes Félix Domingo, María de Jesús y Joaquina. Él era el más pequeño. Todos de apellido Reyes Félix.

A mi padre le gustaba el campo, le gustaba ir acompañado de mi abuelo, aunque él ya era hombre adulto. Siempre respetó a mi abuelo, y lo que él decía, lo acataba. Siempre fue un hijo obediente. Lo que mi abuelo decía, se hacía.

Mi padre se casó con la señora María Inés Lara Ríos y procreó seis hijos: tres mujeres y tres varones. Los llamaron Israel, Eliseo, María del Rocío, María Griselda, Homero y Eliseo Bernardo, todos de apellido Reyes Lara.

Él era moreno claro, medía 1.62 metros; era rojizo, de pelo ondulado, dentadura propia, de dientes pequeños, carácter fuerte y

amoroso. Su familia siempre fue su prioridad. Era buen esposo, responsable, tomaba poco; visitaba a sus amigos vecinos y jugaban barajas y dominó; era campesino, albañil y sastre, que era su oficio preferido.

Bernardo Reyes Félix era cabeza del hogar y quien daba el sustento a la familia. Un padre amoroso que se preocupaba por ella. Si nos enfermábamos, estaba siempre pendiente. Nos inculcó buenos principios; nada lo distraía que no fuera nuestro cuidado.

Fue un hijo respetuoso con su padre. Perdió de niño a su madre. Fue el más pequeño de cinco hermanos, muy juguetón, compartía momentos con la familia.

Empezó a inquietarse por los problemas que el mal gobierno imponía. Le despertó la problemática del sistema político y fue cuando se involucró en ellos y fue participante.

Empezó a organizarse con otras personas que no estaban de acuerdo con los ideales del mal gobierno. Yo vi y conocí a personas que lo visitaban en mi casa. Perteneció a la Liga 23 de Septiembre con Genaro Vázquez Rojas.

No desistió, a pesar de que hubo personas que le aconsejaban que se retirara del movimiento. Una de ellas fue mi abuela materna.

Fue muy doloroso cuando ya no lo empezamos a ver; era por días que ya no se quedaba con nosotros por cuidar de su vida, porque lo vigilaban personas que sirvieron como "madrinas", como les decían. Las madrinan a ellos los entregaban. Eso me dolía porque ya no disfrutábamos de su presencia, de su convivencia. Por eso se fue a la ciudad de Acapulco y allí vivió un tiempo.

Mi padre, Bernardo Reyes Félix, fue detenido-desaparecido el 24 de septiembre de 1972 en la ciudad y puerto de Acapulco. Nos enteramos por medio de una carta que escribió mi padre y le entregó al luchador Octaviano Santiago Dionicio. Mi padre en ese entonces fue detenido en los separos de Acapulco. Octaviano recibió dicha carta en la que decía dónde había sido detenido por agentes judiciales, la policía y soldados que rodearon el domicilio en el que se encontraba con otros compañeros. Uno de ellos, el señor Guillermo Sotelo Raviela, que ha dado testimonio de su detención junto a mi padre y que fue exiliado a Cuba.

Mi padre quedó detenido en los separos en el puerto de Acapulco, donde, según dio fe el señor Octaviano Santiago Dionicio, y lo que decía la carta, mi padre se encontraba enfermo, golpeado,

sin comer, sin ser entrevistado por el agente del Ministerio Público o alguien para que declarara. Estaba incomunicado.

Uno tiene en la memoria cómo fue detenida nuestra persona desaparecida; uno plasma la fecha y por quién fue detenido. En mi caso, yo puse la fecha de la carta que él envió y yo digo siempre, si esa carta no la hubiera enviado, tal vez ni siquiera hubiéramos sabido la fecha.

Nos decía ahí cómo se encontraba incomunicado, golpeado y sin haber comido; se encontraba enfermo. Nos pedía que buscáramos la manera de ver cómo se le podía ayudar en su detención. Pero desgraciadamente fue como a los quince o veinte días cuando llegó esa carta. Yo creo que buscó la oportunidad de escribirla y hacerla llegar, porque donde él estaba recluido había otra persona detenida, conocida de él, el luchador social Octaviano Santiago Dionicio. Entonces, a él le entregó esa carta y cuando su mamá fue a visitarlo, un domingo, se la dio a ella. Le dijo: "Mamá, hazle llegar esta carta a la familia de Bernardo".

Cuando mi tía Dominga recibió la carta, mi padre tenía como 15 días detenido. Fue una noticia triste y dolorosa, porque conocíamos lo que eso significaba para la familia y que tal vez ya no lo

veríamos, que nuestras vidas no tendrían sentido, quedaría un vacío total, y mi madre se quedaría sólo con nosotros, todos menores de edad, sin saber qué hacer para su búsqueda y averiguar su paradero.

Yo tenía como 9 años en ese entonces. Recuerdo todas esas cositas y cómo nos empezamos a sentir. Él era la cabeza del hogar, el que llevaba el sustento y todo. Octaviano nos citó con mi hermano en Acapulco. Él ya estaba libre y nos contó cómo fue todo; nos platicó cosas que él hubiera podido hacer, pero se confió, dijo: “Yo no me imaginé que a Bernardo me lo fueran a sacar porque ya se había dado la ley de amnistía”.

Tuvimos que enfrentarnos a la vida, con altas y bajas. Nos convertimos a temprana edad en adultos desafiando lo que el destino nos llevara, con el apoyo de mi abuela materna y una tía hermana de mi padre, Dominga. Ella tomó el lugar de mi padre; fue un apoyo con mucho cariño hacia nosotros, porque él un día le dio ese encargo; esas fueron las personas que nos ayudaron, y Dios, que no nos abandonó. Mi abuela materna Romana Ríos Tapia y mi tía Dominga fueron personas importantes en nuestras vidas.

Mi abuela Romana vendía antojitos mexicanos en el mercado. Su horario era cuando acababa Porfirio Cadena; ella oía ese

programa, ya se iba y me decía a mí: "Hija, ya vete". Yo mucho la buscaba. En su casa, tenía una chimenea bien grande, donde ella todo guisaba, también su atole. Pero ella en el 77 murió electrocutada, ahí en el Zócalo. Yo en ese tiempo estaba en Chilpancingo: estudié el sexto año allá porque mi hermana tuvo a su bebé y me dijo que la apoyara en lo que ella hacía su servicio social, y me fui. Yo me decía: "¿Por qué me fui? Tal vez no le hubiera pasado eso a mi abuelita", o no sé, pero yo sentí que me dolió mucho porque después de mi papá ella era nuestro apoyo. Era un gran apoyo, desde la comida que procuraba para nosotros.

Me trajeron a su funeral de engaño; me dijeron que mi mamá estaba enferma, pero cuando iba llegando a la casa, vi muchas bancas, dije: "¡No!, algo pasó". No me imaginé que era mi abuela. La descarga la quemó; cuando la soltó el cable, la tiró, tiró todo lo que llevaba. Era tiempo de lluvia, en el mes de junio. Mi mamá no daba crédito, no quería creer. "¿Por qué en el Zócalo?", se preguntaba, "si ella caminaba del otro lado, hasta llegar al mercado, ¿por qué mi mamá estaba en el Zócalo?".

Desde el principio de la desaparición de mi padre, fue mi mamá la que inició la búsqueda; se organizó con otros para saber de

sus familiares. Tocaron puertas e indagaron para obtener un resultado; realizaron marchas, mítines, huelgas de hambre y se organizaban en casas particulares para ver qué estrategias realizar, sin tener quién los orientara en ese tiempo. Los rechazaban con maltratos diciéndoles que se dejaran de andar haciendo movimiento para la búsqueda, que estaban desorganizados y que por eso no había respuestas ni resultados positivos.

Con el tiempo, hubo la necesidad de organizarse como colectivo; fue entonces que en el año 1978 se formó AFADEM, con la señora Tita Radilla; de esa forma más familiares se agregaron a la lucha por los desaparecidos, entre ellos mi mamá, pero cuando empezó a enfermar, me pidió que me uniera con doña Tita.

Con el tiempo vinieron las enfermedades, murió mi tía en el año 1989 y en el 2000 murió mi madre, sin haber tenido la verdad y justicia. Como la que inició fue ella, cuando ya tenía su enfermedad muy avanzada, me dijo: "Tú sigues la búsqueda, únete a Tita. Ella es hija de Don Rosendo, yo creo que de ella, como hija, no vamos a desconfiar, porque así como ella tiene el amor en la búsqueda de su padre, quiere saber de él, pues las va a abrazar a las que se integren".

Entonces, después de mi madre, yo seguí la búsqueda de mi padre. Ahora pertenezco al colectivo de AFADEM con la señora Tita Radilla.

Queremos saber qué fue de nuestros familiares, qué suerte les tocó en ese tiempo. Porque sabemos y estamos conscientes que vivos no están, pero uno está con la idea y uno los reclama a ellos en vida. Mientras no tengamos prueba de su muerte, no podemos decir que ya murieron. Pero aquí mientras que Dios nos preste vida, vamos a seguir la lucha.

Hasta el día de hoy permanezco en la búsqueda-lucha por los desaparecidos; hemos participado con otros colectivos y a la vez hemos aprendido; es por eso que estoy en la búsqueda y sigo, porque nace por amor a mi padre. Mientras Dios me preste vida, lo haré de corazón.

El tiempo que ha existido AFADEM he permanecido constante en todas las actividades. Siempre me he dado un espacio para participar en reuniones y talleres en apoyo a otros colectivos. He demostrado el interés de ser constante, sin fijarme si mis demás hermanos lo pueden hacer. Yo apporto lo que está en mis manos y posibilidad y lo hago por amor a mis padres. Han pasado 42 años desde que se formó AFADEM, y hasta el día de hoy, y mientras Dios me

preste la vida, aquí seguiré en la búsqueda por la verdad y justicia, hasta encontrarle. En total, han pasado más de 50 años.

Siempre pongo la fecha de mi papá, el día que nació y el día que se lo llevaron. Son recuerdos que jamás vamos a olvidar, aunque pase el tiempo, porque se nos quedan en nuestra mente y corazón. Cada compañero también recuerda a su ser querido y piensa en sus deseos; los de mi papá serían continuar con la familia con sus hijos, o sea mis hermanos y yo y compartir momentos buenos y malos con su esposa, mi madre, con sus nueras y yernos, y disfrutar de los nietos, darles buenos consejos, inculcarles buenos principios y valores, formar buenos hombres y mujeres de bien, portadores de beneficios a la sociedad. Seguramente mi padre estaría súper orgulloso de su descendencia.

Pero todo quedó truncado; nuestros deseos se esfumaron sin lograr los objetivos que nuestros padres deseaban; no nos preparamos como hubiéramos querido, y nada fue igual. El mundo se nos derrumbó; vinieron carencias, enfermedades y problemas familiares. Nos desprotegimos; todo eso vino a ser cicatrices en nuestras vidas. Son heridas que jamás serán cerradas. Y así va de

generación en generación. Todo eso lo hemos transmitido. Quedaron los nietos sin su abuelo, no tuvieron el gusto de haberlo conocido.

Hay deseos truncados, sueños no realizados, impotencia de los acontecimientos, sin verdad ni justicia, y gobiernos corruptos, sordos al dolor ajeno.

Algunos tienen características e inquietudes como las del abuelo, y dicen "ya lo traemos en la sangre: amamos la justicia". Cuando se presenta la ocasión, se expresan ante la injusticia, se duelen por ella.

Reconocemos que somos rebeldes. Nos sentimos orgullosos de ser descendientes de ese hombre inquieto que no solo buscó el bien para él, sino para toda una sociedad. Él, ese aguerrido luchador Bernardo Reyes Félix, a quien tal vez ustedes no reconozcan, pero nosotros sí, y eso nos mantiene tranquilos.

¡Hasta la victoria siempre, los desaparecidos siempre serán recordados y jamás olvidados!

En este país no hay pena de muerte

Jovita Ríos Reyes, hija de Salomón Ríos García

El nombre de mi papá es Salomón Ríos García. Él era una buena persona conmigo. Yo siempre andaba con él; nos íbamos a la playa, a Pie de la Cuesta, nos íbamos a todos lados, y ahí andaba yo con él. Él me enseñó a nadar en el mar y todo, porque él sabía muy bien nadar. Ahí andábamos en Pie de la Cuesta, hasta comiendo las esas cucarachas de mar, que les decía él; las preparaba así con tomate, cebolla y todo. ¡Y nos las comíamos! Les poníamos salsa Búfalo.

Recuerdo su carita, así larguita; yo no me parezco mucho a él; me parezco más a mi mamá, pero su carita era larguita. No era feo, mi papá. Y sus pelos eran necios, le decía yo; se usaba antes el peinado partido. Sí se veía muy bien mi papá; yo hasta tenía fotos, pero ahorita no las traigo en el celular. Era muy bien parecido, ni muy alto ni muy bajito. A lo mejor Lucio, el profesor, era más bajito; él sí era bajito, siempre usaba su sombrerito chiquitito.

Mi papá fue campesino. Él no estudió. No tenía estudios. Él, más bien, estudió de grande, porque allá donde ellos andaban, con la guerrilla, había maestros y les enseñaban de todo: a leer y a escribir a

los que no sabían y a los que sí sabían, los avanzaban en algo que les aprovechara. En ese grupo andaba mucha gente preparada y analfabetas, había gente campesina y doctores, maestros... en fin, mucha gente.

Lucio y nosotros

Como dicen, fue una organización bien organizada, porque Lucio era maestro, era profesor y él subió a Ayotzinapa.

Nosotros lo conocíamos porque era pariente de mi abuelita, que era prima hermana de su tía Marciana quien le dio crianza en un tiempo a Lucio y era hermana de su papá. Ella lo cuidaba después de que murió el papá de Lucio, también mi pariente, mi tío abuelo. A él lo mataron en el Vallejo, donde vivían ellos. La verdad, no sé por qué. Yo me enteré porque pues, ahora sí que me contaba mi abuelita. Pero lo mataron a machetazos, a su papá de Lucio. Y pues su mamá tenía otros hijos. Entonces él tuvo esa diferencia de que su mamá se casó con otra persona, por eso se fue a vivir un tiempo con la tía Marciana. Ahí en el Cayaco, adelantito de Atoyac.

Lucio, entonces, tenía medios hermanos. Nada más Lucio tenía su hermana de él, a la que le decíamos "Puca". Yo nunca supe su

nombre. Ella era su hermana carnala, de papá y mamá. Ellos eran hijos de mi pariente. Ya los demás, Alejandro y todos los demás, eran medios hermanos de Lucio. No eran hermanos carnales; eran medios hermanos.

Mis hermanos

Por mi parte, yo tengo más hermanos. Tengo trece hermanos varones por parte de mi papá. Yo soy la única mujer por parte de mi papá. Pero no, yo no conozco a todos, a los únicos que conozco son a mis hermanos de la segunda pareja de mi papá, después de nosotros, porque se separaron mi mamá y mi papá y ya él se casó con otra persona. Nosotros somos tres hermanos, hermanos carnalitos de papá y mamá. Y tengo otros tres medios hermanos con los que nos veíamos y andábamos juntos y todo, pero entre ellos también son tres hermanos de papá y mamá, y son hijos de mi papá. Esos son mis conocidos, pero ya a los demás no los conozco, la verdad. Al chiquito que quedó recién nacido, cuando mi papá desapareció, pues ya nunca lo volvimos a ver. Se lo llevó su mamá, yo creo que para Veracruz, pero quién sabe de dónde sería la señora. El chiste es que se lo llevó y ya no supimos nada de él.

Mis hermanos casi no lo buscan. Luego, cuando vengo, yo voy a visitar a mis dos medias hermanas y a mi medio hermano, porque ellos viven en la ciudad, es decir, aquí en el pueblo de Atoyac, pues, en la Benito Juárez, y les digo: "¡Pues vayan, hermanos, vayan uno por uno, vayan a apoyarlo!".

Tengo, además, un hermano chico que trabaja en Chilpancingo. Él es maestro, pero estudió su licenciatura en economía. Además, él estudió para eso de fútbol y todo eso. Entonces ahí trabaja mi hermano, en la universidad. Pero los demás de nosotros no terminamos la escuela; sólo él que vivió con mi mamá: mis dos hermanos, el mayor y el chico, vivieron con mi mamá. Y ella le dio estudio al menor, porque mi hermano, el grande, no quiso. Pero mi hermano el chico, sí; trabajó y se hizo de su carrera y todo, ora sí que trabajando y estudiando.

Mi papá era mi sostén

Mi hermano mayor y yo decimos que mi papá fue un buen padre. Siempre estuvo presente con nosotros. Más conmigo, pues ahora sí que yo vivía con la mamá de él, con mi abuelita, y él siempre estuvo presente.

Ahora sí que mi papá era mi sostén, y para mi abuelita y mi abuelito también, porque ellos ya estaban grandes. Les ayudó mucho porque sólo tenían unas huertitas allá en la sierra, ellos no tenían un trabajo fijo. No tenían más que sus huertitas de café en la sierra que les heredaron sus padres. Era lo único con lo que se sostenían ellos. Y nos tenían a nosotros, que éramos mis dos primas, mi primo y yo, nosotros cuatro vivíamos con ellos. Ellos tenían sus parientes en la Sonora y una casa que era antigua, de sus tatarabuelos, y después, de mi bisabuela, la señora Reyes Casse, que ya nunca tuvo más hijos. Ahí vivimos un tiempo. Luego juntaron para comprar una casita ahí en la Manuel Calle.

Imagínate a los viejitos cómo nos sostenían. ¡Y nos dieron hasta la secundaria!, aunque unos estudiaron más que otros. Pero fue muy triste porque mi papá era el que nos apoyaba en todo.

“Al muchacho que vino se lo llevaron”

Como había dicho antes, mi papá fue un guerrillero. A él lo detuvieron en una vecindad en Acapulco. A una señora, la dueña de la vecindad, también se la llevaron detenida. Porque ahí en esa casa, ahí en ese departamentito, que rentaba su cuñado, estaban ya las policías

esperando a que cayeran. Llegaba alguien a tocar ahí y ya caían. Y pues no sé si su cuñado lo entregó, si él hizo algún movimiento o algo, porque realmente ahí estaba llegando la gente y la amarraban y se la llevaban.

Nomás llegó mi tía cuando lo detuvieron ahí en la vecindad. Llegó mi tía llorando y diciendo: "No, pues es que mi hermano...".

Y lo que pasó es que un día él, como vivía ahí junto con mi tía, no llegó a la casa. Y ella se espantó y dijo: "¡Voy a moverme!". Se fue para allá sin saber que la casa ya estaba sitiada, que estaban esperando a que la gente llegara para que los detuvieran. Entonces una señora le habló y le dijo: "¡Venga, señora!", y ya pues fue así como se enteró. Dice que le dijo: "Al muchacho que vino se lo llevaron amarrado y en una camioneta y ya iba bien amarrado, bien golpeado". Porque antes estaba el ejército aquí.

Yo estaba aquí en el pueblo y me enteré después, cuando ella llegó a avisarle a mi abuelita, porque, como dije, me crie con mi abuelita, la mamá de mi papá. Entonces que llega mi tía y le dice a mi abuelita lo que le habían dicho ahí en la vecindad: que se lo habían llevado a su hijo, amarrado, maltratado y golpeado.

Creo que desapareció en 1977; yo no sé muy bien las fechas porque yo tenía como 11 años, y las que lo buscaban eran su mamá y mi tía, que fueron quienes dieron los datos y todo a Tita. Dieron los datos de él, de todo. Pero no sé si ellas hayan dicho que andaba en la guerrilla. No sé, la verdad. Yo creo que no.

Yo no sé mucho porque pues yo todavía estaba chica. Pero ahora sí que mi tía fue la que lo anduvo buscando cárcel por cárcel. Lo buscamos en todas las cárceles allá en México, en todas las cárceles de alta seguridad, y nunca lo encontramos. Últimamente hemos investigado y dicen que lo aprehendieron, lo amarraron, lo golpearon y lo detuvieron allá en la cárcel de Acapulco.

Él tenía un seudónimo que usaba, pero después, yo creo, alguien lo reconoció y fue cuando ya no supimos nada de él. Nos enteramos de lo de la cárcel por el internet, porque está registrado con su seudónimo, que es Ramón García o Ramón Castro García. Apenas hace poco nos enteramos de que estuvo ahí en la cárcel de Acapulco, pero porque investigamos nosotros.

No le iban a platicar a una niña

La verdad, yo tampoco sabía mucho sobre qué hacían. Porque como yo era chica, ellos no le iban a platicar a una niña las actividades que hacían. Yo me enteraba que luego los del ejército bajaban su montón de gente, así de muertos... las camionetas, los soldados muertos. Pero no es porque uno los viera, sino porque los hijos de los soldados iban contigo a la escuela. En la secundaria hasta iba con los hijos de los coroneles, los hijos de los agentes, los cabos...

Lo de los soldados, pues eso sí lo sé porque, como te digo, éramos amistades. Niñas con otras niñas y así. Yo me acuerdo cuando estaba todo batido aquí. Que nos traían a festejar el día del niño. ¡Hasta nos subían en los helicópteros! Nos daba paseos en el helicóptero. Pero no sabían que éramos parientes.

Yo me subí, pero pues éramos chiquitas; fue cuando íbamos en primer año de primaria cuando todavía no pasaba lo de la guerrilla. Mi papá no se había integrado ahí aún. Se integró por todo lo que le había pasado. Y aparte como era familia de ellos, yo digo que por eso también él se relacionó con la guerrilla.

Después nosotros hemos investigado. Y así fue que nos han dicho sus conocidos, sus amigos, que él anduvo allá en la guerrilla, y

que cuando secuestraron al señor Rubén Figueroa, después de que lo soltaran, Rubén buscó la forma de que los atraparan. No sé si fue él o a lo mejor alguien más que los mandó a matar.

Fue triste, fue muy duro; me duele en el alma. Porque, digo, a lo mejor cometiste delitos, pero no es para que te maten. Para eso es cárcel, ¿no?, porque aquí, en este país, no hay pena de muerte. Entonces, yo digo que a lo mejor sí cometió un delito, pero eso es para la cárcel, aunque sea de alta seguridad, como ahora a los narcotraficantes, que se los llevan y saben dónde están y todo, aunque sean personas que cometieron delitos.

Mi papá no tenía la necesidad. Yo digo que se vio forzado a irse a la guerrilla. Porque mi papá y su hermano se fueron a la Ciudad de México, y como a su hermano lo estaban matando, mi papá por defenderlo, mató a otro señor. Entonces mi papá pues estuvo en la cárcel y después de que él salió se fue allá con su pariente.

Yo digo, porque ahora sí que quisiera uno encontrar a su ser querido: aunque hayas cometido errores, como todos, y aunque a veces sean malos porque perjudicas a terceros, no mereces la muerte. Porque al señor Rubén no lo mataron ellos, lo dejaron libre.

Todo ello fue muy duro para mí porque yo tenía como 11 años. Sentía que también me quería morir.

A mucha gente se la llevaron de su casa

También desaparecieron a mi tía, que era inocente; delante de sus hijos la sacaron en la noche. Bueno, no sé si en la noche o en la madrugada, pero la sacaron y a ellos dos, mis primos, se los llevaron. Yo siento que mi tía sí era inocente. Pero mi papá no lo era tanto, aunque no merecía la muerte. Si luchaban por cosas dignas. Su cuñado fue quien organizó lo del rescate del dinero y todo eso. Ahora sí que hay muchas agencias intermediarias en un secuestro.

Eso sí me da mucha tristeza, muchísima. Mi tía... yo siento que ella era inocente, o será que lo digo porque era parienta.

A mi primo también lo desaparecieron. Sus parientes de mi mamá, esos de la avenida de Sonora, también a ellos dos se los llevaron. Les quitaron las camionetas y se las desaparecieron, y mis primos no tenían la necesidad, pues ellos tenían huertos de coco, tenían ganado, tenían todo. Su abuelito le compró al menos preparado la camioneta para que trabajara (porque los otros sí habían estudiado y todo; eran contadores, licenciados...). Como dice mi tía,

la hermana de mi papá: “Mejor ni le hubiera comprado nada a mi hijo, mira, me lo desaparecieron con todo y camioneta”. Ni la camioneta apareció. Se llevaron a mucha gente así.

A la hermana de mi papá la detuvieron allá en Acapulco. Pero mi abuelita ahora sí que buscó más a mi papá que a mi tía. Ella también buscó a su hija, pero no tanto como a su hijo. Otra tía le ayudaba a ir a los viajes, a los eventos, a todo eso.

Ella le ayudó a ir para ver si lo encontraban. También en esa temporada andaba un primo hermano de mi papá con una persona del gabinete del presidente de la República. Ellos se movieron a las cárceles. Se movían a buscarlo y a buscarlo. Pero yo siento que allí en la misma cárcel de Acapulco fue donde, como a muchos, los mataron, o los lanzaban al mar.

Así pasaron las cosas. Bueno, eso es lo que me cuentan.

A mucha gente se la llevaron de su casa. A la segunda esposa de mi papá la detuvieron, pero a ella la soltaron. A mi tío, a su hermano y a mi abuelito también se los llevaron detenidos, pero también los soltaron.

Eso me contaron las gentes grandes, porque a mi tía Asunción la tuvieron en la cárcel número uno. Ahí la detuvieron, ahí la violaban

porque creían que ella era la mamá de Lucio. Ahí la violaron, todos los días, me dice mi tía. Cuando ya se hizo bien viejita, le dio Alzheimer y ella se escondía. Quedó traumada, se escondía ahí debajo de la mesa. Cuando la veías empezaba a gritar mi tía, pobrecita. Dice mi abuelita que le daba mucha tristeza ver a su prima que lloraba y se metía debajo de la mesa, que se metía donde fuera y ahí lloraba. Mi tía misma nos contó a nosotros que diario abusaban de ella ahí en la cárcel. Es una cosa terrible. Dice que le decían: "No, pues si no entregas a tu hijo, te vamos a seguir abusando".

Hay mucha gente que es inocente, la verdad. Muy inocente, que no sabía nada y se la llevaron y así también la desaparecieron. Es como yo digo, mi tía pues era inocente, no era para que la fueran a sacar. Si hizo un delito, lo hubieran hecho cuando ella anduviera cometiendo el delito, no delante de sus hijos. Todos sus hijos durmiendo ahí, los niños llorando. Se los llevaron y nunca más los volvimos a ver. Ni a su esposo ni a ella. Ella desapareció y nunca la volvimos a ver.

Seguimos y seguimos: ya que mi papá desapareció, hay que buscarlo

Sí sufrimos mucho con la desaparición de mi papá porque ya no teníamos quién nos apoyara. A todos nos afectó, más que nada, a su mamá de mi papá y a su hermana. Entre los hermanos de mi papá y su hermana se querían mucho. Mi tía Tomasa venía a AFADEM para buscarlo; ella siempre anduvo apoyando. Pero como dice ella: "Ahorita ya soy vieja, ya no me puedo mover para ningún lado". Y aparte ahora dicen que nada más los hijos, o sea, son los hijos o las esposas las que tienen que estar buscando a sus parientes. Mis primas, pues, ya no lo hacen... se han ido, una para la Ciudad de México, otra a Acapulco, otras quién sabe dónde estén, porque a sus papás se los llevaron de su casa. Yo siento que ellos eran inocentes.

Mi mamá tiene como seis años de fallecida y ella es a la que luego la mandábamos nosotros para que fuera a la Ciudad de México o a otros lugares y a mi tía Tomasa también. Pero se enojó mi tía porque le dijeron que ella ya no, que tenía que ser la esposa o los hijos los que tenían que buscar. Entonces me dijo: "Ay, pues ya ustedes arréglense como puedan". Le digo: "Sí, gracias, tía. Gracias por todo". Yo le agradezco a mi tía, la verdad, porque yo siempre la vi desde bebecita, desde chiquita. Ella siempre me llevaba a la escuela y

todo. Mi tía siempre fue una buena persona conmigo. A lo mejor con mis hermanos no, porque ellos no vivían con nosotros, pero ella siempre fue buena persona conmigo. Además, mi tía siempre nos apoyó en todo. Nos apoyó buscando a mi papá; se hacían las reuniones y ella venía, dio la verificación y todo, dio todos los datos y todo de su hermano.

Entonces le digo a mi hermano, el que ahora trabaja en la universidad, le digo: "Ya que mi papá desapareció, pues hay que buscarlo. A ver siquiera que nos digan si murió o no murió". Yo creo que sí porque tanto tiempo hemos buscado y ni una razón nos dan. Nos pusimos a investigar con mi prima y ya me dijo ella: "Prima, ¿qué razón me das?". También ella quiere que vaya yo a darle datos y todo. Yo ahora sí que no me sé todos los datos de la desaparición de mi papá, pero los he apuntado en mis cuadernos. Qué día, qué fue, qué fecha, qué año y todo. Todos casi casi tienen 50 años que desaparecieron.

Después de mi abuela y mi tía, nada más yo y mi hermano Rodrigo somos los únicos que nos hemos apuntado a la búsqueda. Mi hermano Rodrigo es el que, como es hombre, donó la sangre para los análisis genéticos, por ejemplo.

Nosotros queremos saber qué resolución hay. Vivo, muerto, como sea... pues ahora sí que a ver qué dicen, seguimos y seguimos.

Una forma muy fugaz que se revela en sueños

Rubén Rojas Dionisio, hermano de Israel Romero Dionisio

Mi nombre es Rubén Rojas Dionisio y busco a mi medio hermano, Israel Romero Dionisio. Él era bajo de estatura, moreno. Su rostro, su carita, se puede decir que era un poco ovalada. Tenía pelo abundante, ojos grandes y nariz irregular. En el momento de su desaparición, tenía entre 14 y 15 años; nada más había terminado la primaria; él era un poco alegre. Tenía una mente muy clara y muy hábil. Recordaba todas las cosas, incluso a veces me platicaba algo que a mí ya se me había olvidado. Tenía muy buena memoria.

Se puede decir que mi familia tuvo mucha mala suerte. Mi mamá la tuvo en sus matrimonios. Por los años 50, ella quedó viuda; después se juntó con mi papá a vivir, y de ahí nací yo, pero él se fue y ya jamás vino. Luego ella se volvió a juntar en matrimonio con el papá de Israel; cuando él nació, yo ya estaba grandecito, así que vivimos juntos, pero pasamos una vida muy precaria aquí en el campo. Ahora la vida es dura, pero en aquel tiempo era mucho más. Por eso yo también sólo pude terminar la primaria. Mis hermanos mayores ni

siquiera eso pudieron hacer; se quedaron como en segundo o tercer año.

Yo tuve que huir mucho antes de la desaparición de mi hermano; yo ya tenía como 20 años. La razón es que estuve en la escuela Modesto Alarcón cuando dio clase el profesor Lucio Cabañas, y yo ahí participaba en los eventos. Yo me sentía un poquito apartado de esos movimientos, porque todavía no éramos unas personas de mucha edad, pero trataba de inmiscuirme en las asambleas para saber de qué se trataba.

Por ese hecho, empezaron a señalarme como gente simpatizante de él y tuve que huir a la Ciudad de México; fue entonces cuando mi hermano desapareció. Me enteré porque mi hermano mayor me platicó; me lo hizo saber en una carta.

Lo que pasa es que unos tíos por parte de su papá trabajaban en obras allá en Acapulco, entonces, se lo llevaron a trabajar allá, pero él, como era menor de edad, no entendía bien lo peligroso de la situación y le gustaba subir acá a la sierra. Ahí andaban unos individuos que estuvieron en la guerrilla y que, al ser capturados por el ejército, se volvieron delatores para poder conseguir su libertad. Ellos conocían a mi hermano y me conocían a mí. Lo señalaron como

gente simpatizante del movimiento, cuando él ni siquiera conocía nada de eso, porque estaba muy pequeño.

Mi hermano fue desaparecido en el municipio de Coyuca de Benítez; allí estaba un retén de la judicial federal y el ejército, y fue capturado entre febrero y marzo de 1974.

Yo tuve contacto con una organización que se llamaba Consejo Nacional de Casas Estudiantes de Provincia, de tendencia democrática, y fui a pedir alojamiento porque tenía miedo de ser capturado allá; ahí me refugié e íbamos con doña Rosario Ibarra de Piedra, exigiendo la libertad de los presos. Esa organización también ayudaba a los colonos y a los obreros. Yo prácticamente no estuve inactivo, porque participaba en los quehaceres de la casa. Específicamente me tocó en la casa número 2 del Estudiante Guerrerense. Ese tiempo estuvimos trabajando en exigir la presentación de los presos políticos. Andábamos con doña Rosario en la Ciudad de México, en las calles, a veces nos llegaba la noche y nos quedábamos en iglesias, nos daban permiso de dormir ahí, las mujeres dentro y nosotros, los hombres, afuera.

No tengo buena memoria para recordar. No me parezco nada a mi hermano. Muchos dicen que es por la edad, pues ya tengo 75

años, pero yo recuerdo que así fui desde niño; se me olvidaban las cosas. Sin embargo, hay algunas que nunca se me olvidan.

Fui a ver a un señor que ya murió. Él estuvo preso en un lugar donde se decía que era un campo de concentración en Acapulco; se llamaba Vicente Castro y le decíamos tío, no sé por qué, porque ni siquiera los apellidos tengo. Él dijo que había visto a mi hermano en ese lugar. Ese tío Vicente dijo que mi hermano le pidió que le dijera a la familia que no se acongojaran: “ni por él ni por mí”, que íbamos a estar bien, pero ya de ahí en adelante, pues ya no lo vio. Vicente salió y mi hermano no.

También otro señor, llamado Marco Martínez Téllez, me dijo que lo vio, incluso cuando lo detuvieron. Otro muchacho que era de la misma edad de Israel, y que fue soldado, dice que lo vio en el Campo Militar número uno, en el calabozo, ahí casi no le daba nada el sol; el soldado le llevó de comer y hasta ahí participó. Cuando se hizo la Comisión de la Verdad aquí en Guerrero, anduvimos tratando de localizar a ese soldado, pero no lo encontramos. Se llama Cecilio, le dicen El Chino, pero nunca lo pudimos ubicar para preguntarle más.

Nosotros sabemos que, como clase social, históricamente estamos condenados a ser reprimidos, porque el papel del Estado es

eso, de oprimir a los pobres. La gente que estamos en el campo trabajando somos los que producimos granos básicos y vivimos casi siempre en extrema pobreza. Sabemos que jamás ellos van a tener la voluntad política de decirnos la verdad, no les interesa y con mucha fealdad y mucho desprecio nos llevan largas.

Sabemos, por ejemplo, que los cambios de gobierno no nos van a favorecer, porque el Estado siempre está unido al capital y por muchas intenciones que tenga un individuo que llega a la presidencia de la República, no tiene la fuerza. El pueblo gana elecciones, pero no gana el poder. Eso está bien demostrado, porque hasta ahora no se ha hecho justicia, ni con nosotros, ni con los de Ayotzinapa, ni con nadie, ni para nadie.

He vivido de una forma muy pasajera. Me afecta mucho porque yo vivo solo, estoy trabajando, tengo un pequeño huerto de guanábana y de mangos que queda a un kilómetro de mi comunidad y siento que me perjudica mucho eso de andar para allá y para acá cuando hay fruto que tengo que cargar. No he podido conseguir este recurso, comprar un carrito y movilizarme con más facilidad.

Ahora yo ya tengo muchos problemas; tengo que trabajar para sobrevivir y ya anda uno muy mal físicamente. Acá el desprecio por

nosotros, los que sufrimos, ha quedado arraigado. Nos atropellan mucho tocando nuestras tierras y no se nos hace justicia.

Son muchos años de búsqueda, muchos años de lucha y de cansancio por cómo se comporta el gobierno. Han sido muy violentos y también, en este caso, han cometido omisiones grandísimas y abusos de fuerza. Lo llamamos terrorismo.

Queda de manifiesto que no estoy dispuesto a doblar las manos en lo que yo pueda. Tendré que seguir adelante porque no podemos dejar de pensar en nuestros familiares: no podemos y no queremos.

A veces hasta en los sueños se revelan de una forma así muy fugaz, uno quiere retenerlos y se van. Me he mantenido todo el tiempo dispuesto a seguir. Como dije hace rato, ya no es la misma potencia que uno tenía, pero en lo que pueda, ahí estaré al pie de la lucha.

Porvenir Limón

Balvina Serafín Castro, esposa de Macario Nava Hipólito
y hermana de Sixto Serafín Castro

Porvenir Limón, municipio de Atoyac de Álvarez, Guerrero: tierra cafetalera donde nació Lucio Cabañas Barrientos; lugar donde muchos perdieron su libertad por su desaparición forzada. Cuando los militares llegaban al Porvenir Limón, decían: “tenemos hambre, queremos comer; así como le dan Lucio Cabañas, así nos tienen que atender a nosotros”. Estaban bien enojados, querían acabar con el pueblito bombardeando para exterminarlo porque era la tierra de Lucio.

Macario, mi esposo, nació en Los Valles, Guerrero, el 10 de marzo de 1948 y el Ejército mexicano lo desapareció el 13 de diciembre de 1974. Él iba y venía del cuartel, y hubo un día que ya no salió.

Vivíamos humildemente, pero felices. Él labraba árboles y a veces usaba una sierra voladora o machete para trabajar la madera. A pesar de las carencias, éramos muy felices. Yo juntaba dinero para comer; tenía cuatro niños y estaba embarazada del quinto niño.

Él era alegre, le gustaba la música, y las canciones que le gustaban eran “Cruz de olvido” y “Tu camino y el mío” y “El celoso”. Iba al río de Tres Pasos, a los camarones, también le gustaba mucho el guacamole. Además, le gustaba el 12 de diciembre, día de la Virgen.

Porvenir Limón fue el lugar donde vivía con mi esposo, el Sr. Macario Nava Hipólito, hasta ese fatídico día de su desaparición.

Sus padres, Maximiliano Nava Martínez originario de los Valles, Guerrero, y Margarita Hipólito García originaria de Los Tres Pasos, Guerrero, lo buscaban, pero nadie nunca decía nada por parte de los militares.

En los tiempos pasados, nuestros adultos mayores, por ejemplo, mis suegros, buscaban a los desaparecidos; primero con licenciados, después viajaban a México y se unían más personas. A veces se unía a hacer huelga de hambre la señora Ibarra de Piedra.

Siempre metimos papeles y se iban perdiendo o se iban al cesto de la basura. Hasta que ni una foto nos quedó. Después me vine con doña Tita, para buscar a mi esposo, y a mi hermano Sixto Serafín Castro

Mi hermano se hacía llamar Sixto Huerta. Era hijo legítimo del señor Merced Serafín Huerta y Amada Castro Martínez. Él falleció en el rescate de Figueroa, que fue el 8 de septiembre, en Las Pascuas. Hasta hoy no sabemos dónde quedó su cuerpo o sus restos.

Sixto: con tanto amor te he buscado, recordando el tiempo que estábamos juntos. Te amo mucho, hermano. Mi mamá ya no está pero yo te sigo buscando hasta que Dios lo permita.

Macario: ¡el amor tan grande! Era muy grande el amor que sentíamos por ti. Tu mamá y tu papá se fueron de este mundo; los que quedamos seguimos con mucho amor y cariño buscándote.

Rollizo, moreno claro, de ojos negros y cabello lacio negro

Reyna del Valle Radilla, esposa de José Pérez Martínez

Me llamo Reyna del Valle Radilla y tengo 74 años. Busco a mi esposo, José Pérez Martínez, desaparecido desde 1978.

Mi esposo era alto... ¡bueno!, no muy alto. Era rollizo, moreno claro, de ojos negros y cabello lacio negro. Él tenía el carácter muy fuerte, era muy enojón, pero era amistoso con todas las personas y quería mucho a sus hijos. Trabajó muchos años en el Instituto Mexicano del Café como cargador, después se terminó eso y comenzó a trabajar en Atoyac como cargador, esperando a que los carros llegaran llenos de maíz o verduras. Ese era su trabajo. En la familia de mi esposo eran seis personas, sembraban maíz y eran muy trabajadores.

Tuvimos tres hijos, pero uno murió. Se llaman Mónica Pérez Valle y Óscar Pérez Valle y el que se me murió se llamaba Baltasar Pérez Valle.

Cuando desapareció, yo sólo supe que llegaron unos militares y se lo llevaron; de ahí no supimos más. Él estaba con un señor con

quien trabajaba y él fue quien nos informó. Él vio cuando se lo subieron al carro de los militares, pero el señor ya murió; eso ya tiene muchos años y ya estaba grande.

La búsqueda la inició mi papá, Juan, y mi suegra, Mauricio Martínez Torres. Lo andaban buscando y pues nunca lo encontraron. Hasta fueron a buscarlo a las cárceles, porque a veces echan presos porque hay peleas, pero no fue así. Ellos fueron los primeros buscadores y los últimos, porque nadie más lo buscó; ninguna otra persona de su familia, ni sus hermanos ni su hermana, y su mamá tampoco... hasta ahí quedó.

Yo no pude buscarlo porque quedé enferma, de por sí he sido delgadita, pero además enfermé en ese momento y no me dejaba mi papá que yo anduviera en esa búsqueda. Además, tenía que hacerme cargo de mis hijos, tenía que trabajar para poder mantenerlos y darles estudio. Yo trabajaba de doméstica, ayudando en la limpieza, en las labores domésticas en casas. Cuando se llevaron a mi esposo yo sentía que nunca iba a sacar adelante a mis hijos, pero yo solita los mantuve, y gracias a que lo hice, mis hijos son muy trabajadores y muy respetuosos con toda la gente.

Mi suegra, como no tenía esposo, también trabajaba para mantener a sus hijos que le habían quedado todavía; ella vendía sal y vendía almohadas, era comerciante. En ocasiones me ayudaba económicamente, pero con poquito: que unos zapatitos, que un trajecito y hasta allí, pero para que comiéramos no, yo era la que trabajaba. Mis padres también me ayudaban, porque yo me vine a vivir a la casa de ellos y cuidaban a mis hijos mientras yo trabajaba. Mis papás sembraban maíz, sandía, melones, tomate y chile verde.

Luego me pasaron donde doña Tita Radilla y cuando puedo, voy a donde vayan, aunque ahora he estado enferma y no he podido; no me dejan mis hijos que salga a ningún lado. Mis hijos crecieron y yo me enfermé de cáncer, y mis hijos ya no me dejaron trabajar. Ahorita no me he reportado con Doña Tita, ni le he marcado para decirle que estoy enferma, que ya nomás falta que nos hablen para darnos la indemnización, pero que todavía no hay nada, no nos dan nada, aunque sea que nos estén dando cada mes, aunque sea poquito o de canasta básica.

Mis hijos y yo quisiéramos saber de mi esposo, no dejemos de buscar a las personas.

Un alto pájaro negro

Imagino a mi hermano con una flor y un pajarito. Nosotros vivimos en el campo y jugamos en donde hay ese alto pájaro negro. Estábamos en el campo, agarrando palomas. Desde que mi hermano se fue, siempre ha sido tristeza. En mi corazón ya no tuve alegría. Después falleció mi mamá. También ella me hizo mucha falta. Un día volveremos a verles, aunque sea en la otra vida.

El Dolor está Dormido!!



